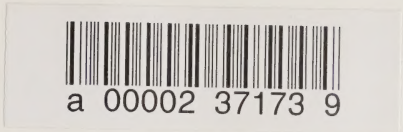
THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

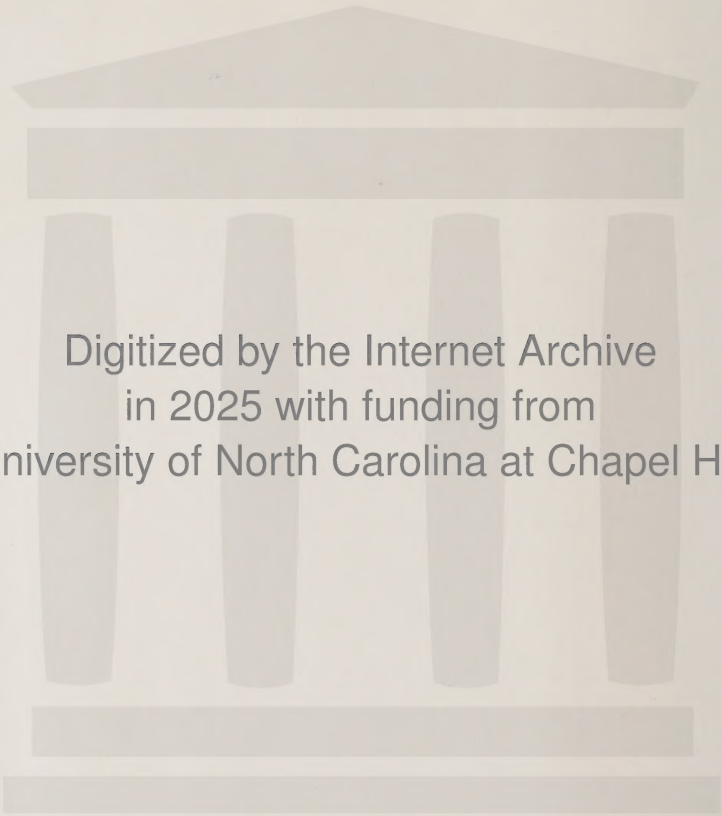
BR 1720
.B45
A5
1929


a 00002 37173 9

This book is due at the WALTER R. DAVIS LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.

Form No. 513,
Rev. 1/84



Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

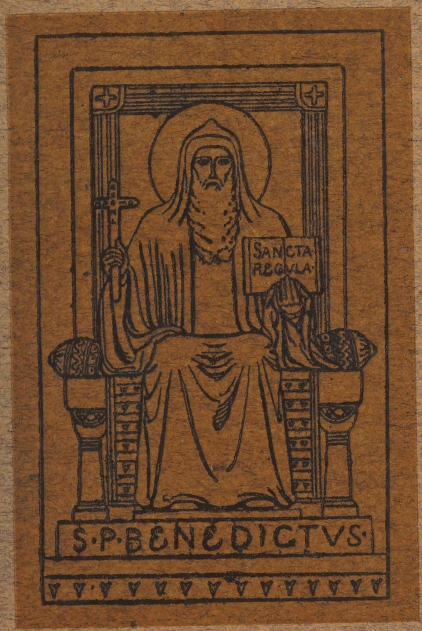
https://archive.org/details/sanbenito00alam

80

R. P. JULIAN ALAMEDA

O. S. B.

SAN BENITO



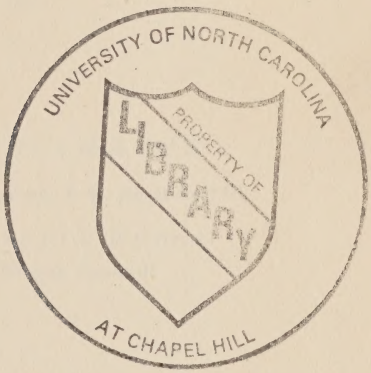
PADRES BENEDICTINOS

ESTIBALIZ
(VITORIA)

R. P. Julián Alameda, O. S. B.

BR1720
.B45
A5
1929

SAN BENITO



1929

Gmo. KRAFT Ltda.
Soc. Anón. de Impresiones Generales
BUENOS AIRES

DEL MISMO AUTOR

Covarrubias en la Historia y en el Arte. — Burgos, 1928.

Las Iglesias de Oriente y su unión con Roma. — Beasain, 1929.

NIHIL OBSTAT

EL CENSOR

R. P. Nicolás Rubin, O. S. B.

IMPRIMI POTEST

Rmus. P. D. Lucianus Serrano

abbas de Silos (España)

Silos, 22 de Febrero de 1929

IMPRIMATUR

Buenos Aires, 4 de Abril de 1929

Antonio Rocca

Vicario General

PRÓLOGO

La Orden benedictina cumple este año de 1929 el XIV centenario de su fundación. En 529, en efecto, San Benito después de derrumbar los templos de los ídolos y convertir al cristianismo a sus adoradores, levantaba la hermosa fábrica del monasterio de Montecasino, cuna y madre que había de ser de toda la Orden monástica. Este hecho que no parecería interesar más que a los hijos del gran Patriarca, trasciende, sin embargo, tan estrechos límites para entrar en el dominio de los intereses comunes del mundo cristiano y civilizado. Europa no debe olvidar que debe su civilización a los benedictinos. Ellos fueron los organizadores de ese mundo nuevo que se creó en Europa a raíz de la invasión de los bárbaros, los que levantaron sus ruinas, los que resucitaron la agricultura y fundaron la mayor parte de nuestras ciudades. Sabemos, en efecto, que los monjes después de enseñar a los campesinos los trabajos agrícolas, les cedieron terrenos para que los cultivasen por cuenta propia, agrupándose ellos en torno del monasterio, y naciendo así infinidad de ciudades, tales como Cantorbery, York en Inglaterra; Munster, Fulda, Landau en Alemania; Perpignan, Aurillac, Lucon, S. Denis en Francia; Lucerna, Zurich, San Galo, Einsiedeln en Suiza; Gante, Brujas, Malinas, Dunquerque y Lieja en Bélgica; Ripoll, Mondoñedo, Lorenzana, Samos, Sahagún en España. Los benedictinos fueron los que conservaron los monumentos literarios de la

antigüedad clásica, los que enseñaron el trabajo a los bárbaros y educaron a sus hijos, los que sentaron las bases del derecho moderno, como el Fuero Juzgo, principal monumento de la legislación española en aquel tiempo, y en cuya compilación tuvo tanta parte San Isidoro, los que iniciaron el renacimiento cristiano en las artes y a los que debe Europa la mayor parte de las magníficas iglesias que hermosean su suelo.

He ahí la obra de los benedictinos. Venidos en el momento en que se derrumbaba el Imperio Romano, y con él la civilización, recibieron la misión de rehacer de nuevo la Europa sobre nuevas bases. Son nuestros Padres y antepasados. Hecho tan importante y trascendental en la historia bien valía la pena de ser recordado, y ofrece al mismo tiempo ocasión muy propicia para presentar y dar a conocer la brillante figura del que fué el alma de esa gran empresa: San Benito.

Grande y bella figura la del Santo Patriarca de Casino. Espíritu selecto y fino, alma delicada y sencilla, corazón sensible, voluntad enérgica y pronta, hombre de acción, tipo puramente romano, nacido para gobernar como su pueblo. Todo esto es Benito. Pocos hombres han dejado en este mundo tan profundas huellas de su tránsito. Su obra le coloca entre los primeros personajes de la historia, su doctrina le iguala a los maestros inmortales, su nombre participa un poco de la inmortalidad de la Iglesia, pues vemos que su Orden al cabo de 14 siglos continúa hoy tan pujante como nunca y que por todas partes se levantan suntuosas abadías, maravillas del arte. Durante varios siglos de vida cristiana ha proporcionado a centenares de miles de hombres y mujeres la fórmula de su perfección humana, y hoy día a pesar de tantas Congregaciones nuevas como se han formado, la Orden Benedictina continúa ocupando un puesto de honor por su número y prestigio, y ¡cuál no sería el talento, la riqueza espiritual del genio de Benito, ante quien todo un San Bernardo se declara discípulo!

Dar a conocer esta figura eminente del cristianismo ha sido uno de los móviles de esta publicación. Pero ha habido otro que, aunque de índole personal nos permitimos poner aquí. Hojeábamos una tarde los índices de la Biblioteca Nacional de esta ciudad, cuando acertamos a poner la vista en una obra cuyo título nos causó agradable sorpresa. Era el

Comentario a la Regla de San Benito, escrita por el abad benedictino español S. Vitores, e impresa en Madrid el año 1645 (1). ¿Cómo pudo venir a parar esta obra a Buenos Aires? Tal vez se explicaría este hecho sabiendo que el segundo obispo de dicha ciudad fué el benedictino Cristóbal de Aresti.

De vuelta para casa y mientras discurríamos sobre el particular, pensábamos en la utilidad de una vida de San Benito, escrita en castellano, para dar a conocer y hacer amar en estas tierras de América, donde comienza a extenderse la Orden al gran Bienhechor de la Humanidad y querido Padre y Maestro. Pocos días después, en las Barrancas de Belgrano, y a la sombra de corpulento ombú, pergeñábamos los primeros capítulos de la obra que el lector tiene entre manos.

Va dedicada de un modo principal a los oblatos seglares, que dirigidos por los hijos del gran Patriarca, ansían conocer su vida y sus enseñanzas para mejor imitarlas. También ha pensado el autor con cariño en las hermanas de hábito, las religiosas benedictinas españolas, que sin interrupción siguen las tradiciones gloriosas de la Orden.

Buenos Aires, 21 de Febrero de 1929.

---

(1) S. Vitores (Alonso): *"El Sol de Occidente. Comentarios literarios y morales de N. Gran Padre San Benito". Madrid, 1645. N.° 91966.*

CAPITULO PRIMERO

Nursia

Corría la segunda mitad del siglo V. El Imperio Romano, aquel Imperio que había sojuzgado a todas las naciones, que se gloriaba de imponer sus leyes a todos los pueblos, hasta el punto de pasar por una raza predestinada, *Tu regere imperios, Romane, memento,* se desmoronaba estrepitosamente al choque violento de cien pueblos bárbaros, que como lobos hambrientos merodeaban tiempo há en torno de sus ricos dominios, y le iban arrebatando sus más preciadas provincias. Ya a principios del siglo, habíaseles visto asomarse a sus fronteras, amenazando turbar la serenidad del mundo, y anunciar catástrofes para un día no muy lejano, como esos sombríos nubarrones que aparecen en el horizonte, y llevan en su seno el presagio de terribles tempestades.

En 406, los Alanos, Suevos y Vándalos, habían desmembrado del Imperio las feraces regiones de la Hispania, los Vándalos capitancados por Genserico y empujados por los Visigodos, habían cruzado el estrecho y apoderádose una tras otra de las provincias del Africa, y hasta emprendido desde allí una incursión contra Roma, haciéndose dueños de Córcega y otras islas.

El Imperio Oriental se conservaba íntegro, pero el de Occidente estaba ya casi anulado. Por fin Italia misma cayó en poder de los bárbaros. En 476, los Hérulos, capitaneados por Odoacro, que hasta entonces había sido un simple soldado al servicio del Imperio, se sublevaron y destronaron a Rómulo Augústulo, el último Emperador Romano. Así vino a caer un Imperio que parecía indestructible, aquella sociedad gigantesca, que se extendía por los países más fértiles del mundo, en torno de un mar magnífico, del que había hecho un lago nacional, que reunía gentes de diversas razas en las delicias de la paz romana, cuyas proporciones, riqueza y gloria parecían desafiar el pensamiento, y que llena de orden y armonía estaba penetrada y dirigida en toda su inmensidad por un soberano rival de los dioses.

"La caída del Imperio, no obstante la gangrena que iba invadiendo su organismo, parecía cosa imposible aún a los cristianos de aquel tiempo. Para todo el mundo era un dogma patriótico la creencia en la eternidad del Imperio. Roma se llamó la Ciudad Eterna en el lenguaje civil antes que en el eclesiástico, y el cristianismo al aceptar el calificativo, no pensó en modificar su sentido tradicional, al menos en un principio. Por eso, cuando vieron la realidad ante sus ojos, cuando vieron que las riendas del Estado habían pasado a manos de los bárbaros, y que éstos se paseaban ufanos y amenazadores por las calles de la ciudad, sucios, con la barba en desorden, groseros, brutales, ignorantes, no hablando más que una jerga ininteligible, parecióles a muchos que había llegado el fin del mundo. Si se venía a suprimir todo lo que hacía la belleza de la vida, el lujo, la riqueza, el bienestar, los juegos públicos, la literatura, las artes, las costumbres sociales con todo su refinamiento; si sobre este mundo radiante, encantador, vibrante con la alegría del vivir, iba a derramarse el

diluvio de la barbarie, ¿qué quedaba ya sino la muerte del género humano? He ahí lo que todos sentían y decían. Porque admitir un solo instante que el género humano pudiese pasarse sin la civilización romana, y que el porvenir de ésta no estuviese indisolublemente ligado a la prosperidad de aquéllo, era algo absurdo e imposible que no entraba en el espíritu de nadie. Por lo mismo, cuando señales harto manifiestas les anunciaron la caída de esa civilización, los verdaderos romanos no tuvieron más que hacer que una sola cosa: morir. Los unos quisieron sucumbir emborrachándose por última vez en el banquete de la civilización, coronados de rosas, y en la embriaguez del vino; los otros, envolviéndose en los pliegues de la antigua bandera romana, esperaron con estoica desesperación el golpe fatal, como en otro tiempo los senadores sentados sobre sus sillas curules esperaban la llegada del conquistador galo. Todos perecían con su ideal, incapaces de concebir otro, asistiendo al desmoronamiento de su cielo y de sus dioses. No hay más trágicos dolores que estos, porque alcanzan a la humanidad en lo que tienen de más querido y grande. Todas las realidades pueden mentir mientras el ideal permanece de pie, si también él miente ya no es sólo el corazón el que se rompe, es también el espíritu que vuela hecho pedazos, es la inteligencia que se precipita en la nada'' (1).

De estos sentimientos participaban también los cristianos que unían a su vez los destinos de la Iglesia con los del Imperio, como los judíos cristianos identificaban el porvenir del cristianismo con el de su pueblo. Muy pronto, sin embargo, vino la reacción, y a San Agustín corresponde el mérito de haber señalado el primero las normas de conducta que se habían de seguir con respecto al nuevo estado de cosas. La Iglesia era inmortal, tenía promesa de durar hasta el fin de

(1) Kurth: "L'Eglise aux tournants de l'histoire'', p. 49. Bruxelles, 1922.

los siglos, y sus destinos no podían estar vinculados a los de una institución humana, por muy grande que fuese. El Imperio no era más que la ciudad de los hombres, no había recibido la misión de realizar el fin de la humanidad, pero había una ciudad de Dios que era la única que poseía promesas de eternidad, y la única patria de las almas. Extranjera a este mundo a través del cual caminaba en peregrinación, la Ciudad de Dios reconstituía, fuera del Imperio, una comunidad humana más vasta, más duradera, más perfecta, cuya ley era establecida por Dios mismo, y que descansaba sobre la caridad universal. Para la ciudad de los hombres, de la cual el Imperio era la realización, su misión estaba terminada, podía perecer sin que la humanidad fuese arrastrada en su ruina; si rehusaba formar parte de la Ciudad de Dios, Dios comenzaría con solos los bárbaros la obra del porvenir. Por lo tanto había que ir delante de ellos, acogerlos en su seno, convertirles, y formar con ellos un mundo nuevo, dejando a un lado el cadáver del Imperio. Esta solución que a nosotros nos parece tan fácil, estaba en aquel tiempo llena de espesas tinieblas, y fué menester el genio de San Agustín para descubrirla, y sobre todo para proclamarla muy alto sin temor a arrostrar la nota de falta de patriotismo y de traición al Imperio.

No, la suerte de la Iglesia no estaba identificada con la del Imperio, como creyeron algunos cristianos, ni la destrucción de éste era el fin del mundo, como creyeron los paganos, pero de todos modos no se puede negar la transcendencia del hecho, tal vez único en la historia de las revoluciones políticas. Aquella masa informe de bárbaros, que se precipitó como un torrente sobre los pueblos occidentales, era la sepultura de una civilización y el principio de una nueva, como si la India se arrojase con sus centenares de millones sobre la Europa, y se hiciese dueña de sus destinos, o como si un

nuevo Gengiskán se pusiese al frente de la raza amarilla y la lanzase sobre nuestro Occidente. La invasión de los bárbaros señala el comienzo de una nueva era en los anales de la humanidad, ella dió origen y nacimiento a la Europa moderna, somos su fruto por decirlo así, nuestra existencia data de entonces.

Huelga decir que esa invasión o, mejor dicho, esa serie de invasiones, si bien tuvo la ventaja de rejuvenecer la Europa que moría, consumida por sus propios vicios, de inyectarla sangre nueva y vigorosa, como una reserva providencial que Dios guardara celosamente para salvarla, atrajo males sin cuento sobre los pueblos, siendo una rémora para la civilización y bienestar material de los mismos. Por todas partes estallaron guerras de exterminio de unas razas contra otras, robos, incendios, saqueos, matanzas, con todo su séquito de pestes, hambre y miseria. Después de todo esto, después de la completa destrucción de la civilización y de las instituciones romanas, había que comenzar de nuevo toda la obra, era menester convertir una vez más a Europa puesto que los bárbaros o eran paganos todavía, o estaban inficionados con el arrianismo, había que cristianizarla y civilizarla, restaurar la ley y el orden, reconstruir el edificio social, rehabilitar el trabajo, resucitar la agricultura, el comercio, la educación, las artes de la paz, renovar la vida civil y política, en una palabra, crear toda la Europa. ¿Quién había de llevar a cabo esta labor ingente? San Benito, por medio de sus monjes. No es esta una frase de panegírico. Ahí está la historia monástica y eclesiástica de la Edad Media que atestigua su realidad. Precisamente San Benito nacía cuatro años después de la caída del Imperio, en 480. Dios, que no falta nunca en las épocas más trágicas de la historia, parecía destinarle para esa empresa gigantesca. "El Imperio romano sin

los bárbaros, decía Montalembert, era una sima de servidumbre y corrupción, la dominación de los bárbaros sin los monjes era el caos. Los monjes y los bárbaros reunidos reconstruirán un mundo que se llama la Cristiandad''. (1) Tal era la situación del mundo al venir a él San Benito.

El lugar de su nacimiento es la parte central de Italia, en medio de las estribaciones de los Apeninos, de esos montes, que partiendo de norte a sur de la península, la dividen por su centro en dos partes casi iguales, formando como su espina dorsal. Allí, en una pequeña villa llamada Nursia, hoy día Norcia, de la provincia de Umbría, a 100 kilómetros de Roma, y no lejos de Spoleto, vió la luz el que había de ser el legislador de los monjes de Occidente, el nuevo Moisés del monacato cristiano. Es un valle ameno y pintoresco, rodeado de encinas y viñedos que perfuman el ambiente, y ponen una nota de alegría y colorido, que contrasta con el fondo adusto y severo de los Apeninos. Ni le falta a nuestra villa la aureola de la celebridad histórica. Hoy día, es verdad, es una ciudad de poca importancia, mas no fué así en los tiempos pasados. Al decir de Patrizi-Forti, fué ya de muy antiguo, una ciudad fuerte, ceñida de gruesas murallas, y dividida en ocho barrios, cada uno de los cuales tenía su puerta, una plaza y una fuente. Según un antiguo plano de la ciudad que ha llegado hasta nosotros, se hallaba admirablemente defendida de toda agresión enemiga, por siete grandes torreones y otros veinticinco más pequeños y complementarios de los mismos. Las luchas fratricidas que con frecuencia desangraban a los diversos pueblos de la Italia primitiva, hacían necesarias estas precauciones. Nursia se gobernaba por sí misma, y tenía sus Cónsules y magistrados propios. Ella fué la patria de Vespasiano, de Marcial y de Sertorio, aquel va-

(1) ''Los Monjes de Occidente'', T. I. Barcelona.

liente guerrillero que supo tener en jaque por largos años a los partidarios de Sila, en tiempo de las luchas civiles de Roma.

El carácter indomable de sus habitantes es proverbial en los autores. Virgilio (1) nos habla de la *fría Nursia;* Suetonio celebra su amor a la libertad y su entereza. (2) Strabón alaba su valor inquebrantable en defender su independencia. (3) Cicerón les llama *hombres duros,* "homines severissimi". (4) La historia nos da testimonio de estas cualidades en aquel episodio de los orígenes de Roma, conocido con el nombre de *rapto de las Sabinas,* en que queriendo los Romanos robarles sus mujeres, tuvieron que recurrir al engaño antes que a la violencia, y aun así supieron lo que era el carácter terrible de los Sabinos, en aquella guerra cruenta que asoló a los dos países. Eran hijos de la montaña, sobrios, robustos, ágiles, sanos de cuerpo y de alma. Vivían contentos en medio de los riscos, ocupados en el pastoreo de sus ganados, y en el cultivo de sus viñedos, sin ambiciones, sin añoranzas de la pretendida felicidad romana. Los Apeninos con sus altas cimas, con sus empinados picos, al mismo tiempo que les aislaban de la corrupción de las ciudades, y mantenían la pureza de sus costumbres, ennoblecían su carácter, elevaban su espíritu sobre las bajas regiones del egoísmo, y preparaban y disponían su corazón sencillo y dócil para recibir la semilla del Evangelio. Esto tuvo lugar en el siglo III, en que el obispo de Foligno, San Feliciano, vino a anunciarles la buena nueva. Muy pronto se formó una comunidad cristiana, con su obispo de Nursia al frente, y aquellos campesinos que antes habían quemado incienso a los ídolos, en adelante sirvieron con generosidad la causa de Jesucristo. Tal era la

(1) Virg. A. Eneid. VII, V, 715.
(2) Divus Augustus. C. 12.
(3) Geographica. V, 3 N.° 1.
(4) M. P. Vaticinium. C. 36.

raza de la que había de tomar su sangre el predestinado de Dios, Benito; tal el lugar de su nacimiento. ¡Cuántas veces sus ojos de niño contemplarían las cumbres majestuosas de los Apeninos, doradas por los últimos rayos del sol agonizante! ¡Cuántas veces no se quedaría impresionado ante el espectáculo de la naturaleza, ante aquellos atardeceres llenos de silencio y de misterio, en que parecía oirse la voz de Dios! ¿Pues qué, no nos dice San Gregorio que era un niño precoz, que ya desde muy jovencito llevaba un corazón maduro? Así, lo que a otros niños de su edad no sugería nada, a él le hablaba al alma, y le llevaba a Dios.

La tradición nos ha conservado el lugar preciso de su nacimiento. En el siglo IX, Adrevaldo, monje de Fleury, afirma haber visto las ruinas del palacio en que nació San Benito, y a juzgar por los fundamentos del edificio estima que debía ser de una magnificencia real, y no podía pertenecer más que a una familia poderosa. Hoy día la principal iglesia de Norcia está dedicada al santo Patriarca. Los Norcianos pretenden que en la cripta inferior de esta iglesia se encontraba la habitación ocupada por el Santo.

CAPITULO II

La Familia de un Santo

En este rincón de la Umbría, amable y risueño como un jardín, es donde nació Benito. Sus padres, según una tradición recogida por Paulo Diácono de Montecasino, eran Eupropio y Abundancia. San Gregorio, que se calla sobre este particular, nos asegura en cambio, que ambos pertenecían a la mejor aristocracia del país, *liberiori genere*. No eran nuevos ricos, advenedizos, sino que tenían tradición, llevaban la nobleza en la sangre, eran de familia antigua y de buena raza. He ahí lo que ante todo quiere decirnos la expresión de San Gregorio. Después de esto los autores se han puesto a investigar el nombre de esa familia. ¿Era del orden senatorial, pertenecía a la Gens Anicia tan célebre en la Roma pagana como en la cristiana, y de la cual escribía no sin emoción San Jerónimo, que todos sus miembros nacían, o para el Consulado o para los más altos cargos de la Iglesia? Si no tenemos certeza absoluta, hay por lo menos probabilidad muy grande de que así fuese. Eupropio, en efecto, poseía en Roma, en el Trastevere, un palacio heredado de sus padres, y al cual venía con frecuencia desde Nursia, su residencia habitual, llamado por sus negocios y sus relaciones sociales.

Ahora bien, la calle inmediata a este palacio se llamaba y aún continúa llamándose en nuestros días *Vía Anicia*, en recuerdo precisamente del palacio de dicha familia, palacio que se ha convertido en la iglesia de San Benito in Piscinula.

Abundancia por su parte traía origen, según Patrizi-Forti, de la familia Claudia, también ilustre en los anales de Roma, que habitaba en la Roca Sassaria, donde hoy se levanta la iglesia dedicada a Santa Escolástica. Sea de esto lo que fuere, siempre queda el testimonio de San Gregorio de que ambos eran de ilustre linaje. Y no es cosa ociosa e indiferente el notar esto. De ahí le vino a San Benito esa nobleza de sentimientos, que si no siempre, con frecuencia por lo menos, suele acompañar a las familias de abolengo y tradición, sobre todo cuando a la posición social y bienestar económico acompaña la religión, como en el caso presente.

Además de su palacio de Roma, los padres de Benito tenían en Nursia, una villa que era su residencia habitual. En estos últimos tiempos del Imperio, la estancia en la Corte no parecía ser siempre agradable a los grandes señores. El pueblo era allí muy turbulento y la cuestión de las subsistencias ocasionaba serios disturbios. Y después estaba el peligro de las invasiones bárbaras, que amenazaban constantemente la capital del Imperio, que les traía obsesionados con la ilusión de las riquezas del mundo entero, ocurrían, en fin, las intrigas de la Corte y la corrupción de costumbres. Cuánto mejor vivir alejados de todo esto, en medio de sus tierras, en el retiro apacible del campo. Abundancia sobre todo encontraba aquí sus delicias, ocupada únicamente en la educación de sus hijos.

"La aristocracia, debido a la paz profunda asegurada por el Imperio, se acostumbró más y más a vivir en sus heredades, de suerte que la *villa urbana*, centro de una explo-

tación agrícola tenía siempre a su lado una *villa rústica*, y a veces varias, que formaban los latifundios, pero como el dueño era culto por lo general, enamorado de las artes, y lleno de admiración por las costumbres de Roma, su morada no difería casi de los elegantes palacios de placer. En estas villas magníficas se llevaba una vida fastuosa y de boato, pero cuando empezaron las invasiones, hubo que encerrarlas en muros de defensa, y así la *villa urbana* vino a ser un castillo fuerte, en que todos los habitantes del dominio podían encontrar asilo y amparo en caso de necesidad". (1).

Estas frases de Daremberg nos dicen lo que era la villa romana. Era un verdadero palacio en medio del campo, en el que no faltaba ni la comodidad ni el lujo. Era también con frecuencia un verdadero museo, en un marco de naturaleza grandioso y bello. Por las circunstancias de los tiempos que corrían, muchas de esas villas vinieron a convertirse en castillos fuertes con su cintura de murallas y de torreones, tras de los cuales el señor de la villa, la cual ocupaba a veces grandes extensiones, con un número considerable de criados, se parapetaba y defendía de las incursiones de los bárbaros y de los ladrones. Era el señorío feudal que comenzaba. Sobre las puertas de entrada se leía en grandes caracteres: *Propiedad del Señor Tal.* A veces la inscripción se repetía sobre los muros del interior, o de una granja, que en realidad pertenecía a un cliente del gran propietario. Al abrigo del nombre señorial, esas buenas gentes, se defendían mejor contra las exacciones del fisco, o se beneficiaban con las inmunidades de sus patronos.

Pero las villas eran sobre todo centros de explotación agrícola, que mantenían toda una población de esclavos, can-

(1) Daremberg et Saglio: Dict. des Antiquités grecques et Romaines. París 1892, art. Villa, p. 884.

teros, picapedreros, albañiles y colonos. "Allí se veía la casa del jefe de los pastores al lado de la del guarda forestal. Parques de caza defendidos por barreras en forma de trenzado, encerraban gacelas. Almarrazas, lagares y bodegas para el vino se sucedían con las termas y los establos. Después venía el cuerpo del edificio con su puerta monumental, su mirador de varios pisos, sus galerías interiores y sus torrecillas. Por delante se extendían los prados, los jardines con sus avenidas bien trazadas, bordeadas con arbustos de boj artísticamente recortado, que conducían a fuentes y surtidores, o bien a pérgolas que sostenían bóvedas de follaje, a glorietas sostenidas y adornadas con estatuas y columnas. En estos jardines había un lugar reservado que se llamaba "el rincón del filósofo". La señora de casa se retiraba allí con frecuencia a leer o a soñar, a la sombra de una palmera". (1).

Tal aparecía la villa romana en aquellos tiempos, y tal debía ser también la de los padres de Benito en Nursia. Eupropio se ocupaba con esmero de su dirección y administración. El vigilaba toda esa tropa de colonos, él dirigía los trabajos, él impartía las órdenes, él manejaba su gente, y la organizaba y disciplinaba como un general a sus soldados, y bajo su autoridad, la villa florecía y prosperaba. Era el hombre de negocios, el hombre práctico ante todo, hecho para mandar como un verdadero romano. Su continente era grave y austero como quien está acostumbrado a dar órdenes y no permite que su autoridad sea discutida, y aunque esa autoridad se veía muy contrarrestada por los afectos de la familia, y por la influencia de la religión y de la piedad cristianas, no resultaba sin embargo temerario afirmar en él un descendiente de aquellos terribles sabinos de los primeros tiempos de Roma. De él heredó Benito su talento organiza-

(1) S. Agustín, por L. Bertraud. Tours, p. 95.

dor que tan bien supo explotar en provecho del monacato occidental, así como también de él había de copiar su aspecto digno y venerable como el de un patricio.

Eupropio tenía por esposa una santa que había de contribuir en mayor escala a la formación del alma de Benito. Si Eupropio le había infundido el carácter viril, Abundancia, que tal era su nombre, le formará en la piedad. A los ojos de la historia, Abundancia aparece como rodeada de la aureola de todas las virtudes que hacen el encanto de la mujer. Ella nos presenta el tipo de una de aquellas matronas venerables de los primeros tiempos de la Iglesia, que tanta admiración causaban a los paganos por su piedad, por su gravedad, por esa aureola de dignidad que había impreso en su frente el cristianismo, y de las cuales decía uno de esos paganos, el retórico Libanio, al ver a la madre de San Juan Crisóstomo con su hijo en los brazos: "¡Qué mujeres estas las cristianas!".

Abundancia era una de estas mujeres cristianas, que comprendían su propia dignidad, que comprendían también la gran misión de una madre, que es la de dar nuevos adoradores a Dios. Y porque lo comprendía, se aplicó a inspirar a sus hijos el temor de Dios y el horror del pecado, como aquella gran reina de Castilla, Doña Blanca, que decía a su hijo, que después fué San Luis rey de Francia: "Más quisiera verte muerto, que verte cometer un solo pecado mortal", o como el anciano Tobías a su hijo: "Ten a Dios en tu mente todos los días, y guárdate de consentir jamás en pecado y de quebrantar los mandamientos del Señor Dios nuestro".

Porque de no haber sido así, ¿cómo Benito a los 20 años hubiera tenido la idea ni el valor de renunciar a los placeres que le brindaba Roma, y de los que veía hacer ostentación a sus compañeros, ni quién hubiera podido inspirarle el

alto ideal de abandonarlo todo por Cristo y retirarse al desierto? Todo esto, y el hecho de que también su hermana Escolástica se consagrase a Dios desde muy jovencita, como dice San Gregorio, manifiesta la profunda piedad de Abundancia, demuestra que conservaba todavía caliente en su corazón el fervor de los primeros cristianos, y que en esa misma forma educó a sus hijos.

Hemos nombrado a Escolástica. Era la hermana melliza de Benito, y única, por lo menos conocida en la historia. Esto no podía servir más que para acrecentar su amor mutuo. Pocos seres se han amado tan tiernamente como estos dos santos hermanos. Se echa de ver por el último coloquio que mantuvieron ambos pocos días antes de su muerte, y que no vamos a relatar aquí porque sería anticipar los acontecimientos.

Además de amor, Escolástica experimentaba orgullo por su hermano. No podía pensar en él allá en su anterior, sin sentirse altamente satisfecha. Habían venido juntos a la vida, pero muy pronto siguieron distintos rumbos. Escolástica lo comprendía. Ella era la pequeñita, la inferior en desarrollo, en talentos, en virtud. Esto se decía en su humildad, pero este sentimiento más bien que alejarla de él, la acercaba, la inspiraba admiración y cariño, la hacía ver en su hermano el protector y el guía de su vida. Complacíase en su inferioridad, y procuraba buscar en él lo que en sí misma echaba de menos. ¡Con cuánto sentimiento le vió marchar de su lado para cursar los estudios en Roma! ¡Cómo recordaba los años ya transcurridos de la niñez, cuando correteaban por el jardín, cuando jugaban al escondite por los recodos de la villa, juntamente con los hijos de los colonos de su padre! Había llegado el momento de romper con todo esto. Benito que no amaba ya los juegos, empezaba a ser hombre, y quería

continuar la gloria de su familia, logrando una brillante carrera. Se había ido a Roma. Escolástica quedó como huérfana, pero también más ufana que nunca. Ya preveía sus triunfos y éxitos en los estudios, prometíale en su imaginación un brillante porvenir y soñaba grandes cosas para él. Era su orgullo y su alegría.

Benito, por su parte, tampoco dejó de sentir el influjo benéfico de su hermana. No se vive durante varios años al lado de una alma recta y pura, sin experimentar la irradiación de sus virtudes. Pues Escolástica era una de esas almas. Era una niña inocente y sin amargura. A su lado el carácter recio de Benito se suaviza, se hace más dúctil. Benito aprende también los secretos y la fuerza de la bondad, y esta enseñanza la sabrá aprovechar más tarde en el gobierno de sus monjes. Escolástica modela también el corazón de su hermano en el ideal de la virtud, de la pureza, de la delicadeza de sentimientos. Consagrada a Dios desde su niñez, es para él como una escuela donde aprende las mil exquisiteces a que puede llegar un alma en la virtud y en el sentimiento, y ante este ejemplo se siente fortalecido y elevado.

Todavía había alguien en la familia de Benito: era su nodriza Cirila. Notemos ante todo el origen griego de la palabra. Era entonces costumbre dar a los hijos preceptores griegos, para que al mismo tiempo les enseñasen la lengua helénica, que formaba parte integrante de la educación entre las familias patricias. Por otra parte, las colonias griegas en Italia, eran muy numerosas, hasta el punto de que el griego llegó a ser como la lengua común en muchas regiones. Pero hay más aún. El nombre de Escolástica es también de origen griego, así como el de su padre Eupropio, todo lo cual parecería indicar que la influencia griega en la familia de Benito fué considerable. Benito y su hermana Escolástica tu-

vieron, pues, una nodriza griega, llamada Cirila. "Durante muchos siglos, las costumbres romanas impusieron a la madre una obligación estricta de alimentar por sí misma a los hijos. Vino, sin embargo, un tiempo en que las familias ricas tomaron la costumbre de tener nodrizas, según la moda griega. En el último siglo de la República, el uso era ya general. Se distinguía la nodriza propiamente dicha, *nutrix, mater,* de la nodriza seca, *assa nutrix.*

Con frecuencia, después que el niño había crecido, las nodrizas romanas se quedaban en la casa; y no era raro que una vez casadas, las jóvenes esposas las guardasen a su lado como personas seguras y fieles (1). Así, las nodrizas venían a formar parte de la familia, eran como unas segundas madres, que no se separaban jamás de aquel que había sido encomendado a sus cuidados. La historia nos ofrece sobre esto numerosos testimonios. Baste recordar la nodriza de Eneas, que le acompañó en su viaje por Italia, como nos cuenta Virgilio, (2) y murió al llegar a Gaeta. En las Actas de San Lorenzo se refiere igualmente, que San Hipólito, ya avanzado en edad y jefe de familia, tenía consigo a su nodriza Concordia, que murió mártir. Y hasta San Gregorio afirma de sí mismo que conservó toda la vida un gran afecto para con su nodriza (3). Así se explica el amor que Cirila sentía por Benito, lo que le mereció ser correspondida por él, puesto que fué la única persona a quien confió su secreto de salir de Roma y retirarse al desierto.

Tales eran las influencias que recibió Benito en el hogar paterno. Su estudio era necesario para conocer el ambiente

---

(1) **Daremberg et Saglio.** Ob. cit. art. Nutrix.

(2) **Tu quoque littoribus nostris. Æneia nutrix oeternum moriens, nomen, Caieta dedisti.** Æneida, VII, 1.

(3) Nutricem meam quam mihi per litteras, comumendatis, omnino diligo. Regent. Lib. III, cap. 44.

en que se deslizó su infancia, y por ende poder comprender mejor su vida ulterior y su carácter íntimo. Fuera de esto, nada nos dice San Gregorio de su infancia, si no es que ya desde entonces, se anticipó a la edad en la madurez de su juicio: *ab ipso pueritiae suae tempore cor gerens senile, aetatem moribus transiens, nulli animum voluptati dedit.*

Después de esto, ya le vemos viviendo en Roma para aprender las artes liberales. Nosotros le seguiremos también a la ciudad eterna.

CAPITULO III

El Estudiante de Roma

Así como el cuerpo de Benito crecía y se desarrollaba vigorosamente con la edad, en el seno de la familia, así tambien su inteligencia se iba despertando, y sus padres, que no habían perdonado medio para que su hijo creciese en la piedad, procuraron asimismo facilitarle cuanto estaba a su alcance para que aprovechase en los estudios. Podemos creer con fundamento que no le enviaron a las escuelas públicas, sino que le dieron un preceptor particular. Tal era la costumbre entre las familias patricias romanas. Por otra parte, las condiciones en que se daba la enseñanza en las escuelas del Estado eran tan míseras, que las buenas familias no podían enviar a ellas sus hijos. Allí reinaba como un tiranuelo en sus propios estados, el *primus magister,* terror de los niños, sobre los cuales se abalanzaba al menor motivo, látigo en mano. San Agustín, que no pecaba en sus primeros años, de disciplinado y estudioso, experimentó más de una vez sobre sus espaldas, las caricias de las varas, y tan recia fué la impresión que de ello recibió, que 40 años más tarde, cuando escribió las *Confesiones,* la recuerda todavía con espanto y abominación.

El local era una simple pérgola, o soportal, cubierto con telas, para impedir la lluvia y el sol. A veces, para ponerse al abrigo de las miradas indiscretas de los transeuntes, se extendían también algunos toldos de un pilar a otro. Así venían a formarse a manera de pórticos o galerías, que bordeaban la calle, apropósito para helarse en invierno y asarse en verano. La escuela era el suplicio de los niños.

Sentados en bancos en derredor del maestro, aprendían a leer, escribir y contar. Por todas las direcciones de la ciudad se oía la que San Agustín llama *"odiosa cantio"*, canción odiosa: Uno y uno son dos; dos y dos son cuatro, lanzada en altos gritos, hasta el punto de exacerbar al vecindario. "Es imposible, escribía Marcial, vivir aquí; por la mañana está uno conturbado por los maestros de escuela, por la noche por los panaderos" (1). Una pintura mural encontrada en Pompeya, y que está hoy en el museo de Nápoles, nos presenta una escena curiosa de lo que era la vida escolar entre los romanos. Tenemos ante la vista una escuela colocada debajo de un pórtico, que sostienen columnas elegantes, enlazadas entre sí por guirnaldas de flores. La escuela está completamente abierta, así los niños del exterior se aprovechan, como curiosos que son siempre, para mirar lo que pasa. Tres alumnos están sentados en un banco, tienen largos cabellos, una túnica que les envuelve hasta los pies, y en sus rodillas un libro que parecen leer con mucha atención. Ante ellos se pasea un hombre con aire grave, su figura está encuadrada de una gran barba, sus manos se ocultan en un manto, es el maestro; por su continente ceñudo reconocemos a aquel de quien Marcial dice que causa horror a los muchachos y a las doncellas, *invisum pueris virginibusque caput*. En el otro extremo del cuadro, se azota a un alumno recalcitrante. El

(1) Martial. XII, 57, 5.

desgraciado, despojado de todas sus ropas, no lleva más que un delgado cinturón en medio del cuerpo. Uno de sus camaradas le ha cogido el pie, mientras que un tercero alza las varas para azotarle. El látigo y las varas eran muy empleados en Roma, y el uso ha durado desde el tiempo de Plauto hasta el fin del Imperio. Sólo Quintiliano hizo oir a este propósito una reclamación tímida: "En cuanto a pegar a los niños, dice, aunque Crísipo lo apruebe y sea la costumbre, confieso que me repugna". (1). Crísipo predominó, y Ausonio nos dice que aun en su tiempo, la escuela *resonaba de latigazos* (2). Así se explica la frase de San Agustín de que "prefería la muerte antes que volver de nuevo a la infancia (3). Tal era la escuela elemental pública en el Imperio romano.

El hijo de un Senador no podía someterse a ella sin sufrir menoscabo en el buen nombre de su familia, y así Benito hubo de tener un preceptor, que tal vez era un esclavo instruído y de origen griego, como era la costumbre, quien le enseñaría a hablar correctamente el griego. Pero el conjunto de la educación escolar abarcaba tres grados: elemental, gramatical y retórico, y Eupropio, que tenía a gala el que su hijo poseyese una educación conforme a su rango, creyó llegada la hora de que fuese a adquirirla con los grandes maestros de la ciudad eterna. Benito es todavía un niño por la edad. Diez, catorce, diecisiete años a lo sumo, según los diversos autores. Pero los padres le conocen, tienen puesta la confianza en su hijo, y descansan tranquilos en él. Le ven partir con dolor, seguramente las lágrimas asoman a los ojos de Abundancia y de Escolástica, pero bien pronto se consuelan

(1) Quintiliano: De Institutione oratoria. I, 3, 13.
(2) Boissier: "El fin del paganismo", t. I, p. 158, Madrid, 1908.
(3) Quis non exhorreat et mori eligat si ei proponatur mors perpetuenda ant rursus infantia!

pensando en las bellas esperanzas que en él tienen puestas. Cirila, la fiel nodriza, le acompaña. Tal vez también el preceptor que ha presidido a su educación literaria desde sus primeros años. La una atenderá los servicios de la casa, el otro continuará dándole lecciones y completando así la enseñanza de las aulas. Benito se goza ya de antemano con la visión de las grandezas de Roma, pues aunque probablemente su padre le ha llevado alguna vez consigo, no ha hecho más que recorrerla de prisa, y con la imaginación llena de estas ilusiones juveniles, tan propias de su edad, se pone en camino.

Por allí, muy cerca de Nursia, pasaba la vía militar, que ponía el Adriático en comunicación con Roma. Era la *via Salaria*, una hermosa vía como todas las romanas, con amplias losas en las cercanías de las ciudades, y cuidadosamente empedrada en el resto. El trayecto era pintoresco. Allá en el horizonte, confundidos en una sola masa parda, aparecían los picos sucesivos de los Apeninos cubiertos de nieve, picos abruptos, murallas denteladas, escalonadas de sombríos barrancos. Pasados los Apeninos, surgían las hermosas tierras de la Umbría, del Samnio y del Lacio, y, finalmente, aparecía Roma, sentada como reina y señora, en medio de un amplio valle regado por las aguas del Tíber.

Roma, en este tiempo, era todavía floreciente. Las grandes invasiones bárbaras no la habían devastado por completo, conservaba aún suntuosos edificios, y el mismo Teodorico, que había sucedido a Odoacro en el imperio, alimentaba el sentimiento de la grandeza de Roma, y procuraba realzarla y devolverla a su prístino esplendor. Su ministro Casiodoro nos habla con entusiasmo de la Roma de entonces: "Los antiguos, decía, han contado siete maravillas en el mundo, pero todas son superadas por las obras extraordinarias que ofrece esta sola ciudad.

Se puede decir con verdad que Roma entera es una maravilla, un bosque maravilloso de monumentos. Los elevados muros descansan sobre esbeltas columnas, que parecen fundidas en blanda cera, tan bella es su simetría y tan delicadas las canaluras que les adornan. Las piedras de los muros descansan tan sólidamente unidas las unas a las otras, como si su masa se hubiese elevado por sí misma. Además, los tiempos pasados han cubierto de estatuas el suelo de esta ciudad, y la vida de que están animadas estas imágenes de piedra y de bronce, las haría pasar por seres reales. Verdaderamente no debería haber necesidad de guardas para proteger la belleza de Roma; el respeto y la admiración deberían bastar" (1).

En otra parte nos habla de la vasta extensión de los acueductos, que, semejantes a ríos caudalosos, conducen el agua a la ciudad, sobre arcos gigantescos, tan altos como colinas. Nos muestra las fuentes públicas, todavía intactas, que sirven al mismo tiempo para derramar la frescura y alegrar el aspecto de la ciudad; las naumaquias, que forman verdaderos mares en el interior de los muros, después las termas decoradas con lujo, el circo Máximo, sus dos esbeltos obeliscos, y los varios edificios que la adornan; finalmente la magnífica via Sacra, que sube al Foro, y cuyos antiguos elefantes de bronce, llaman poderosamente la atención.

Benito hubo de recorrer admirado todas estas maravillas. Muy sensible a la belleza, donde quiera que la encontrara, no pudo sustraerse a la impresión de estas obras de arte. Hubo de subir al Janículo, en cuyos magníficos jardines, prodigaban sus encantos la naturaleza y la industria humana, en los que surtidores altos como casas, animaban con sus aguas llenas de vida las floridas terrazas y las verdes ba-

(1) Migne, T. LXIX, col. 719.

rrancas, y al descubrir desde allí los montes de Subiaco, tal vez pensó con un instinto secreto que algún día habían de prestarle un refugio en su huída del mundo. Hubo de visitar el Foro de Trajano, donde se concentraba el último esfuerzo de la arquitectura, el colmo del esplendor de Roma, con su basílica Ulpiana, con su bosque de columnas en granito, con el monumento al Emperador; todo lo cual le llenaría de admiración, como al príncipe persa Hormisdas, según refiere Aniano Marcelino.

¿Y qué decir de su visita obligada y frecuente a las catacumbas, ese inmenso relicario, donde descansan las primicias del cristianismo, nuestros padres en la fe? A esos subterráneos misteriosos, a donde los cristianos de ayer mismo tenían que refugiarse para profesar su religión, que fueron como los cimientos providenciales sobre los que se había de levantar el edificio sólido de la Iglesia, que juntamente con los sepulcros de los mártires, guardan, celosamente el tesoro de sus ejemplos y virtudes. ¡Con qué religiosidad y respeto recorrería la Vía Appia, San Calixto, Santa Cecilia, etcétera, para visitar los sepulcros de tantos mártires, cuya memoria perduraba aún entre los romanos, y de los que oía hablar en su derredor como de un acontecimiento de ayer mismo! ¡Cómo debió fortificarse su piedad en aquel ambiente perfumado de virtud, e ilustrarse su fe, al palpar en su realidad hasta dónde puede llegar la creencia en el premio eterno y el amor a Cristo! Esta lección no le será inútil, sino que sabrá aprovecharla en el momento oportuno, inmolándose ante el deber, y llegando hasta el heroísmo, por conservar la virtud. El ejemplo de los mártires le habrá servido de estímulo.

Todo esto era muy interesante de ver, pero, en fin, había venido no solamente a recorrer la ciudad, sino sobre todo

para estudiar. Y a ello se puso con todo empeño, como niño serio y formal. Las materias que tiene que aprender son: la gramática, la retórica y el derecho. En las dos primeras se encerraba lo que en la Edad Media llamaron el *trivium* y el *cuadrivium*, es decir, la gramática, dialéctica, retórica, astronomía, geometría, filosofía y música. "La gramática, dice Quintiliano, comprende dos partes: el arte de hablar correctamente, y la explicación de los poetas" (1). Cada una de ellas exige mucho tiempo y trabajo. Para hablar bien hay que conocer el valor de las letras, la pronunciación de las sílabas, el significado de las palabras y su enlace para la formación de las frases; son detalles que no acaban. La explicación de los poetas no exige menos trabajo. El maestro lee primero *praelegit;* el discípulo repite, y cuando ha pronunciado como conviene, sin cometer falta alguna contra el acento y la cantidad, se repite el pasaje para darse cuenta de todo. Cuando el niño sabe hablar correctamente, cuando ha leído a los poetas griegos y latinos, parece que su enseñanza gramatical ha terminado, la definición de Quintiliano parece agotada, pero con el tiempo, la gramática se ha extendido mucho, ha recibido poco a poco desenvolvimientos, que han aumentado singularmente su importancia. Y en primer lugar, ¿cómo admitir que el discípulo no conozca más que a los poetas, y que se le deje extraño a todos los autores que han escrito en prosa?

Si la poesía debe seguir siendo el objeto principal de sus estudios, es menester que tenga noción del resto: *Nec poetas legere datis, excuciendum omne scriptorum genus.* Es un campo inmenso, que se abre ante él. Añadid que estos escritores de toda especie y de toda época, el gramático no se

(1) Véase para todo lo que atañe al deber del gramático, el primer libro de Quintiliano.

contenta con leerlos o aun explicarlos; es menester que los aprecie y les juzgue. Clasifica los de los tiempos pasados y les da categorías, pronuncia fallos sobre el mérito de los contemporáneos. Así se ha convertido, no solamente para la juventud, sino para la sociedad entera, en un crítico autorizado, cuyo juicio forma la opinión pública. Los autores que quieren ser célebres, le hacen la corte, y los que como Horacio (1) se desdeñan de agradarle, se arriesgan a permanecer mucho tiempo desconocidos. Hay más todavía, y el estudio de la literatura entera no parece bastar a ocupar el tiempo de los gramáticos; agregan ciencias accesorias que parecen indispensables para que los discípulos comprendan los autores que se les hace leer. ¿Es posible que midan los versos y perciban su mecanismo si ignoran la música? El gramático está, pues, encargado de enseñársela. Los poetas están llenos de pasajes en que hablan del cielo, y describen la salida y puesta de los astros: ¿cómo se llegará a explicarlos si el gramático no enseña la astronomía? Finalmente, como hay poemas enteros, los de Empédocles y Lucrecio, por ejemplo, que están consagrados a exponer y discutir problemas filosóficos, es bueno que se sepa la filosofía, y la filosofía misma no sería comprendida si no se tiene alguna noción de las ciencias exactas, sobre todo de la geometría y de las matemáticas. Es, pues, el círculo entero de los conocimientos humanos lo que abarca la gramática. *"Antes de pasar a manos del retórico, dice Quintiliano, el niño debe haber recibido lo que los griegos llaman una educación enciclopédica"*.

A primera vista parece que el retórico tenga menos que hacer que su colega, no se ve obligado a dispersarse como él en estudios diversos. No enseña más que un arte, pero ese arte es la elocuencia, el primero y el más difícil de todos, el

(1) Horacio. Epistoloe. I, 19, 39.

que exige toda una vida de hombre para ser practicado con perfección. Es menester enseñar primero al discípulo la teoría de la retórica: es un estudio muy largo, muy delicado, pues cada maestro se complace en acumular los preceptos, en complicar la ciencia, en crear dificultades imaginarias por el placer de resolverlas. A esta enseñanza de teoría, se unen ejercicios prácticos, que son más importantes y difíciles aún. Cuando el discípulo conoce los secretos del arte, se le enseña a practicarlos, es menester que componga un discurso, que lo retenga de memoria, que lo pronuncie. Al pronunciarlo, nada se deja al azar, se ha querido preverlo todo, reglamentarlo todo. Se enseña de antemano el tono que conviene a cada parte del discurso, hasta donde deba elevarse el brazo durante el exordio, y cómo hay que tender la mano en la argumentación. Sobre algunos puntos se han levantado discusiones que dividen a la escuela. ¿Conviene golpear el pie en los momentos en que uno se irrita? ¿Es decente desarreglar los pliegues de su toga y dejarla flotar sobre la espalda hacia el final del discurso? Plinio el Mayor, que era un hombre serio y moderado, no quería oir hablar de ello, y llegaba hasta recomendar que al enjugarse la frente cuando se sudaba, se tuviera gran cuidado de no desarreglar la cabellera. Quintiliano era menos riguroso, pensaba, al contrario, que un poco de desorden en los cabellos y en la ropa, marcaba mejor la emoción, y podría conmover a los jueces'' (1).

Las escuelas de este tiempo ya no son las de los tiempos clásicos, sino que están en plena decadencia, a pesar del celo de los últimos emperadores por la enseñanza. El mal gusto se ha apoderado de los profesores, y el artificio, los juegos de palabras y el amor exagerado de las formas, reinan en la

(1) Quintiliano: De Institutione oratoria, XI, 3, 148. Véase Boissier: El fin del paganismo, t. I, p. 161. Madrid Daniel Jorro, editor, 1908.

La Virgen de S. Benito

poesía y en la elocuencia. Todo lo cual, unido al temperamento de Benito, hace que sus aficiones vayan más bien por el lado del Derecho. El espíritu positivo y realista heredado de su padre, se acomodaba, en efecto, mejor con el estudio de las leyes, en las cuales brillaba el genio de Roma, que no con la poesía y la elocuencia. Este sentido jurídico le volcará más tarde en la composición de la S. Regla, el código que por su admirable organización había de regir la vida monástica en los siglos posteriores.

Benito, durante todo este tiempo de sus estudios en Roma, habitaba en el palacio de su padre, del cual hemos hablado arriba. Allí se había reservado un rinconcito, que convirtió en oratorio para satisfacer su piedad, y que todavía puede verse a la izquierda, dentro de la Iglesia in Piscínula. Su devoción a la Madre de Dios que había aprendido en el seno materno, le hizo colocar ante su vista una devota imagen de la Virgen María, con el niño, ante la cual, según tradición, se pasaba en oración largas horas del día y de la noche. Era una pintura mural al fresco, que fué arrancada de allí en 1846, aunque con desperfectos, y transportada definitivamente a la Iglesia de San Ambrosio, donde hoy día es conservada celosamente por los Padres Benedictinos.

Ejemplo edificante en extremo el de nuestro santo joven. La imaginación se complace en representársele a los pies de María, de vuelta de las clases, para saludarla como madre y señora de la casa, o bien estudiando sentado en su mesa, e interrumpiendo a veces el estudio para dirigirla miradas llenas de amor filial. A ella había hecho confidente de sus secretos, con ella consultaba las necesidades de su alma, sus amarguras y tristezas, porque es lo cierto que la estancia en Roma cada vez se le hacía más costosa. La profunda miseria moral que veía por todas partes causaba náuseas a su alma

bien nacida. Roma, que acababa de abrazar el cristianismo, era todavía pagana en sus costumbres, y se hallaba llena de histriones, bailarinas y mujeres de mala vida (1). Añádase a esto la soldadesca licenciosa y desenfrenada de las recientes invasiones bárbaras. Benito comprendió que la lucha se hacía cada vez más fuerte y penosa en su espíritu, y empezó a temer, con ese temor santo que es el principio de la sabiduría, y así nada extraño, nos dice San Gregorio, que como *"viese a muchos de sus compañeros precipitarse por la sima del vicio, temiendo para sí lo que veía en los demás, determinase retirar del mundo el pie que apenas había puesto en él"*.

La vocación había brotado en su alma, y desde entonces irá madurándola un día y otro a los pies de la Virgen. La gracia divina, por otra parte, va trabajando su espíritu hasta completar la obra. Ella le ha infundido esa sed de Dios que caracteriza las grandes vocaciones de los santos. Desde entonces su única ambición es poseerle; es lanzarse a su conquista cuanto antes, a trueque de todo lo creado. He ahí su ideal, el móvil de su conversión que diríamos, Dios, que se le ha revelado en la plenitud de su bondad, y hermosura inefables. Si más tarde funda un instituto monástico, quiere que sea ante todo una escuela donde se aprenda a servir a Dios, el Creador supremo, *instituenda est a nobis Dominici schola servitii. Escuela de servicio divino,* he ahí la definición que él mismo nos da; y de sus discípulos lo primero que les exigirá antes de admitirles en el seno de la comunidad, es que busquen sólo a Dios. Por eso encarga al maestro de novicios que investigue con cuidado si buscan con sinceridad a Dios,

(1) En cuanto a los peligros que corrían en Roma los jóvenes poco tiempo antes de la época de S. Benito, S. Paulino de Nola escribiendo a Lucencio, que había tenido de maestro de retórica a S. Agustín, le dice lo siguiente: "Roma hoy día ¡ay! es mala consejera y capaz de derribar a los más robustos. Pero, hijo mío, yo te lo suplico, ten siempre delante de los ojos al P. Agustín en medio de la corrupción de la ciudad. Pensando en él, franquearás sano y salvo los mil peligros de esta vida frágil". Epíst. 46.

"si vere Deum quaerit", como la mejor señal de su vocación. Y en el prólogo de su Regla dice a sus futuros discípulos, que el fin de sus preceptos es volver por la obediencia a Aquel de quien nos habíamos apartado por la desobediencia.

Tal es la preocupación de Benito al dejar el mundo: la conquista de Dios. San Gregorio nos lo manifiesta bastante claramente: *soli Deo placere cupiens.* San Benito en este momento se hallaba en la flor de la edad, en plena juventud. Es sano, bien proporcionado y hermoso de miembros. El mundo le sonríe y le festeja. Tal vez muchas madres sueñan con introducirle en su hogar. Es el hijo de un senador. Es un excelente partido. Indicaciones y presentaciones más o menos declaradas y abiertas tienen lugar. La tentación que sufrió en el desierto no es tal vez más que un eco de la emoción sufrida en alguna de esas entrevistas. Lo malo es que también su familia entra por esas ideas. Procurándole una educación esmerada, querían proporcionarle una carrera honrosa, un porvenir brillante, y desposarle más tarde con alguna patricia. Pero Benito hace tiempo que ha dicho adiós al mundo, ha vivido en él, conoce la realidad amarga que se esconde tras de apariencias engañosas, aunque brillantes y deslumbradoras, y no se deja ilusionar por ellas. Sus vanidades y atractivos, fruto de la ficción y mentira, son para su espíritu maduro y juicioso, como flores marchitas, sin perfume, sin vida, y que por tanto hay que pisotear por inútiles. *Jam quasi aridum mundum cum flore despexit.* Por otra parte, siente en sí mismo la voz de Dios que como a otro Abraham le grita: "Egredere de terra tua et de cognatione tua et faciam te in gentem magnam", y está resuelto a obedecer; y un día por fin se pone en pie y dejando a Roma, abandonando su familia, sus estudios, su porvenir mundano, se dispone a marchar guiado por Dios. A dónde se dirija y en qué condiciones, lo verá el lector en el siguiente capítulo.

CAPITULO IV

Hacia el desierto

Benito hubiera podido satisfacer sus piadosos deseos de perfección, de una vida mejor y más ascética, sin necesidad de salir de Roma, puesto que ya de tiempos atrás, existieron en ella, dentro de sus muros, comunidades de ambos sexos, que ofrecían un asilo seguro para la propia salvación, y medios de satisfacer la sed de ascetismo que se había apoderado de ciertas almas. "Roma, escribía San Jerónimo, ha venido a ser una nueva Jerusalén. ¿Quién podrá contar los conventos de vírgenes, que se levantan en su suelo? ¿Quién podrá contar el número de monjes de la ciudad? En otros tiempos, entrar en el servicio divino era algo vergonzoso, hoy día los que lo hacen son bastante numerosas para que el hacerlo sea un honor". (1). San Agustín, por otra parte, se complace en recordar esos monasterios de Roma, que él ha visitado. "Conozco, dice, muchas moradas de santos en las que en medio de los compañeros que llevan la vida común en el amor, en la piedad, y en la libertad, preside un jefe, al que distinguen la gravedad moral, la sabiduría y la ciencia eclesiástica." (2)

(1) Ep. 122, c. 8.
(2) De moribus catholicae ecclesiae. L. I, c. 79.

Si Benito no entró en uno de esos monasterios de Roma fué sin duda porque así estaba más lejos de su familia, y por ende más libre, pero también, y quizás principalmente, por el deseo de soledad que se había apoderado de su alma. A ello no debió ser extraño el influjo y la fascinación que ejercían en el círculo piadoso de la Ciudad Eterna, las noticias que llegaban de los desiertos abrasados de Egipto y Palestina, sobre las austeridades realmente extraordinarias y heróicas que realizaban en ellos, muchos cristianos, llevados del afán de penitencia. De Roma y otras partes de Occidente, salían caravanas para presenciar por sí mismos tales hechos, y volvían a sus países respectivos contando maravillas de lo que habían visto. Un monje, decían, llamado Macario Alejandrino, para vencer el sueño permaneció fuera de su celda durante veinte días, abrasado de calor durante el día, y transido de frío durante la noche. En castigo de una impaciencia, se expuso durante seis meses, cerca del lago Sceté, a las picaduras de los mosquitos, que en aquel país son malos como abejas. Un año se pasó la Cuaresma de pie, sin doblar la rodilla, y su alimento se compuso de algunas hierbas. Otros eran célebres por su reclusión espantosa. Una reclusa llamada Alejandra, se encerró en un sepulcro, y allí vivió durante diez años. Sobre una montaña de los alrededores de Lycópolis, en la Tebaida, vivía el asceta Juan, que pasó más de treinta años encerrado en una gruta de tres compartimentos. Recibía su alimento por una pequeña ventana. San Simón, el Estilita, vivió igualmente muchos años sobre una columna, alta de 18 metros. (1)

(1) Todos estos casos y otros muchos pueden verse en Palladio: 'Historia Lausíaca''. Es esta obra un relato fidedigno de un solitario que pasó 11 años en Egipto y llegó a ser obispo. Palladio cuenta lo que ha visto al visitar a los monjes y los hechos edificantes que oyó narrar sobre ellos. El verdadero texto de la Hist, Lausíaca ha sido dado por el benedictino D. Butler.

Estos hechos volvían contando los visitantes de Egipto, y su relato llenaba de admiración a cuantos les oían. Circulaban además por la cristiandad romana, algunos opúsculos o biografías de las principales figuras monacales, como San Pablo de Tebas, San Hilarión, San Antonio, etc., que causaron honda impresión. La de este último sobre todo, escrita por San Antonio, gozó de una amplia popularidad, produjo una reacción ascética considerable, y fué como el punto de partida de muchas conversiones. San Agustín nos cita un caso en sus *Confesiones*. Dos agentes del Emperador Teodosio, encontraron en cierta ocasión cerca de Tréveris, a un grupo de ermitaños que poseían la vida de San Antonio escrita por San Atanasio. "Uno de esos agentes, dice San Agustín, se puso a leerla. Al punto quedó arrebatado de admiración, se inflama, y en el curso de la lectura, se decide a llevar este género de vida, y abandonar el servicio del mundo para consagrarse al vuestro, oh Dios mío... Entonces, lleno repentinamente del amor divino y de una saludable confusión, irritado contra sí mismo, mira a su amigo, y le habla en esta forma: "*Dime, te suplico, ¿qué pretendemos alcanzar por nuestros trabajos? ¿Qué es lo que nos proponemos? ¿Con qué fin servimos al príncipe? ¿Acaso podemos tener otra ambición en la corte, que la de llegar a ser amigos del Emperador? ¿Y esto mismo no es algo perecedero, no está lleno de peligros? ¿Y por cuántos peligros no hay que pasar para llegar a ese peligro mayor? Si al contrario, yo quiero llegar a ser el amigo de Dios, lo obtengo al instante*". Inmediatamente tomaron la resolución de no volver a la Corte, sino que abandonando todo se unieron a los ermitaños, y habitaron con ellos en su misma cabaña.

Este relato maravilloso le oía Agustín y su amigo Alipio, de los labios de un militar compatriota suyo, llamado

Ponciano, y su alma, ya por entonces muy trabajada por la gracia, sufrió una nueva sacudida hacia la conversión definitiva. "Entonces el alma y el rostro conmovidos, continúa San Agustín, yo interpelo a Alipio y exclamo: *"¿Qué esperamos nosotros? ¿Qué es esto? ¿Has oído? Los ignorantes se despiertan y arrebatan el cielo, y nosotros, sin corazón, con toda nuestra ciencia, nos revolcamos en la carne y en la sangre. ¿Acaso porque nos hayan precedido tenemos vergüenza de seguirles, cuando deberíamos avergonzarnos de no tener siquiera el valor de imitar su ejemplo? Añadí no sé qué más, y mi agitación extrema me llevó lejos de él, mientras que lleno de estupor, él me miraba sin decir nada"*. (1). Tal fué el principio de la escena célebre que terminó por la conversión de Agustín.

Al igual de San Agustín y de los agentes del Emperador, hubo muchos que al leer la historia de San Antonio, o al oir contar tales hechos extraordinarios, sintieron nacer en su alma el deseo de imitarles. Así, el presbítero Rufino de Aquiléa, que se retiró al monte de los Olivos, donde hizo construir un monasterio; así, Santa Melania, ilustre patricia de Roma, y su hija del mismo nombre, que con su esposo Piniano, distribuyó entre los pobres sus inmensas riquezas, y vivió pobremente en el Egipto; así, en fin, Santa Paula y su hija Eustoquium, también romanas, y dirigidas por San Jerónimo. Pero no todos se marcharon al Oriente, sino que hubo otros que practicaron la vida monástica en su propio país. Así, en Roma mismo, sobre el monte Aventino, vivía un grupo de cristianas ilustres: Asella, Marcella, Laeta y otras, nombres que inmortalizara San Jerónimo en su correspondencia.

Benito creyó también que no era necesario salir del propio país para practicar la vida de anacoreta. Allí, a sólo dos

(1) Confesiones: VIII, 6.

pasos de Roma, estaba el desierto donde poder vivir abstraído de las cosas terrenas y vacar solamente para Dios. Este desierto, que venía tentándole de tiempo atrás, había logrado por fin hacer oir su voz misteriosa, y una mañana, a la hora en que acostumbraba ir a clase, Benito torció el paso, y tomando la Vía Nomentana, salió de Roma en dirección de Tívoli. Bien pronto el campo ofreció a sus miradas nuevos y dilatados horizontes, en que su alma ya libre, descansaba del ahogo de la ciudad. Camina con resolución y firmeza, con una llamarada en los ojos, con el corazón pugnando por salirle del pecho, como quien acaba de romper los lazos que le aprisionaban, como quien acaba de salir de una terrible lucha en que ha llevado la mejor parte. La naturaleza parece unirse a su alegría y contento, y le muestra en su camino rientes colinas, amenos y fecundos valles, por los que corre juguetón el río Anio. Sin embargo, su triunfo no ha sido completo. El, que buscaba la soledad y el retiro, se ha visto obligado a transigir con su nodriza, que ha reclamado como un derecho el acompañarle y servirle, y considera una responsabilidad el dejarle solo. Juntos caminan durante el día, hasta llegar a un pueblo llamado Enfide (hoy día Afile), en que sus habitantes les obligan a detenerse para descansar. Había allí una iglesia importante, tal vez episcopal, dedicada a San Pedro en cuyas dependencias quedaron alojados los dos piadosos peregrinos. Benito hubo de exponer sin duda a los que la servían, los planes que le guiaban en su marcha hacia el desierto, y ellos conocedores de la santidad del siervo de Dios, le instarían a quedarse en su compañía, al servicio de la Iglesia. Tal vez le confirieron las Ordenes sagradas. Lo cierto es que hubo de permanecer allí bastante tiempo, más de lo que él pensaba. Dios le imponía un retiro forzoso, por decirlo así, que él supo aprovechar para su mejor formación

por medio del estudio y la oración, una especie de noviciado bajo la dirección de hombres expertos, antes de lanzarse solo a las pruebas y dificultades del yermo.

Cirila, por su parte, ayudaba en los quehaceres domésticos. Un accidente imprevisto vino a poner de manifiesto la sencillez de la buena mujer, así como la santidad de Benito. "Un día la nodriza habiendo pedido prestado a las vecinas una criba (de barro cocido, como las que entonces se usaban) para limpiar el trigo, dejóle sin precaución sobre una mesa, de la que se cayó por casualidad, rompiéndose en dos pedazos. Cuando ella volvió y le vió en ese estado, se puso a llorar amargamente. El joven Benito, que era bueno y piadoso, movido de compasión al ver el dolor de su nodriza, recogió los dos pedazos del vaso roto, y se fué a orar. Terminada la oración se levantó, y encontró junto a sí el vaso, tan bien compuesto, que no se veían ni rastros del accidente. Corrió entonces a consolar a su nodriza, devolviéndole entera la criba que había tomado rota. Este milagro fué conocido de todas las personas del lugar, y la admiración fué tan grande, que los habitantes suspendieron la criba a la entrada de la iglesia, a fin de que los hombres de su tiempo y los que debían venir después conociesen la perfección con que Benito había comenzado su santa vida. Esta criba permaneció expuesta a todas las miradas durante varios años, y en la época de la invasión de los Lombardos, todavía se la veía suspendida a la puerta de la Iglesia" (1).

Este milagro tuvo la virtud de precipitar la salida de Benito de aquel lugar. Comprendía que se había convertido en objeto de curiosidad para todo el pueblo, que su nombre corría de boca en boca, que se le señalaba con la mirada, y aún con el dedo, cuando salía a la calle. A la buena Cirila

(1) S. Gregorio: Vida de S. Benito, Cap. II.

naturalmente que le faltó tiempo para írselo a contar a las vecinas que le habían prestado el instrumento de trabajo, y éstas a su vez lo contarían a otras. Muy pronto el hecho se hizo público, y aquellas sencillas gentes, que ya hasta entonces con instinto certero habían sentido una gran veneración por él, en adelante empezaron a designarle y conocerle con el nombre de *Santo*. Pero el Santo, porque lo era realmente, se sintió mal en aquel ambiente de alabanza en que se veía envuelto, y así como huyó de Roma ante el peligro que era para su alma el vivir en medio de la corrupción del mundo, así ahora huirá de Enfide ante el peligro del amor propio, de la complacencia en sí mismo, que como veneno sutil se introduce en el espíritu, para atribuirse algo que pertenece a Dios, que es derecho suyo exclusivo e inalienable. Con pie firme va escalando las diversas etapas de la santidad, y no descansará más que con su conquista, hasta llegar a la cima de su perfección, *ascensiones in corde suo disposuit*.

Admira la decisión y rapidez con que obra siempre que se trata de los intereses de su alma. En Roma como en Enfide se muestra el mismo, seguro y resuelto en la acción. Una vez que ha visto el peligro, tan pronto como ha escuchado la voz de su conciencia, y el llamamiento de Dios, se dispone a cumplirle con prontitud, arrollando todos los obstáculos que se le puedan presentar delante, y haciendo caso omiso de las conveniencias humanas. Una vez más la vida se le presentaba sonriente, los honores acudían a él sin buscarlos, tenía ganadas las simpatías y el afecto de la población, una vez más hubiera podido llegar a un alto puesto, ocupar el primer lugar entre los clérigos de Enfide, y esperar para más tarde los más altos cargos en la carrera eclesiástica, como antiguamente en la civil; todo esto lo tenía asegurado si se quedaba en Enfide. En cambio del lado del de-

sierto, el horizonte no se presentaba tan halagüeño, adivinaba las pruebas inevitables que le esperaban, los sufrimientos, las privaciones de todo género, frío, hambre, sed, propios de la vida eremítica, todo esto lo sabe, su ocupación en Enfide ha sido precisamente meditarlo, ponderarlo ante el Dios de los altares, y el resultado de esa meditación es que debe preferir esos males a las alabanzas de los hombres: *plus appetiit mala mundi perpeti quam laudes*, nos dice San Gregorio, y en consecuencia un día, con el mayor sigilo, y la mayor reserva, huye de nuevo, burlando hasta la vigilancia de Cirila, de la que no volveremos a saber más en adelante.

CAPITULO V

Subiaco

Poco tiempo tardó y escasa dificultad encontró Benito en sustraerse y ocultarse a las pesquisas de su aya; muy cerca de Enfide comienzan las estribaciones de los montes, por los cuales se adentró decididamente, hasta llegar a un lugar llamado Subiaco, distante dos millas de Enfide. Ese nombre de Subiaco, sub-lacu, bajo el lago, le viene de tres lagos artificiales, que Nerón hizo construir más arriba para su recreo y satisfacción y a los cuales solía venir a pescar truchas, con anzuelo de oro. Eran tres lagos sobrepuestos y formados por medio de diques, con las aguas límpidas y frescas del Anio, que de allí eran llevadas después hasta Roma, por medio del acueducto Claudio. En derredor, se levantaba la magnífica villa Sublacense del mismo Emperador. El historiador Tácito nos cuenta en sus anales, que estando en un banquete, cayó un rayo que rompió la copa que llevaba a sus labios, llenando de espanto el alma del miserable. (1). En el momento en que Benito visitaba estos lugares, sólo quedaban ruinas informes de la villa, que

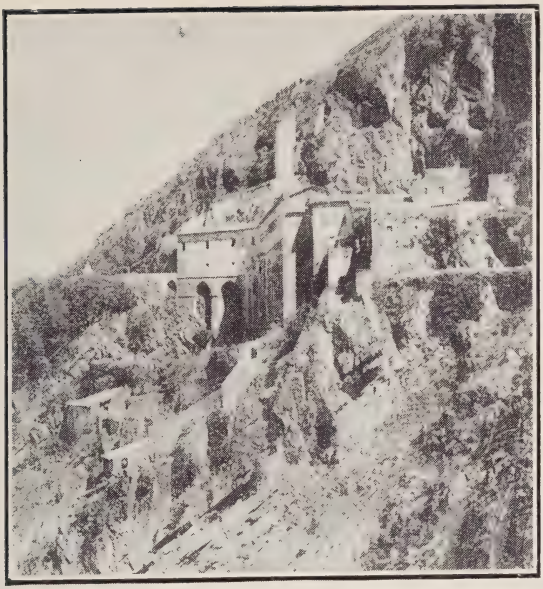
(1) Grisar: Histoire de Rome et des Papes, N.º 366.

le hicieron pensar en la caducidad de las cosas humanas. ¿Qué se había hecho de Nerón, qué de sus diversiones y placeres, de sus ruidosas orgías? Las ruinas allí presentes lo decían con elocuencia: todo se había derrumbado, no quedaba más que el recuerdo; donde antes se oyó resonar la alegría y el estrépito, ahora sólo reinaba el silencio. Confortado por estos saludables pensamientos, Benito se había puesto de nuevo en camino, en busca de un refugio hospitalario. Iba de roca en roca remontando el curso del río, cuando sintió que allá en su interior el corazón le saltaba de alegría. Inesperadamente se había presentado ante sus ojos la figura venerable de un monje. Era esto para él, algo que realizaba todas sus ilusiones, era la personificación de sus sueños largamente acariciados, y que por fin también él iba a ejecutar. Una corriente de mutua simpatía se apoderó en seguida de ambos, y antes que con la boca se hablaron con el corazón. *¿Dónde vas?*, comenzó el religioso, admirado del porte distinguido del joven y adivinando en su noble figura una misión extraordinaria. Y enterado de sus proyectos dióse él mismo a conocer. Llamábase Román, y vivía en un monasterio cercano bajo la dirección del abad Teodato. Hubo de invitar sin duda a Benito a quedarse con él, pero nuestro joven le explica más en concreto su vocación. No es cenobita lo que por el momento pretende ser, sino anacoreta, quiere seguir las huellas de los solitarios de Egipto y Palestina, y así le suplica le indique un lugar recóndito donde poder vivir solo, bajo la mirada de Dios. También le encarga guarde el mayor secreto sobre el particular, para permanecer oculto de los hombres. *"Pierde cuidado, nadie sabrá nada"*, le responde Román al mismo tiempo que le promete ayudarle en cuanto pueda, y sirviéndole de guía, le conduce a una gruta enclavada en lo más

abrupto de las rocas, no sin antes revestirle de la libréa santa del monje, la *melota*, o vestido de pieles, propia de los solitarios de Egipto. Para perpetuar el recuerdo del encuentro de los dos santos, los monjes sublacenses levantaron sobre el lugar una capillita, dedicada a la santa Cruz, que todavía subsiste, y en cuyo interior se ve una hermosa pintura representando la vestición de Benito por San Román.

No era un cualquiera este nuestro monje Román, a quien tocó por especial providencia de Dios, el dirigir los primeros pasos de Benito en su vida religiosa, y a quien los hijos del gran Patriarca consideran por lo mismo con justo título como su segundo Padre. La Iglesia entera le venera como santo, y su nombre está inscrito en el Martirologio el día 22 de mayo. San Bertario, abad de Montecasino, hace de él este elogio: "Fué por un tiempo el padre nutricio, el compañero, el cooperador del bienaventurado Benito en las cosas espirituales. Valiente soldado, había adquirido por un largo ejercicio, una gran habilidad en los combates espirituales. Instruyó al joven novicio que acudía a él, le alimentó con su pan, y le alentó con sus consejos. Demasiado feliz de haber tenido la gloria de instruir y de formar a aquel que estaba llamado a perfeccionar y extender en el mundo entero la ciudadela de la Orden monástica, fundada sobre Jesucristo". Añade el mismo santo abad, que obligado por la invasión de los bárbaros a bandonar su monasterio, se refugió en Francia, donde murió en una edad avanzada.

Benito había quedado solo en la gruta. Tenía logrado su objetivo. Era un anacoreta, mejor diríamos, un recluso. Ahora nada tenía que envidiar a los solitarios de Egipto, y si comparamos sus vidas respectivas, todavía encontraremos más heroica la de nuestro joven. Solo, sin conocer, ni ser conocido de nadie, más que por el monje Román, que como



Subiaco

Estatua del Santo (Raggi)

veremos le servía de providencia divina para no morir de hambre, no tenía el consuelo que alienta y fortifica, de sentirse rodeado de otros hermanos que llevan el mismo género de vida en derredor suyo, y a los que poder ver y visitar de vez en cuando. La gruta que había escogido por habitación era tan estrecha y oscura, que más que para hombres parecía para fieras. Enclavada en medio de una elevada y escarpada roca que la hacía casi inaccesible, le tenía prisionero y recluso, no le permitía moverse de un lado para otro, y en lugar del anchuroso y desahogado espacio que procuraba a los monjes del Oriente, la dilatada llanura del desierto, apenas si disponía de una pequeña explanada donde poder salir al sol en los días crudos del invierno. Su vista no se recreaba en la contemplación de horizontes vastos como la mar, en que parece pasearse la majestad divina, de esas planicies llenas de sol y de luz que todo lo alegra. Frente a frente de su cueva, y a dos pasos de ella, se levanta imponente la gigantesca mole de una montaña, que a la larga acaba por oprimir al alma con su peso y ponerla como en resuello. ¿Y qué decir del rigor de los inviernos largos y pesados, fríos como la roca desnuda que habitaba, tristes y monótonos, ensombrecidos por la nieblina que subía del río?

Benito pasó en esta gruta tres años. El Anio que corría a sus pies azotando las rocas, le recordaba la brevedad de la vida que fluye, suave, pero sin interrupción hacia el mar de la eternidad, como lo cantó el poeta castellano: *"Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar que es el morir, allí van derechos a se acabar y consumir"*. Ese clamor rumoroso y monótono, y ese chapoteo de las aguas que se deslizan a través de su cauce pedregoso, era casi el único ruido que venía a turbar el silencio grave y profundo de aquella natu-

raleza salvaje, acrecentando todavía más su misterio, y poniendo una nota de solemnidad y majestad.

A veces también las fieras hacían oir en la quietud de la noche, sus lúgubres aullidos, que resonaban como un eco repetido en el ámbito de las montañas. En fin, los grajos y cuervos cruzaban en bandadas los aires lanzando graznidos, y las águilas, reinas del espacio, anidaban en la cima de los peñascos. Benito, al verlas pasar por encima de su gruta, serenas y seguras, se animaba a sí mismo, porque eran la imagen de su vida. Como ellas quería cernerse lejos de la tierra, en las alturas, a donde no llegara el ruido que perturba, ni el polvo que mancha, quería vivir de un ideal, abstraído de las cosas terrenas, libre de las pasiones de los hombres, que agitan el corazón, y quitan la paz, que es su más preciado tesoro. Para eso había venido al desierto.

Ante el cuadro magnífico de las bellezas naturales, que le rodeaban, todo le servía para elevarse hacia Dios. Amaba la soledad augusta del yermo, porque le hablaba de las grandezas del Creador, la amaba porque en ella encontraba la ocasión de satisfacer la necesidad que sentía su alma de adorarla y cantarla, la amaba en fin, porque en ella leía como en libro abierto sus perfecciones infinitas. La imaginación se complace en representársele, sorprendiendo los primeros fulgores de la aurora, para acompañar a la naturaleza toda en sus loores al Altísimo, asistiendo después a los solemnes atardeceres iluminados por los últimos destellos del sol poniente, en que todo callaba para hacer sentir mejor la majestad divina. Indudablemente, la oración y la contemplación de la naturaleza fueron su ocupación, la ley de su existencia en los tres años que pasó en la soledad. Hay que añadir probablemente la lectura de los libros sagrados.

Debemos saber, en efecto, que Román, después de intro

ducirle en la gruta, no le abandonó, sino que continuó procurándole el alimento material y espiritual que necesitaba. Para ello se sirvió de un medio ingenioso. Como el monasterio en que vivía se hallaba en una explanada, a una altura considerable sobre la morada de Benito, y la bajada no era posible, por ser toda de roca escarpada y empinada, tomó una cuerda, en cuyo extremo ató una campanilla para que al oirla el anacoreta, saliese a recibir el sustento. Este, así lo hacía, en efecto, y la cosa daba excelentes resultados, pero una vez ocurrió un gracioso accidente porque el demonio, del que estaba completamente descuidado, ya que hasta entonces no había dado señales de vida, y que sin embargo siempre está vigilante como dice la Santa Escritura, barruntó algo extraordinario en aquel joven que se había encerrado en una roca, y comenzó a librarle batalla en una guerra que duraría largos años. Un día arrancó de la montaña un peñasco, y mientras la campanilla bajaba como siempre su camino, alegre y sonora, inconsciente del mal que le amenazaba, la hizo pedazos con estrépito. Ni Benito, ni Román vieron probablemente al autor de la fechoría, pero bien pronto le adivinaron. Era una diablura. Satanás les había hecho una mala partida, que parecía propia de un niño mal educado. El mal encontró pronto remedio, y San Gregorio nos dice que no por eso dejó Román de continuar en diversas formas sus buenos oficios para con su protegido. Ese auxilio era, sin embargo, apenas suficiente para conservar la vida, muy aleatorio, y llegaba de tarde en tarde. Nos lo prueba el hecho siguiente, que nos cuenta también San Gregorio.

Era el día de Pascua, día de alegría y regocijo para todos los cristianos, en que el sol parece brillar con nueva fuerza y más vivos colores, en medio de una naturaleza que se despierta a la vida, que resucita vigorosa después del

sueño prolongado del invierno. Es la imagen del Sol de las almas, Jesucristo, que se levanta triunfante de las sombras del sepulcro, que vuelve de nuevo a la vida para proyectar sobre el mundo espiritual de las almas, llamaradas de luz, torrentes de gracia y de fuerza, después de haber disipado las tinieblas del pecado, y vencido las huestes del infierno. Allá, a cuatro millas de Subiaco, un sacerdote de la localidad, se apresta a servirse una buena comida, en consonancia con la solemnidad de la fiesta. Benito, absorbido en la contemplación de las cosas celestiales, lejos de la tierra su pensamiento, ha olvidado el calendario y no lleva cuenta de la sucesión de los días y de los meses. Dios interviene, porque no es justo que un tan gran servidor suyo, pase las fiestas pascuales sin la alegría que traen a todos los corazones cristianos. *"Este es el día que ha hecho el Señor, canta la Iglesia, alegrémonos con todo el júbilo de nuestros corazones"*. El buen sacerdote de los alrededores de Subiaco cuidaba su cocina, cuando oye una voz que le dice: *"Tú estás muy ocupado en prepararte una buena comida, mientras que mi servidor que está allí abajo en la montaña, muere de hambre"*. Al oir esto toma sus viandas, y caminando a través de precipicios, valles y montañas, llega hasta donde se halla el siervo de Dios, a quien encuentra dentro de su gruta. Hacen juntos oración y conversan largo rato de las cosas divinas, tras de lo cual el sacerdote añade: *"Levantémonos y tomemos nuestra comida, porque hoy celebramos la fiesta de Pascua.*

"Sí, realmente es hoy para mí día de Pascua, día festivo, responde nuestro joven, porque he tenido la gran satisfacción de gozar de tu presencia". Palabras amables, que revelan el alma exquisitamente cortés y delicada de Benito. Se ve, que ni la soledad salvaje del desierto, ni lo grosero de su vestimenta de pieles, que le daban el aspecto de fiera más que de

hombre, lograron arrancarle esa nobleza y finura de sentimientos y modales que llevaba en la sangre, antes bien, fueron acrecentados por el influjo y el encanto que comunica siempre a las virtudes naturales, la caridad cristiana y la unión con Dios. Benito es siempre el hijo de un senador, criado y educado entre la mejor aristocracia romana.

Esta cortesía llena de caridad sincera para con los huéspedes, Benito la ha recomendado a sus discípulos como un dogma, después de haberles dado el ejemplo. Así, en su regla ha escrito un capítulo especial, dedicado al modo de recibir los huéspedes, en el cual manda que sean acogidos como a Jesucristo mismo, *tanquam Christus suscipiantur*, porque en el día del juicio, ha de decir: *Fuí huésped y me recibisteis;* y ha de considerar como propio el honor que a ellos se les tribute. Es la cortesía, pero fortificada y elevada por el espíritu de fe. Este capítulo, que hace de la hospitalidad una parte integrante de la vida benedictina, prestó en la Edad media, servicios inapreciables a la sociedad, tanto más que en aquellos tiempos, no existían posadas ni hoteles, y a veces ni caminos, viniendo a ser así los monasterios que casi siempre se hallaban en despoblado, como los refugios providenciales para los peregrinos. Aun hoy día, las abadías benedictinas de Europa son constantemente frecuentadas por toda clase de personas que van a buscar en ellas o bien el descanso de su espíritu, agitado por las luchas de la vida, o bien el atractivo de los tesoros artísticos que les legaron los antiguos... Construídas de ordinario en la soledad, son serenos remansos, moradas de paz, oasis deliciosos en medio del desierto del mundo. Es así como todavía resulta verdadera la frase de San Benito, de que "los huéspedes nunca faltan en los monasterios".

Gratamente impresionado y ganado en la estima debió

quedar el sacerdote al oir la salida cordial, graciosa, y llena de ingenio del anacoreta, que manifestaba ser muy otro del que daba a entender su aspecto exterior, y deseando quitar de su espíritu toda duda y equívoco acerca de la realidad de la Pascua, le respondió: *"De verdad que es la fiesta de la Resurrección del Señor; hoy no está permitido ayunar, porque he sido enviado por El, para que gustemos juntos los beneficios de su omnipotencia"*. Bendijeron a Dios, tomaron su comida y después de un cambio de palabras santas, el sacerdote volvió de nuevo a su iglesia. Hablando San Benito en su Regla (cap. 49), del espíritu que debe animar a sus monjes durante el santo tiempo de Cuaresma, les recomienda, aparte las mortificaciones corporales que tengan a bien hacer, que esperen el santo día de Pascua con el gozo y el entusiasmo de un deseo espiritual. ¿Esta frase no habrá sido estampada al recuerdo de aquel gozo que él experimentó en años atrás un día semejante? Ciertamente se siente latir todavía en ella un eco, una reminiscencia de la satisfacción con que acogió al enviado de Dios, y del agradecimiento ante la merced que éste le hacía en día tan señalado.

De vuelta a su parroquia, no dejaría el sacerdote de divulgar por el camino y entre sus feligreses el conocimiento de Benito, que para él era un santo. Se lo demostraba la intervención de Dios en su favor y la conversación que con él había mantenido en la gruta, y esto que se decía a sí mismo en su interior, lo repetía a los que le rodeaban, de suerte que muy pronto empezó una verdadera peregrinación que no se ha interrumpido hasta nuestros días, hacia la que en adelante había de llamarse *"santa cueva"* Sacro Speco. Los primeros en presentarse fueron unos pastores que por los alrededores se hallaban apacentando sus rebaños. Acercáronse con curiosidad, mezclada de reverencia, al lugar donde moraba Be-

nito, y al descubrirle vestido de pieles, tomáronle en un principio por una fiera, pero tan pronto como le vieron y trataron de cerca, su mala impresión trocóse en admiración y afecto. Sentíanse atraídos y subyugados por él, y es que como dice San Gregorio, *"el varón de Dios era de aspecto plácido, adornado de costumbres angelicales, y de su persona brotaba tal brillo y majestad, que viviendo en la tierra, parecía un habitante del cielo"*. Era la belleza de su alma, que saliendo al cuerpo, le comunicaba un encanto especial, era la irradiación de las virtudes, que como fuego encendido y concentrado extendía sus llamas por todo su ser, era el resplandor celestial que había difundido en su rostro el frecuente trato con Dios. Moisés al bajor del monte Sinaí, donde había estado cuarenta días en coloquio con Jehová, despedía de su frente rayos de luz que cegaban la vista a los hebreos, y San Esteban rogando por los que le querían apedrear tenía el aspecto de un ángel. Algo de esto ocurrió a Benito, después de haber pasado largo tiempo en la contemplación de las cosas divinas. Los pastores sintieron el dulce influjo de su palabra, que vibraba como la de un apóstol ardiente, cuando les hablaba de Dios, de las cosas del cielo, de la vanidad de la vida, y muchos se convirtieron y pasaron de la vida animal a los sentimientos de una vida piadosa. Acostumbrados a vivir entre animales, habían terminado por hacerse semejantes a ellos. Largo trabajo debió costar a nuestro santo el desbrozar aquellas inteligencias vírgenes de toda verdad y el levantar sus corazones vulgares al ideal, pero su santidad y el encanto de su bondad y buenas maneras, acabaron por triunfar de ellos. De esta manera inauguraba el fundador de la Orden benedictina, la obra de conquista de los pueblos a la civilización y la fe cristiana, que sus dis-

cípulos habían de continuar más tarde, y que él mismo todavía tuvo ocasión de ejercer entre los idólatras de Casino. Dice muy bien D. Hebrard: *"La Europa cristiana está en germen en la pequeña gruta"* (1). Su nombre se hizo famoso en los alrededores, la concurrencia a la santa cueva cada vez mayor, y a cambio de la enseñanza espiritual que impartía a sus oyentes, éstos le proporcionaban el alimento material, con lo que Román quedaría dispensado de su ruda tarea.

Ante estos hechos, debió de pensar Benito que tenía una misión que cumplir en el mundo, que tal vez Dios tenía sobre él otros planes distintos de los de quedarse aislado en su soledad, que tal vez le reservaba la misión de ser el apóstol de aquellas pobres gentes que le rodeaban. Por el momento no decidió nada, sino es esperar a que Dios manifestase su voluntad por medio de los hechos. El no quería ser más que un dócil instrumento entre sus manos. Siempre le había gustado seguir ese sistema en su conducta. Dios habla por los hechos, y cuando alguna duda se presenta al espíritu, lo mejor es esperar a que estos se produzcan. Era su caso en los momentos actuales. Veía la concurrencia, que cada día en mayor número asediaba su morada. Ya no era esta la soledad augusta y severa de antaño. ¿Qué hacer? ¿Huir de incógnito, por sorpresa, y buscarse un nuevo lugar escondido de los hombres, o bien quedarse, admitir la realidad de las cosas y dedicarse al ministerio de la evangelización? No teniendo por el momento elementos suficientes de juicio para resolverse, decidió esperar. Mientras tanto Dios permitió que la tentación se cebase en su alma, que pasase por la prueba del fuego y se purificase en él como el oro en el crisol, a fin de completar de ese modo su formación espiritual, porque

(1) S. Benoit, p. 45.

como dice la Santa Escritura, ¿qué sabe el que no es tentado? Era necesario porque estaba destinado a grandes cosas, a ser Padre de un gran pueblo y conductor experimentado y seguro de muchas almas, de las que poder compadecerse en sus luchas y sufrimientos.

Un día en que el santo estaba en contemplación, un mirlo se puso a revolotear con insistencia importuna en derredor suyo, hasta el punto de rozarle casi el rostro. Viendo que no cesaba en sus idas y venidas y entrando en sospechas de alguna intervención diabólica, hizo la señal de la cruz y al instante desapareció, pero al mismo tiempo fué acometido de una tentación tan violenta como nunca la había sentido. No se equivocó en sus sospechas; el demonio, que en el paraíso se ocultó bajo la figura de serpiente para engañar a nuestra madre Eva, se sirvió también ahora de un pequeño animalito para excitar la tentación en nuestro santo joven, porque es el caso que la dicha ave le trajo a la mente el recuerdo de aquella niña con la cual, según recordará el lector, habían querido casarle sus padres, llegando a tener al efecto alguna entrevista. Era un caso de asociación de ideas, y véase cómo. *Mirlo* en latín dícese "*Merulum*",, ahora bien, la niña aquella, según los autores, llamábase "*Mérula*". Es interesante observar a este propósito, qué estrategia usa el demonio y a qué combinaciones acude para hacer efecto en el alma. Podría haberse contentado con obrar directamente sobre el órgano de la fantasía, cosa que no está fuera de su alcance, para producir el pensamiento apetecido, como se produce la chispa en el pedernal, pero indudablemente su acción tendría más fuerza si se extendía a los sentidos internos y externos a la vez. Es por eso que a la representación interior, añadió algo representativo, que conmoviese sus sentidos externos. Benito comienza a vacilar y dialogar en su espíritu.

¿No habrá errado la vocación? Y después de todo, ¿acaso está obligado a esta vida de sacrificio, de austeridad, de abnegación en medio del desierto, que si hasta entonces se le había hecho dulce y llevadera, ahora le parece insoportable? ¿No puede salvarse también en el mundo? Y he aquí que entonces, por no sé que influjo mágico, la imagen de esa Mérula, que había quedado enterrada en su espíritu, se reanima y toma vigor. Viénenle a la memoria el desconsuelo en que ha dejado a su madre y hermana, los planes de su familia de procurarle una brillante carrera, las relaciones y entrevistas, un poco forzosas, que al efecto había tenido con aquella niña romana, a la que entonces abandonó por seguir a Cristo, pero que ahora se le presenta a su imaginación con todos los encantos y espejismos de la fascinación. ¿Dejará el desierto, abandonará la vocación especial para ir tras de aquel amor humano, legítimo y honesto, porque está concebido en el ideal más puro, dentro de los planes establecidos por Dios mismo? (1).

Benito vacila y pierde terreno, sus potencias inferiores comienzan a despertarse, pero en ese momento, la gracia divina se apodera de él, le hace ver el ardid del demonio, le deshace sus encantos ilusorios y entonces, con aquella generosidad habitual en él, se quita la *melota* y se arroja sobre los

(1) Tal vez en el alcance de la tentación se ha exagerado un poco por parte de algunos autores. A nuestro modo de ver no se trataba precisamente en este caso, de un conflicto entre la razón y los sentidos, de una tentación grosera, sino que la cuestión para él se presentaba en estos términos: ¿Abandonaré el desierto, o no; seguiré la vida eremítica, o entraré en el camino común de los hombres, el matrimonio? Por eso hacemos nuestras estas palabras del P. Tosti: "La joven de que habla San Gregorio, inspiró a Benito un amor honesto, que ocupó su corazón hasta que el amor absoluto de Dios, le desterró para hacerle seguir a Jesucristo, la cruz a las espaldas. Hubo ahí un áspero y generoso conflicto, no entre la razón y los sentidos, sino entre la idea de un amor natural y el ideal del amor que es Cristo. En una palabra, la mujer de que se trata, fué probablemente una noble joven de la aristocracia romana, de la familia de los Mérula, que enamorada de él fué correspondida, y después generosamente apartada del corazón, para dar lugar al amor de Jesucristo". (Vida, pág. 45).

zarzales y cambroneras de la entrada de su gruta, y en ellas se da vueltas hasta hacer una llaga de todo su cuerpo. Era la victoria, y con la victoria, su más preciado fruto: la paz. Su alma fué en adelante morada de paz. *Factus est in pace locus ejus,* y una paz permanente, hasta el punto de que como él mismo declaró más tarde a sus discípulos, jamás volvió a sentir el aguijón del pecado. Dios que le había asistido en la prueba, le reconoce ahora como un servidor fiel, y se apresta a constituirle jefe de un gran pueblo, como a otro Abraham: *Faciam te in gentem magnam.*

CAPITULO VI

Vicovaro

Hay en la Regla de San Benito, frases vividas, frases que son un eco, una repercusión de ciertos acontecimientos, o circunstancias en que se desarrolló su existencia anterior. Tal ocurre, por ejemplo, con lo que se nos dice sobre los anacoretas o ermitaños en el capítulo primero. También él había pasado por ahí, y podía hablar en conocimiento de causa. La tentación que en el yermo sufrió, fué para él una lección. La soledad no conviene más que a los fuertes, a los más probados en virtud, que se bastan a sí mismos para sostener los duros combates de la vida espiritual, por eso nos dice hablando de ellos, que no se han de guiar por un fervor prematuro, sino que han de ser antes probados largamente en el monasterio, y aprendido a luchar contra el demonio, con la ayuda y consejo de muchos. *"Solamente entonces añade, están capacitados para la difícil lucha eremítica, solamente entonces podrán luchar con seguridad, con solo su brazo y la ayuda de Dios, contra los vicios de la carne y de los malos pensamientos, sin necesitar de otro que les sostenga".*

Debido a esta sabia advertencia de su santo Fundador, los monjes de la Edad Media, que sentían inclinación a la so-

ledad del desierto, o a la vida de reclusión y emparedamiento, tan común en aquellos tiempos, solamente eran admitidos a ella, después de muchos años de vida común en el monasterio.

La descripción animada y pintoresca de los monjes sarabaitas en el mismo capítulo primero, nos delata otro caso de experiencia personal, todavía más triste. *"Hay una tercera clase de monjes, nos dice, es la detestable raza de los Sarabaitas, que sin observancia de ninguna regla, sin dirección de maestro, y sin haber sido probados como el oro en el crisol, susceptibles al contrario de toda clase de impresiones como el plomo, guardan en sus obras fidelidad al mundo, y manifiestan que es contraria su vida, a lo que prometen a Dios con su tonsura. Enciérranse éstos sin pastor, de dos en dos, de tres en tres, y a veces solos, no en los apriscos del Señor, sino en los suyos, sin más ley que el placer de sus deseos, pues cuanto ellos piensan o eligen, lo llaman santo, y lo que no les acomoda, juzgan que es ilícito".*

La alusión a los monjes de Vicovaro es evidente. Eran éstos de una raza detestable, como va a comprobar el lector. No muy lejos de Subiaco, a unas ocho millas de distancia, y entre esa localidad y Tívoli, se levantaba un monasterio, que más parecía nido de águilas. Estaba, en efecto, construído sobre una roca casi inexpugnable, y entre dos corrientes de agua; por un costado bañaba sus cimientos en la transparencia del Anio, por otro, un torrente bajaba impetuoso, lamiendo sus muros. El género de vida monástica que en él se llevaba, era parecido al que se practicaba en Oriente, mezcla de vida eremítica y cenobítica. Los monjes habitaban en celdas separadas, y solamente se reunían en el Oratorio y Refectorio, para el Oficio divino y las comidas regulares. No tenían una regla fija y escrita, sino que hacían las veces de tal, en primer lu-

gar, las circunstancias locales, y después los diversos reglamentos, que los abades componían al efecto, quedando todavía un amplio margen a las libertades individuales. Por este tiempo, parece ser que dicho monasterio de San Cosme y San Damián, (pues tal era su nombre) había decaído mucho en la observancia. Los desórdenes sociales que en el siglo VI se produjeron, tuvieron también su resonancia en la familia monástica, dando lugar a que brotasen un poco por todas partes, falsos monjes de vida indisciplinada e inquieta, vagabundos de una sociedad que se deshacía. Los de Vicovaro eran de ellos. La muerte de su abad, había venido a poner la cosa peor de lo que estaba. Así pasaron tal vez mucho tiempo, para vivir más a sus anchas, cuando por fin, de común acuerdo, se decidieron a pedir a Benito de Superior. Quizás entró en ello el deseo sincero de mejorarse, tal vez fué la ambición la que les movió a traer a su monasterio a un hombre, cuya fama y prestigio conocían, para de esa manera hacer propias, y beneficiarse de las ofrendas que los fieles traían al varón de Dios. Lo cierto es que un día se presentaron en la gruta, no ya uno o dos en comisión, sino toda la comunidad en pleno, y rogaron al santo, tuviese a bien encargarse de su gobierno. Le hacen de ello un deber de conciencia, una obligación grave: *ut eis praeesse deberet.* Sin embargo Benito rehusa una y otra vez, quizás conoce de oídas su mala fama, quizás penetra por intuición sus almas, quizás en fin prefiere no abandonar la soledad. *"No creo,* les dice, *que vuestras costumbres se acomoden con mi modo de vivir y con mi concepto de la vida espiritual".* Los monjes vuelven a la carga, hacen lindas promesas y expresan sus esperanzas en días de una gran paz mutua, y prosperidad para el convento; y ante tal insistencia, el Santo, aunque con repugnancia, abandona el desierto y baja con ellos al monasterio.

La experiencia le demostró muy pronto que no se había equivocado en sus tristes presentimientos. Muy pronto, en efecto, las relaciones de los monjes con su abad dejaron de ser cordiales, y entonces comprendieron aquéllos las palabras del Santo, de que no estaban hechos para vivir juntos. San Gregorio nos cuenta con mucha precisión las causas de la desavenencia. Era él, un rígido observador de la vida regular y a ella quiso someter a sus súbditos, no permitiéndoles apartarse del buen camino ni a derecha ni a izquerda, *"cumque in eodem monasterio regularis vitae custodiam teneret, nullique ut prius, per actus illictos in dexteram laevamque partem deflectere a conversationis itinere liceret.* La tortuosidad de los unos chocaba abiertamente con las normas de rectitud invariable del otro: *quorum scilicet tortitudo in norma ejus rectitudinem offendebat".* Con un prelado tan recto no les era lícito lo ilícito, como antes. *"Cumque sibi sub eo conspicerent illicita non licere".* El dejar aquello a que estaban acostumbrados, para emprender un género de vida completamente nuevo, les era muy duro: *"durumque esset quod in mente veteri cogebantur nova meditari.* Finalmente la vida de los buenos, siempre ha sido intolerable para los malos: *"et quia semper gravis est pravis moribus vita bonorum".*

Todas estas causas produjeron una viva excitación en los ánimos. Tal vez por un tiempo continuaron soportando y tascando el freno, pero como lo violento no dura, porque es una distensión anormal de fuerzas, y la naturaleza no es de hierro, primero comenzaron por acusarse a sí mismos de haberle elegido. Estábamos locos, se decían, ¿cómo se nos pudo ocurrir semejante cosa? Algunos, los jefes, los más osados, lanzaron en medio del descontento general, la idea de quitarle la vida, y, en efecto, por común acuerdo determinaron echarle veneno en el vino. Sólo faltaba una ocasión. Llegó

por fin un día propicio señalado por ellos. La comunidad se había reunido como de costumbre, para comer. Los rostros estaban severos, cabizbajos. En las miradas se notaba cierta expectativa, difícil de disimular. Inconscientemente convergían todas ellas hacia la bendición del vino. Presentó la jarra el servidor de semana, culpable seguramente como los demás, y atemorizado por su conciencia, debió quedarse un poco más alejado que de ordinario... (*quod longius tenebatur,* nos dice San Gregorio de dicho recipiente). Benito alza la mano, y al hacer la señal de la cruz, para bendecir el vino, "el vaso salta hecho pedazos, como si le hubieran dado una pedrada". Este vaso que ocultaba la muerte, continúa San Gregorio, no podía resistir a la señal de vida y de salvación. Por aquí se ve la devoción de nuestro santo al signo de la Redención. Este es el segundo caso en que se nos manifiesta, ya que el primero fué cuando la tentación, pero veremos otros en adelante. De ahí nació la célebre Cruz-medalla de San Benito, tan eficaz contra las influencias diabólicas.

Benito, que no sospechaba nada, comprendió la maldad que habían tramado contra él, y levantándose al instante de la mesa, con el rostro sereno, reflejo de la tranquilidad de su alma: "*que Dios se compadezca de vosotros, hermanos,* les dice, *¿por qué queréis maquinar contra mí semejante crimen? No os había ya prevenido que vuestras costumbres no simpatizarían con las mías? Id y buscaros un abad a vuestro gusto, porque en adelante no me tendréis más*". Palabras son estas más que de reproche, de compasión. Su tono mesurado y sereno nos revelan su grandeza de alma y un alto dominio de todos los movimientos de su corazón. Era una verdadera fechoría, un crimen que se cometía contra él, pero que no logró turbar la paz de su espíritu. Una vez más en la composición de su regla, se recordará de estos des-

graciados, cuando hablando de los sufrimientos porque puede pasar la vida del monje, dice: *"A imitación del apóstol San Pablo, soportan a los falsos hermanos y bendicen a los que les maldicen"*. Y en el capítulo 64, recuerda al abad que considere la carga que ha echado sobre sus hombros al admitir el gobierno de las almas, y cuán difícil y ardua empresa es la de ajustarse a todos los caracteres, para obrar eficazmente sobre ellos. Solamente quedará a salvo su responsabilidad, *"cuando habiendo puesto el mayor cuidado en el gobierno del rebaño inquieto y desobediente, no perdona fatiga alguna para curar sus enfermedades, de modo que hallándose justificado en el juicio del Señor, pueda decirle con el Profeta: no escondí tu justicia en mi corazón, he hecho patente tu verdad y el camino de la salvación, pero ellos me despreciaron a mí y a mi doctrina". Y entonces por fin recaerá la pena de muerte sobre las ovejas rebeldes a sus cuidados"*. (1).

Tal era su caso con los monjes de Vicovaro. El había hecho lo posible por salvar aquellas almas rebeldes. Precisamente si después de muchos ruegos había aceptado su gobierno había sido con la esperanza de salvarlos. Ante el fracaso y la impotencia, humillóse ante el Señor y se declaró siervo inútil e indigno, pero al mismo tiempo pudo repetir las palabras del Profeta: *He hecho patente tu verdad y el camino de la salvación, pero ellos me despreciaron a mí y a mi doctrina"*.

El lugar del monasterio de Vicovaro, está ocupado hoy por un convento de Franciscanos, en el cual puede verse todavía la habitación ocupada por San Benito, y la otra en que se realizó el milagro. San Gregorio, después de relatarnos todo lo que precede, añade que nuestro santo volvió a su

(1) Regla, c. II.

amada soledad, y allí habitó consigo mismo, bajo la mirada de Dios: *et solus in superni Inspectoris oculis habitavit secum.*

¡Qué hermosa lección para sus monjes y devotos! Vivir consigo y con Dios: es toda la vida interior, es su mejor definición. Por eso Jehová recomendaba a su siervo Abraham, que para ser perfecto había de caminar y vivir en su presencia: *Ambula coram me et esto perfectus.* La frase de San Gregorio es una pincelada magistral que abre a nuestros ojos horizontes insospechados sobre el alma de Benito, y nos descubre un gran cuadro de belleza sobrenatural. Ella sola nos enseña más que muchos hechos externos, que nuestra curiosidad hubiera deseado conocer, nos dice la altura de su oración, la intensidad de su esfuerzo para unirse con Dios. Nuestro Santo, muy bien dotado para la acción, como lo demostró en toda su vida, era también sin duda ninguna, un gran místico y un gran contemplativo.

Como antiguamente antes de bajar a Vicovaro, ahora de nuevo en el desierto, medita, ayuna, se aplica cada día a unir más su alma a Dios, y sobre todo ora. Amaba la oración de compunción. Le gustaba recordar sus pecados en la presencia del Señor para borrarlos con lágrimas, y cuando manda a sus discípulos que confiesen todos los días a Dios sus faltas con lágrimas y gemidos, no hace más que expresar e indicarnos lo que él mismo hacía, y es que nuestro santo, de temple varonil y recio como hemos visto, tenía sin embargo una alma sensible y tierna y fácilmente se conmovía a la sola idea de la grandeza de Dios, y de la reverencia que se le debe. El contacto con el desierto le había conservado toda su sencillez y nobleza, como la de un niño. Ese sentido de la grandeza divina y ese don de lágrimas, se manifiestan una vez más en el concepto que nos ha dejado en la regla de lo

que debe ser la oración: *"Porque si cuando queremos pedir alguna cosa a los hombres poderosos, no nos atrevemos a hacerlo sino con señales de sumisión y respeto, ¿con cuánta más razón debemos ofrecer nuestras súplicas a Dios, Señor del Universo, con toda la humildad, pureza y devoción posible? Pero debemos tener presente, que no consiste el ser oídos en hablar mucho, sino en la pureza del corazón y compunción de lágrimas".* (1). *"Si alguno quisiere recogerse a orar, entre sin ruido y ore, no en alta voz, sino con fervor y lágrimas".* (2).

Muy poco tiempo iba a permanecer Benito en la gruta; en el reloj de la Providencia había sonado la hora en que iba a ser puesto como candelero que iluminase en su derredor y proyectase focos de luz en el cuerpo desorganizado y decaído del monacato. Muchedumbres de almas van a acudir a él atraídas por el buen nombre de su fama, por el olor de sus virtudes, por el prestigio de sus milagros. De Roma y de la campiña, de las aldeas y de las ciudades, el godo mezclado con el hijo del Senador, subirán hasta la montaña santa para ponerse bajo su dirección, y con esos elementos, con habilidad de maestro manejados, nuestro santo levantará el magnífico edificio del monacato, que yacía derruído por el suelo, como un sabio arquitecto levanta de sus ruinas la obra de arte que el paso de los siglos había echado por tierra. Pero esto será objeto del capítulo siguiente, y ahora no quisiéramos cerrar éste, sin dar al lector una breve descripción del santuario que custodia, como una reliquia sagrada, la gruta venerable del Patriarca de Occidente, ya que en adelante no nos volveremos a ocupar más de ella. Así la curiosidad justificada del lector quedará satisfecha.

Subiaco ha sido siempre y continúa siendo, un centro venerable de peregrinaciones, uno de los santuarios más cé-

(1) Cap. XX: De reverentia orationis.
(2) Cap. LII: De oratorio monasterii.

lebres del mundo. San Francisco le visitó en el siglo XIII, y se prosternó con un sentimiento de profunda piedad ante los zarzales que desgarraron las carnes de San Benito, y al darles la bendición los convirtió en rosales, que aún perduran. Las rosas después de secas, son pulverizadas por los monjes, quienes las distribuyen a los devotos en papelitos con la siguiente inscripción: *Polvo milagroso de las rosas de San Benito.* Usadas con fe, han producido frecuentes curaciones.

El acceso al monasterio de Subiaco es arduo pero pintoresco. Dejando atrás el santuario de la Santa Cruz, del que ya hicimos mención en uno de los capítulos anteriores, se entra por un arco gótico en un bosque de añosos árboles, al fin de los cuales comienza una estrecha escalera que pone en comunicación con el santuario. Este levanta su pesada mole sobre la firme roca que le circunda y abraza para sostenerle. Al fondo, es el precipicio. Una vez en el interior aparece en primer lugar el rosal del que ya hemos hablado. Una capilla dedicada a la Santísima Virgen se abre a la derecha, enriquecida con preciosos frescos del siglo XIV. La Scala Santa, así llamada por las muchas indulgencias con que ha sido enriquecida por los Sumos Pontífices, para quienes la suben rezando de rodillas, nos conduce a la célebre cueva del gran Patriarca, al Sancta Sanctorum, que podríamos decir, del lugar venerado. Aquí no se entra sino con el corazón emocionado, y la plegaria en los labios, tal es el recogimiento que inspira. Apenas si penetra un rayo de luz solar; en cambio multitud de lámparas de diversos colores, mantenidas a expensas de diversas familias benedictinas y de algunos devotos particulares, esparcen sobre la cueva una luz misteriosa que concentra el espíritu. y le llena de una santa emoción. En medio se levanta el altar privilegiado, en el que todos los

días se celebra la Misa votiva del Santo. A un lado del altar y sobre la roca desnuda, resalta su estatua en mármol blanco, obra de Raggi el discípulo de Bernini. Es un Benito joven con la cabellera cuidadosamente peinada, vestido a la moderna y sentado. No falta quien critique tales condiciones como impropias de un severo ermitaño del siglo V. A la izquierda de la misma, se ve una cruz, y un poco más arriba una cesta que recuerda la caridad de Román.

Subiendo de la gruta al plano superior, nos encontramos con una pequeña galería decorada con frescos del siglo XII. Al fondo la capilla de San Gregorio con una hermosa Madonna, y el retrato de San Francisco de Asís, el más antiguo que se conoce del Santo, puesto que fué ejecutado cuando todavía vivía. Muy cerca está la sacristía, en la cual se pueden admirar nuevos prodigios del arte pictórico en frescos del Pinturicchio, y en cuadros de grandes artistas: del Dominiquino, del Sódoma y de Gerardo della Notti. El relicario anexo a la sacristía contiene, entre otras cosas la capucha de San Basilio el Magno, traída por los monjes de Grottaferrata cuando, obligados a salir del monasterio en 1161 a causa de la guerra, se refugiaron en Subiaco. En el fondo de un pasadizo que conduce a la sacristía, yérguese una estatua de San Benito con la mano levantada en actitud de mandar a la roca que no se desprenda. Había, en efecto, hasta hace pocos años, un enorme macizo de 44 metros cúbicos que amenazaba desprenderse en el momento menos pensado. Los monjes, para conjurar el peligro, se habían contentado con ponerse bajo la protección del santo, pero el gobierno italiano, que no tenía la fe de los monjes, mandó derribarla en 1879.

Volviendo sobre nuestros pasos, nos encontramos con la iglesia superior, que es una verdadera joya. Tres arcos góticos sostienen el presbiterio. Un artista del siglo XIV pintó

los magníficos lienzos que la adornan, y que con toda la gracia de la escuela sienesa a que pertenecen, representan escenas de Nuestro Señor, San Benito, los Apóstoles, Evangelistas y otros santos. Finalmente, en la sala que sirve de atrio a la iglesia, se puede admirar una pintura del Salvador, que en medio de los cuatro Evangelistas sube majestuoso sobre las nubes.

Tal es el santuario de Subiaco, admirable por su posición en una roca escarpada como un nido de águila, verdadero museo de pintura cristiana anterior al Renacimiento, que contrasta con lo agreste del lugar, admirable sobre todo por el aura de piedad que se respira, por el perfume de recuerdos y virtudes que allí nos dejó el Santo. "Hay que compadecer, escribe un autor, al cristiano que no ha visto esta gruta, o que habiéndola visto, no se ha prosternado con un tierno respeto delante del Santuario, del que salieron con la regla y el instituto de Benito, la flor de la civilización cristiana, la victoria permanente del alma sobre la materia, la emancipación intelectual de Europa y todo lo que el espíritu de sacrificio regulado por la fe añade de grandeza y de prestigio a la ciencia, al trabajo, a la virtud". (1). Allí el alma inquieta del Petrarca, aunque absorbida por sentimientos profanos, se empapó en santos pensamientos y dejó escrito que al ver la sagrada gruta creía estar en el atrio del Paraíso. (2). Allí el Papa Pío II, derramó lágrimas, besando emocionado todos los lugares tocados por el cuerpo del

(1) Les Moines d'Occident de Montalembert, t. II. p. 12.

(2) "Petiit felix puer non modo solitudinem, sed desertum, et illud immane sed devotum specus, "quod qui viderunt, vidisse quodammodo paradisi limen credunt". (De vita solitaria, lib. II, C. IX: De Sancto Benedicto singulari el devotissimo solitudinis habitatore.

santo, y así otros muchos. También nosotros, antes de pasar adelante, hemos de depositar nuestro filial homenaje de devoción y reverencia ante esa sagrada gruta de Subiaco, ese querido Belén benedictino, que entre rocas dió nacimiento a la gran Orden, de donde salieron millares de monjes santos, de almas consagradas a Dios y a su Iglesia.

CAPITULO VII

Los Doce Monasterios

San Gregorio en el capítulo II ya citado de los Diálogos, después de narrar la vuelta de nuestro santo al desierto, añade: "Como este santo varón hiciese en aquella soledad tan felices progresos de virtudes y milagros, se le agregaron tantos discípulos, con ánimo de seguir a Dios en su escuela, que con el favor de Jesucristo edificó doce monasterios, y puso en cada uno de ellos doce monjes con su Prelado, reservando algunos otros en su compañía, porque juzgó que tenían necesidad de más enseñanza. Desde entonces comenzaron a frecuentar su convento nobles y virtuosos de Roma, entregándole sus hijos para que los formase en su escuela y los instruyese en la vida monástica".

No conocemos cuáles fueran esos milagros a que alude San Gregorio, porque como nos dice en el Prólogo, no se propuso narrar sino algunos hechos de su vida: *Pauca quae narro.* Pero sin duda que los haría, elevado como se hallaba ya a gran santidad y como los hará después, según veremos en seguida. Eso contribuyó a que los discípulos acudiesen de todas partes para ponerse bajo su dirección. Entre ellos debió haber algunos monjes que comprendían las deficiencias de

organización que deslucían el monacato de entonces, o que preferían, enseñados por la experiencia como Benito, la vida cenobítica a la eremítica; tal vez se encontraba también allí, rindiendo tributo a la virtud de nuestro santo, alguno de sus antiguos discípulos de Vicovaro, que reconociendo su falta, quería entrar por fin en el buen camino. Muy pronto la gruta santa resultó insuficiente, había que salir fuera, construir y alojar a tantos reclutas como se iban presentando. Después había que poner orden y organizar un método de vida estable si se quería asegurar dichas vocaciones y que no fuesen simples centelleos de un entusiasmo momentáneo. El, que en la soledad y tranquilidad del desierto y después de la experiencia triste pero aleccionadora de Vicovaro, había sentido la necesidad patente que había de unificar el instituto monástico, de reunir y concentrar bajo un solo jefe y una sola regla tantos elementos dispersos como vagaban por Occidente, derrochando sus energías y viviendo un poco a su antojo y capricho como ovejas sin pastor, comprendió que la Providencia le salía al paso en sus pensamientos, poniendo a su disposición numerosos discípulos y facilitándole así la solución de sus planes. La conciencia de su misión se hace de día en día más clara en su mente. Se trata de hacer vivir a esas almas del espíritu de fe, de abrir sus ojos a las realidades del mundo invisible, a la luz divina, (1) de transformar esos elementos jóvenes que Dios pone en sus manos y educarlos en la escuela del divino servicio, a fin de que resulten instrumentos aptos para procurar su gloria. Benito se pone a la obra con ardor, pero al mismo tiempo con el espíritu muy atento para aprovechar las lecciones de la realidad. Por el momento no se aventura a hacer obra definitiva, sino un mero ensayo. Tiene a su lado nada menos

(1) Prólogo de la Regla: "et apertis oculis ad deificum lumen.

que 156 discípulos. ¿Cómo los formará? ¿Cómo se las arreglará para llegar al alma de cada uno de ellos y modelarla según la imagen de Jesucristo? Reunirlos a todos en un mismo monasterio tiene sus inconvenientes: es una masa demasiado pesada, no se les puede manejar con soltura y su gobierno resulta algo difícil. Por otra parte, desparramados en pequeños grupos distanciados entre sí, se corre riesgo de caer en el aislamiento e individualismo fatal de los monjes de Vicovaro. Entonces se le ocurre la idea de distribuirles en doce monasterios de otros tantos individuos cada uno, más un jefe al frente. Es una verdadera y única familia, un solo cuerpo moral. El es el Patriarca venerado, el Padre común de todos, el alma que da vida y vigoriza y sostiene ese cuerpo. Nada tan hermoso como esa reunión de 156 hombres, reclutados entre las diversas edades y condiciones sociales, que marchan de consuno estrechamente unidos por los lazos de la caridad más exquisita y la obediencia a un solo pastor, hacia la prosecución de un mismo fin, que es su perfeccionamiento moral. Es la obra de Benito, el fruto de su santidad y de su trabajo, pues podemos suponer que no llegaría a ello sin gran esfuerzo y tal vez también sin un poquito de lucha, que le recordaría los de Vicovaro. Los nombres de los doce monasterios nos han sido conservados por Arnoldo Wion y la Crónica Sublacense. Helos aquí con una breve noticia de cada uno.

San Clemente. Le pertenece la primacía por cuanto fué escogido por el Santo como lugar de su morada. Consigo se llevó unos cuantos monjes a los que quiso formar con un cuidado especial a la vida espiritual. Tal vez les destinaba a la propagación de la Orden, a que fuesen más tarde las piedras fundamentales del edificio moral que intentaba levantar. Convenía por lo mismo, que estuviesen más penetra-

dos de su pensamiento, de sus planes y proyectos, y fuesen más tarde fieles y autorizados intérpretes de la tradición y de las doctrinas por él establecidas. San Clemente venía a ser así como la casa madre, la residencia del abad común, desde donde ejercía una alta superintendencia sobre los demás monasterios de la Congregación, y al mismo tiempo la casa Noviciado donde se formaban a la vida religiosa los pretendientes o novicios. San Gregorio nos lo dice expresamente: "Se reservó todos aquellos que tenían todavía necesidad de sus instrucciones". Este monasterio estaba situado junto a un lago, a la derecha del río Anio, no muy lejos de las famosas ruinas de la villa Neroniana. Aquí educó el santo a los dos niños Plácido y Mauro, aquí, junto a ese lago lleno de encantos y de poesía ocurrió lo que nos cuenta San Gregorio, y otros muchos hechos que narraremos en seguida. Por desgracia, de este monasterio no se conserva otro recuerdo que una capilla situada a la derecha del camino que lleva desde el puente de San Mauro a Santa Escolástica.

San Cosme y San Damián. Hoy día se ha convertido en el monasterio de Santa Escolástica, el célebre monasterio sublacense, único existente de los doce, colocado en una explanada. Es el Protocenobio, es decir, el primero de la Orden benedictina, el más antiguo y el más venerable por lo mismo. Es de una construcción grandiosa y ha sido declarado monumento nacional. De él salieron hombres santos e ilustres en virtud y ciencia, en él vieron la luz los primeros libros de Italia, y él es el centro histórico de las regiones que le rodean, y de una gran parte de la Península. Sus destinos están en cierto modo unidos a la Abadía Nullius de Subiaco, ya que su iglesia le sirve de Catedral.

San Miguel Arcángel. No nos queda de él ni una piedra.

Solamente conocemos el lugar de su emplazamiento, que era debajo del Sacro Speco, en una pequeña explanada que da sobre el río, llamada hoy día la Floresta.

San Blas. Ya conocen nuestros lectores al monje Román, que sustentó a nuestro santo durante un largo tiempo, mientras se hallaba en su gruta, completamente desconocido de los hombres. Dijimos que su monasterio se levantaba encima de la roca y en una gran explanada. Pues bien, ese monasterio vino también a formar parte de los doce y entrar en la Congregación fundada por San Benito, con el nombre de San Blas. Tal vez sus monjes se habían dispersado, tal vez determinaron entrar en la escuela de quien tenía para ellos, además del prestigio bien conocido de sus virtudes y milagros, la simpatía de haber sido el discípulo de uno de sus compañeros. Con gusto le reconocerían ahora como maestro, en premio a su santidad, y juntamente con sus personas pusieron a su disposición el propio monasterio, del que no queda más que una amplia capilla adosada a un edificio de varios pisos.

San Donato. Levantábase al norte del Sacro Speco, en una propiedad que el patricio Tertullo, padre de San Plácido, había dado a nuestro santo.

Santa María. Situado al este del Sacro Speco, y a una milla del mismo, por debajo de la cúspide que forma el monte Taleo. En este lugar fué donde recibió de Dios, nuestro Patriarca, por medio de un ángel, cinco grandes promesas, referidas por Arnaldo Wion en su Crónica. Las promesas son:

1. — Tu orden ha de durar hasta el fin del mundo.

2. — En los últimos tiempos será fidelísima a la Iglesia romana, y sostendrá a muchos en las verdaderas creencias.

3. — Ninguno de tu Orden morirá si no es en estado de gracia, y si viviere mal y no se enmendare, o será confundido y arrojado o él mismo saldrá de la Orden.

4. — A cualquiera que persiga tu religión se le abreviará la vida y si no se enmienda morirá mal.

5. — Todos los que amaren tu religión tendrán un buen fin.

Además de los escritores de la Orden, confirman la realidad de tales promesas, otros muchos autores, como Angel de San Francisco, Cornelio A. Lapide, el Cardenal Cienfuegos y el P. Casals, dominico. Dicho monasterio de Santa María fué habitado hasta el siglo XIV.

San Jerónimo. Muy cerca del anterior y sobre una colina alegre y llena de vegetación. Todavía en nuestros tiempos se ven numerosas ruinas, pero no son de la primitiva fábrica de San Benito, que fué destruída al igual de los otros monasterios en tiempo de los Longobardos, sino de la obra incompleta de Pedro Boerio, obispo de Orvieto, que en el siglo XIV quiso restaurarle.

San Juan Bautista. Era un santo de la predilección del Patriarca así que nada extraño le levantara un santuario, como le consagrará otro en Casino, y esta devoción al santo Precursor será tradicional entre los monjes. Este de Subiaco tenía su emplazamiento próximo al anterior de San Jerónimo, pero más adentrado en el valle y en medio de un espeso bosque. También este cenobio fué testigo del poder sobrenatural del amigo de Dios, cuando para hacer cesar los lamentos de los monjes por falta de agua, hizo brotar una fuente que aún existe. Hay también un santuario que es objeto de veneración para los sublacenses, quienes acuden a él en peregrinación, y le denominan *San Juan del agua.* Fué habitado hasta el siglo XII.

San Andrés de Vida eterna. Su emplazamiento era junto al río en dirección del anterior. No nos queda de él rastro alguno.

San Victorino, mártir. Era este santo muy venerado en la región, de ahí que no es extraño que el Patriarca le dedicara uno de sus monasterios, conformándose a la devoción popular. Estaba situado en las faldas del monte Preclara, pero no nos queda de él el más leve vestigio.

Santo Angel. Se levantaba junto a Subiaco, en el lugar llamado hoy Morra Casca. Fué habitado por algún tiempo por el beato Lorenzo de Fanello, penitentísimo ermitaño, y demolido en el siglo XV, sirviendo sus materiales para la restauración de la Roca Abacial.

Santa Marina in Primerana. De este no se sabe nada especial.

Tales son los doce monasterios edificados por el santo patriarca, de los cuales haya dejado recuerdo la tradición. Tal vez no fueron los únicos; de hecho hay autores que admiten algunos más en Roma mismo, sobre el monte Celio, en el Laterano y en otras partes, pero no nos consta nada sobre el particular. Podemos preguntarnos de dónde le vino a Benito la idea de esta organización en grupos de 12. Sin duda influyeron mucho en su ánimo las razones que arriba apuntamos referentes a la disciplina o al mejor gobierno de sus monjes. Tal era también la tradición de algunos monasterios italianos, tradición basada seguramente en el número de 12 apóstoles, que formaban el Colegio Apostólico, ya que tanto en la Iglesia como entre los monjes, el modelarse por las instituciones y fundaciones de los apóstoles, era habitual en los primeros siglos del cristianismo, y aun actualmente. Así por ejemplo, aún hoy día en la Orden benedictina se necesitan 12 profesos para constituir una abadía.

¿A qué reglamento sujetó a sus monjes, qué género de vida es el que se llevaba en Subiaco? El mismo seguramente que redactó más tarde en su regla, de la que era un anticipo, un ensayo y un tanteo. Si la Regla benedictina brilla por su discreción y demás cualidades que todos la reconocen, es debido en gran parte a haber sido antes probada, experimentada y vivida. Juzgando, pues, por ella, seguramente que una buena porción del día, la más importante sin duda, se la llevaría la oración común, la oración pública de la Iglesia, que es el Oficio divino, la sagrada liturgia. Desde entonces enseñaría a sus monjes a no preferir cosa alguna a la obra de Dios, como él la llama: *Operi Dei nihil praeponatur*. Puesto que quería abrir una escuela donde se enseñase el servicio divino, les instruiría y formaría con especial cuidado en un punto que era trascendental en su instituto, ya que interesaba la finalidad del mismo y se encaminaba directamente a su realización. Según eso, nada menos que siete veces en el transcurso de la jornada acudirían al oratorio para cumplir con el *pensum servitutis*. Como complemento y preparación a la vez de la oración común, estaba la oración privada, equivalente a nuestra meditación moderna, si no en cuanto a los métodos, sí en cuanto a la realidad de la misma. El mismo la dió gran importancia en su vida, y no dejará de inculcarla a sus discípulos. Sin embargo, como comprendía que no todos estaban hechos para una larga contemplación, al lado de la oración puso el trabajo, que ocupaba el resto del tiempo dejado libre por aquélla. Uno y otra se alternaban y sucedían para evitar la fatiga. El trabajo era principalmente manual, como lo fué durante varios siglos, hasta que la elevación de un mayor número de individuos al sacerdocio trajo consigo la obligación del estudio. Por el momento cada comunidad se contentaba con un solo sacer-

dote que no era forzosamente el abad, sino aquel que era considerado como el más digno. Sobre el caso de si San Benito fué o no elevado al sacerdocio, nada nos consta. Hay que advertir que entonces no había costumbre en la Iglesia de celebrar y comulgar todos los días como hoy, sino solamente los domingos y días de fiesta. Así, pues, el trabajo manual era la labor común para todos. La construcción de los 12 monasterios, a más de ser una excelente ocupación, fomentaría la habilidad de los monjes, y daría lugar a que se fuesen creando los diversos oficios, talleres y oficinas que San Benito quería que hubiese en su monasterio, haciendo de ellos como una pequeña ciudad que se bastase a sí misma, a fin de que no tuviesen los monjes que salir afuera. Después de la construcción de sus moradas, vendría el cultivo de los campos, aunque allí apenas había margen para ello en medio de las rocas. Muy pronto, sin embargo, adquirirían otras tierras más lejanas, abandonadas y yermas desde la invasión de los bárbaros. Algunos casos milagrosos que nos cuenta San Gregorio, y que veremos en seguida, nos muestran a los discípulos del Santo ocupados en estos diversos géneros de actividad. No hay que olvidar finalmente el trabajo de formación intelectual y espiritual que incumbiría a los más ancianos con respecto a los más jóvenes, y cuyo peso principal llevaría nuestro santo. ¡Cuántos sudores no debió costarle esta obra! Para muchos habría que comenzar por enseñarles a leer y escribir. Eran los hijos de los bárbaros, recién llegados a Italia, cuyas almas nobles y sencillas, pero rudas, había que cultivar para ganarlas a Cristo.

CAPITULO VIII

Plácido y Mauro

El edificio monástico comenzaba a levantarse. Benito era el fundamento, la roca que había de darle firmeza; Mauro y Plácido, las primeras y más esbeltas columnas. Algo parecido ocurrió con la Iglesia. El fundamento, la roca inconmovible, sobre que descansa y permanecerá hasta el fin de los siglos, es Jesucristo, las columnas en que se apoya, son los Apóstoles. Plácido y Mauro son los dos discípulos predilectos del santo Patriarca, y su figura se nos presenta rodeada de encantos, allá en la aurora de la historia benedictina. Sus gracias infantiles prestan a los orígenes de la Orden un colorido de poesía. Plácido es el niño ingenuo, candoroso, una flor delicada, transportada de medio del mundo al jardín del claustro; Mauro es el niño precoz por su sabiduría, maduro ya en sus tiernos años, austero y grave, que rendirá muy pronto a su maestro grandes servicios. Uno y otro forman un cuadro de insuperable grandeza al lado del Santo Patriarca, del que no aciertan a separarse nunca, y cuya dignidad majestuosa hacen contrastar y resaltar más con sus rasgos infantiles y delicados. Ambos venían de Roma como él, ambos habían salido de una familia patricia como él. ¡Qué

mundo de recuerdos no se agolparía en su mente a su sola vista y qué grato debió ser a su corazón el gesto de esos nobles romanos por el que le confiaban lo que tenían de más querido en el mundo!

Roma, en efecto, no se había olvidado de Benito. Preguntábase qué había sido de aquel joven distinguido de la gran familia de los Anicios, que de la noche a la mañana había desaparecido de su seno, dejando en desconsuelo a su familia. Perdido de vista por un tiempo, fué grande el alegrón y el entusiasmo que se sintió por él, cuando el ruido de sus milagros y la fama de sus virtudes llegó hasta la ciudad eterna, dando a conocer su existencia y el lugar de su morada. Luego todavía vivía el que era creído muerto. Después de muchos años de silencio, hacía oir su voz, precedido de la aureola de la virtud y del don de los milagros. Su silencio había sido fecundo, largo tiempo había pasado muerto al mundo y a sí mismo, pero era para resucitar después, con una nueva vida, con una vida superior, la del espíritu, como muere el grano de trigo encerrado en la tierra, para convertirse después en esbelta y rozagante espiga, porque la simiente que muere a sí misma, y se corrompe, es un principio de fecundidad. Ya nos lo dice el Evangelio: *Nisi granum frumenti cadens in terra mortuum fuerit, ipsum solum manet.* La muerte es condición previa de la vida. El no había logrado una carrera brillante en el mundo de las letras y del derecho, como muchos de sus antiguos compañeros de estudio, que ahora tanto le recuerdan y comentan con entusiasmo su celebridad, como antiguamente comentaban con extrañeza su fuga y su modo poco ordinario de vida, pero había logrado en cambio ser maestro en virtudes y merecer los favores divinos, y además la confianza de los hombres más poderosos,

S. Benito
S. Mauro y S. Plácido

quienes le entregan sus hijos para que les eduque en la ley del Señor.

El padre de Plácido es un patricio, la más alta dignidad después de la Majestad imperial. *"Post Augustus nulli secundus"*. Fué instituída por Constantino, y su importancia aparece por el ceremonial mismo de la investidura. *"La administración de que Dios nos ha hecho cargo,* decía el Emperador al nuevo Patricio, *nos parece demasiado pesada para un solo hombre, por lo cual te constituimos nuestro coadjutor, y te investimos de esta dignidad para que hagas justicia a las Iglesias de Dios, y a los pobres, y después para que des cuenta de ella al Juez supremo"*. El Emperador le revestía de un manto, le ponía un anillo en el índice de la mano derecha y le alargaba un documento con la inscripción siguiente: *"Sé patricio misericordioso y justo"*, y por fin le ponía en la cabeza una corona de oro (1). No eran hombres cualesquiera los elevados a esta dignidad, habían de ser distinguidos por la nobleza de su sangre, por su riqueza y por la integridad de su fe. *"Patricii dignitas non vili personae, nec alicui concedatur ignoto"*.

Tal era Tertullus, nombre del padre de Plácido. Desposado con una mujer de la familia de los Octavios, matrona de gran virtud y belleza, tuvo de ella cuatro hijos: Plácido, que fué el primero, Eutiquio, Victorino y Flavia, a quienes educó en el temor de Dios, como hombre religioso en extremo que era.

En cuanto a Equicio, el padre de Mauro, no cono-

(1) Du Cange, en su Diccionario (palabra Patriciatus) nos ha conservado el ritual que se observaba en tal investidura: El futuro Patricio habría de comenzar por besar los pies del Emperador, después las rodillas y finalmente a él mismo. Después a todos los romanos circunstantes, quienes le darán la bienvenida diciendo: "Es demasiado trabajoso para nosotros el llevar solos el gobierno que Dios nos ha encomendado, por lo cual te constituimos nuestro ayudante y te concedemos el honor de regir las Iglesias de Dios y los pobres".

cemos a punto fijo su posición. Estaba casado con una matrona de la casa de los Julios, y él mismo pertenecía a una familia senatorial. Ambos próceres, Tertulo y Equicio, subieron un día a Subiaco, atraídos por la celebridad y virtudes de Benito. Este habitaba, como dijimos, el monasterio de San Clemente, y allí les recibió con gran agasajo, según convenía a tan alta dignidad. Ganados sus corazones por la dulzura y santidad de las palabras del siervo de Dios, los dos huéspedes se arrojaron a sus pies, y llenos de veneración le pidieron tuviese a bien aceptar en el número de sus discípulos, a sus hijos Plácido y Mauro, que habían traído consigo, de siete y doce años respectivamente. Ya hemos dicho con qué alegría los acogió Benito, y este hecho nos muestra el origen del oblatorio benedictino, que tantos hombres ilustres ha dado a la Orden, y que ha constituído en todos los siglos la principal fuente de reclutamiento de los monasterios. Por la Santa Regla podemos saber el ritual que se usaba para la admisión de estos oblatos (1). El Santo Patriarca ha dedicado a ello todo un capítulo. El padre del niño debía hacer de antemano y por escrito la petición de ofrecimiento de su hijo a la religión, y admitida la demanda, se presentaba en un día señalado ante el altar de la Iglesia del monasterio, y allí ofrecía a Dios delante de testigos a su hijo, envolviendo su mano y la petición en los manteles del altar. Con este rito serían ofrecidos probablemente, aunque todavía no estaba escrita la Santa Regla, Plácido y Mauro, y tras de ellos, otros de que nos hablan los Diálogos, también de familia ilustre, como el hijo de un Defensor y un joven monje educado en la corte; y en los siglos posteriores, nombres tan famosos como San Bonifacio, Rábano Mauro, San Beda, y Santo Tomás de

(1) Capit. LIX.

Aquino, que fué confiado al monasterio de Montecasino con idea de llegar a ser un monje.

Plácido y Mauro formaban parte del grupo escogido de discípulos que Benito se había reservado en su monasterio de San Clemente, en vista de una formación más esmerada, porque alimentaba sobre ellos grandes esperanzas para lo futuro. Como en el Colegio Apostólico había tres discípulos del Señor que merecían sus preferencias, así entre los discípulos del Santo Patriarca, Plácido y Mauro aparecen siempre a su lado, como testigos de sus oraciones y milagros, según veremos en varias ocasiones. Entretanto, los Diálogos nos ofrecen un caso edificante, en que intervienen los tres como protagonistas, y que demuestra por un lado la santidad de Benito, y por otro el poder de la obediencia. Ya dijimos cómo el monasterio de San Clemente estaba situado junto a un lago formado por el río Anio. Un día el niño Plácido, que ayudaba en los quehaceres domésticos, se fué alegremente, como de costumbre, a sacar agua. Metió en ella el cántaro, sin bastante precaución, y tras el cántaro se fué él vencido por el peso. Ya era arrastrado por la corriente, pues el lago no era de aguas tranquilas, sino que tenía un curso precipitado, cuando Benito, que estaba en su celda y tuvo conocimiento del hecho, llamó a Mauro y le dijo: "*Hermano Mauro, corre pronto, porque el niño, que ha ido a sacar agua, ha caído en el lago y ya es arrastrado lejos por la corriente*". Cosa admirable y que no se había vuelto a ver desde San Pedro. Después de haber pedido y recibido la bendición, Mauro, obedeciendo al mandato de su Padre y maestro, corre a toda prisa hasta llegar donde estaba el niño, creyéndose estar siempre sobre tierra; y agarrándole de los cabellos, vuelve rápidamente a la ribera. Apenas tocó la tierra entró en sí mismo y vió con emoción que había cami-

nado sobre las aguas. Volvió al padre, y todo impresionado le contó lo que había sucedido. El venerable Benito atribuyó el hecho no a sus propios méritos sino al mérito de la obediencia; Mauro, al contrario, sostenía que todo ello era debido a la virtud de su mandato, y que él no entraba para nada, puesto que no tenía conciencia de lo que hacía. En esta lucha pacífica de humildad, el niño tan admirablemente salvado intervino como árbitro. *"En el momento, dijo, en que yo era arrastrado por las aguas, veía por encima de mi cabeza la melota del abad, y me parecía que me sacaba del agua"*. (1) Bella contienda la de Mauro y Benito, que nos pone de manifiesto la mutua y sincera humildad de sus almas, y la santidad a que habían llegado. Escena gratísima y espectáculo digno de ser perpetuado y contemplado por todos los mortales. En el milagro narrado nos aparece Mauro como el tipo perfecto de la obediencia, de la abnegación de sí mismo, que sin titubear se dirige rápido a la ejecución, mereciendo que Dios sostuviera las aguas bajo su planta. Pero si fué grande su mérito, fué todavía mayor el de Benito, ya que en él recae en definitiva el mérito de la obediencia de su discípulo, a quien supo formar de un modo tan perfecto, con su ejemplo no menos que con su palabra. Por eso el niño Plácido, divinamente inspirado, sin duda, atajó la cuestión a favor de su maestro, con un argumento sin réplica: *"Era él quien me sacaba del agua"*. En el milagro intervino el concurso de una doble virtud: el de la obediencia de Mauro y el de la de San Benito, que fué la principal. Casi diríamos mejor que en ese hecho hay un milagro múltiple, en el que

(1) Llamábase "melota" a un vestido grosero de pieles muy común entre los habitantes del desierto, lo que nos demuestra lo pobremente vestidos que iban Benito y sus discípulos.

intervienen los tres santos. *"El poder del Padre pasa a los hijos por la unión de las almas y por la influencia de la virtud"* (1).

Vemos por aquí qué bien se practicaban en Subiaco las enseñanzas de Benito, y qué bien educados tenía a sus discípulos en esta virtud, difícil, pero esencial a un monje. La obediencia es una verdadera gimnasia del espíritu, la constante abnegación de sí mismo, que es la base de toda virtud, y por eso no había nada que recomendase y en que les ejercitase tanto. *"Nada tan propio,* les decía en sus exhortaciones y conferencias espirituales, *nada tan propio como esta virtud, para aquellos que aman a Cristo por encima de todas las cosas. Bien sea que consideren su profesión y las promesas que bajo juramento han hecho a Dios, bien sea que se dejen guiar del temor del infierno, o del amor de la gloria, todo debe ser en ellos un motivo para obedecer a los mayores como si fuera a Dios mismo, sin la más mínima tardanza en la ejecución. De suerte que de ellos pueda decir el Señor: "En el momento mismo de oirme, me obedecieron"* (2). *Y lo que dice a los Doctores: "El que os escucha a vosotros a mí escucha"* (3).

Así, pues, esos tales, abandonando al punto todo lo que tienen, inclusive su propia voluntad, y desocupándose de todo, y dejando sin acabar lo que estaban haciendo, siguen volando con la alas de la obediencia la voz del que manda con tal prontitud, que apenas hay intervalo de tiempo entre el imperio del maestro y la perfecta obediencia del discípulo; de tal modo que estas dos acciones se ven casi siempre juntas en aquellos que temen a Dios, y aspiran al gozo de la vida eterna. Y esta es la razón por que éstos entran en el camino estrecho, del cual dice el Señor: Estrecho es el camino que guía a la

(1) P. Pérez: Semblanzas benedictinas, t. I, p. 350.
(2) Psalmos, XVII, 45.
(3) Lucas, X, 16.

vida (1); *y privándose de su propia libertad, y no obedeciendo a sus deseos ni apetitos, se abandonan del todo a la dirección e imperio de otro, deseando únicamente vivir en el monasterio, sujetos a un abad que les gobierno. Estos sin duda son los que imitan el ejemplo de Jesucristo que dice: "No vine a hacer mi voluntad, sino la del que me envió".* (2).

Pero esta obediencia ni será grata a Dios ni agradable a los hombres, si no se ejecuta lo mandado sin dilación, sin tardanza, sin tibieza, sin murmuración y sin réplica que indique resistencia en el que obedece, pues la obediencia que se da a los Prelados se da a Dios como El tiene dicho: "El que a vosotros, oye, a mi me oye", y también es necesario que los discípulos obedezcan de buena voluntad, porque sólo aquél que da con alegría agrada a Dios, y al contrario, si el discípulo obedece con repugnancia y murmura, no digo con la boca, sino allá en su interior, aunque cumpla con el precepto, no será agradable su obediencia a Dios, que ve el interior del que murmura; y lejos de conseguir por esto premio alguno, se hace acreedor a la pena de los que murmuran, si no se enmienda y hace penitencia de ello" (3). Hemos visto que estas enseñanzas no caían en vano sobre las almas, sino que eran vividas y practicadas por sus discípulos.

"Quien recorra hoy día el valle en que se levanta el monasterio de Santa Escolástica, no encontrará ya el lago de que habla San Gregorio, no verá más que un edículo dedicado a San Plácido en recuerdo del milagro, allí mismo donde el niño puso el pie al salir del agua. Hay que saber que este lago fué obra del Emperador Claudio, quien consumió en él sumas enormes. Al decir de Plinio, mantuvo 30.000 obreros durante once años, tanto para la construcción de los diques como para

(1) S. Mateo, 7.
(2) S. Joan, 5.
(3) S. Regla. Capítulo V: De la Obediencia.

los acueductos que transportaban el agua a Roma, lo que le costó al menos ciento cincuenta mil sestercios. En 539, bajo el pontificado del Papa Virgilio, estos acueductos fueron destruídos por Vitiges, rey de los Godos, después restaurados por el Papa Adriano I en 789. El lago subsistió desde el año 50 hasta el 1305; en esta época sobrevino una lluvia torrencial que causó una inundación tan fuerte, que los diques se derrumbaron, y el lago desapareció. Sin embargo, el recuerdo de San Mauro y de San Plácido vive siempre en la comarca, y se ve todavía allí la mole de tierra en que se desarrolló con ellos la primera flor de la obediencia benedictina'' (1).

De Plácido y Mauro pocos datos más nos ha conservado la historia. Mauro es el hermano mayor de esa gran familia espiritual. Ya en Subiaco ocupa el primer lugar después de su maestro, y le ayuda en el gobierno de su monasterio. Es el hombre de su confianza y en el que tiene puesta la vista para sucederle. Tanto le estimaba que mereció ser puesto como modelo a sus condiscípulos. Así, cuando Benito quería excitar el fervor de sus monjes, decía de Mauro, sin nombrarle: *''Hemos visto en nuestros días un joven de noble raza, llegar muy pronto a tal grado de perfección en la vida monástica, que igualaba y aun superaba a los más ancianos''*. Amante en extremo de la Santa Regla pasó a Francia a darla a conocer, y después de haber fundado y propagado la Orden en dicho país y de haber enviado a las mansiones eternas un centenar de monjes, él viejo y achacoso, más que por la edad por sus penitencias y rigores, muere en la paz del Señor, y manda ser enterrado con la Santa Regla, que tanto había meditado y predicado en su vida. Sus discípulos se propagaron con rapidez por Francia, y diez siglos más tarde, unidos en Con-

(1) D. Tosti: S. Benoit, p. 80.

gregación con el nombre de Maurinos, asombraron al mundo con su ciencia y erudición.

Plácido quedóse con su maestro en Montecasino. La imaginación se complace en representársele a sus pies, escuchando con avidez sus lecciones, archivándolas en su memoria y en su corazón, y también atisbando su sonrisa. La sonrisa de Benito era para él, en efecto, la mayor satisfacción y el mejor premio a su conducta. Hasta hace poco primaba la creencia de que enviado a propagar la Orden en Sicilia, después de levantar un monasterio en Mesina, había sido mártir, juntamente con sus monjes y con sus cuatro hermanos que habían venido a visitarle. La crítica moderna parece ver en esto una leyenda inventada por Paulo Diácono, y no quiere ver sacar a Plácido de Montecasino, donde murió.

CAPITULO IX

Algunos milagros del Santo

En uno de los monasterios levantados por Benito, parece ser que era el de Santo Angel, que tenía por abad a Pompeyano, había un monje distraído, que cansado de estar en la oración con los demás, se salía fuera y se ponía a dar vueltas de un lado para otro por los claustros del monasterio, pensando en mil bagatelas y ensueños. Reprendióle una y otra vez su abad, pero no logrando la enmienda, le llevó al hombre de Dios, quien le increpó duramente. Regresó el reo al parecer contrito, pero sus buenos propósitos duraron muy poco, pues al tercer día volvió a las andadas. Quedó de nuevo informado el santo, y avisó a Pompeyano que iría él mismo en persona a curar al delincuente.

Estando, pues, un día reunidos todos en oración, observó Benito cómo un diablejo negro tiraba del hábito al dicho monje con ánimo de sacarle, como de costumbre, fuera de la Iglesia. Dijo Benito a Pompeyano y Mauro: *"¿No veis quién arrastra a ese monje fuera del Oratorio? — No, respondieron ambos. — Pues bien, repuso él, oremos juntos para que os sea concedido el verle"*. Al cabo de dos días, solamente Mauro

fué favorecido con la visión. Al día siguiente, mientras el indisciplinado monje vagabundeaba, como de costumbre, se hizo encontradizo con nuestro santo, quien le dió un golpe con una vara. Este acto bastó para librarle de una vez para siempre del demonio tentador, y en adelante no volvió a sentir más la inclinación de salirse del coro. Era un procedimiento al parecer un poco áspero, pero su eficacia y buen éxito nos demuestran su necesidad, así como la luz interior de que estaba dotado nuestro santo para descubrir al demonio dondequiera que se ocultase, y el gran poder que ejercitó arrojándole para siempre de aquel monje.

Los Diálogos nos cuentan otro hecho, en que aparece esta vez, no ya Mauro como antes, sino Plácido. Resulta que los tres últimos monasterios edificados en Subiaco no habían podido encontrar cabida en Subiaco, en el valle, y por lo mismo fué necesario levantarlos en la falda misma de la montaña. La posición era grandiosa y pintoresca, pero a cambio de un poco de poesía, les faltaba la comodidad, en especial carecían de agua. Tenían que bajar a buscarla al lago, y esto, a más de una fatiga grande, a causa de la grave pendiente, constituía un peligro para su vida, sin contar el tiempo perdido. Aguantaron un día y otro, por fin, después de haber deliberado entre sí, vinieron a encontrar al santo y le dijeron: "*Esta necesidad de bajar todos los días hasta el lago para procurarnos el agua sobrepuja nuestras fuerzas, es necesario transportar a otra parte estos monasterios*". Dejóles consolados el santo con suaves palabras y les despidió sin más, pero venida la noche, en medio del silencio solemne de la naturaleza, y a la luz de las estrellas, Benito toma de la mano al niño Plácido, y se encamina con él a la cima de la montaña, donde están los tres monasterios. Llegados allí, Benito se arrodilla y ora. Plácido, que adivina sus intenciones hace lo mismo,

pero llevado de la curiosidad infantil y emocionado por el misterio que le rodea en medio de la oscuridad y del silencio, no puede menos de interrumpir de vez en cuando su oración para quedarse mirando y contemplando con sus ojos candorosos la grave fisonomía de su maestro. Este ha terminado su plegaria y como seguro de que Dios le va a escuchar, pone resueltamente en aquel mismo lugar tres piedras, una sobre otra, y se va. Al día siguiente, el santo les dice: *"Id a la cima de la montaña, y allí donde veais tres piedras sobrepuestas, cavad un poco sobre la roca; Dios, omnipotente, puede muy bien hacer brotar aún allí una fuente, y ahorraréis así el trabajo de tan largo camino"*. Hiciéronlo, y de la roca húmeda brotó una fuente tan abundante que formó un arroyo, que todavía existía en tiempos de San Gregorio (1). Hoy día el lugar es conocido con el nombre de *San Juan del agua*. El pueblo de Subiaco acude allí todos los años en el día del santo Precursor para asistir a las funciones religiosas que tienen lugar en una pequeña capilla. Este hecho nos demuestra una vez más el poder de nuestro santo delante de su Majestad. No ignoraba él la carencia de agua que había en el monte en que construyó los monasterios, pero tenía la confianza de que Dios la remediaría, como de hecho ocurrió. No menos benigno y piadoso le experimentarán los devotos que le confíen sus necesidades, para que las remedie ante el trono del Altísimo.

Admiremos otro hecho no menos sorprendente. Presentóse un día a las puertas del monasterio un godo pidiendo la gracia de vestir el hábito monástico. Era un bárbaro, un hijo de aquellos que ayer mismo se habían lanzado a sangre y fuego sobre la Italia, echando por tierra la tan decantada civilización

(1) Quoe tam sufficienter emanavit ut nunc usque ubertim efluat. Dial, c. 4.

romana. Ello no fué óbice para que Benito le admitiese entre sus discípulos (1). Comprendía además que el porvenir era de la raza invasora, había que plegarse a la realidad, convertir y civilizar a esos bárbaros, que con su sangre joven y vigorosa levantarían en lo futuro una Europa nueva. Los monasterios benedictinos fueron los que realizaron la obra, y Benito mismo la inauguraba. Este buen godo carecía de cultura, pero a cambio de eso traía un brazo bien fornido y un corazón dócil. Esto bastaba, ¿acaso no era una empresa noble y un ideal grande y digno el cultivar los campos y el restaurar la agricultura, bajo la luz de la fe y el pensamiento puesto en Dios? Benito, pues, le acogió con suma simpatía, *libentissime*, nos dice San Gregorio. Saludaba en él las primicias de un nuevo pueblo que se convertía a Dios, y bajo la capa de su rudeza exterior, sabía se encerraban grandes tesoros de nobleza de alma, un corazón de niño, dócil y franco y, en fin, un fuerte carácter que contrastaba con la molicie romana, dotes todas características de su raza y muy importantes para sr un buen monje. Le recibió entre sus discípulos, le puso una hoz en la mano y le mandó a trabajar. Se trataba de cortar la maleza que rodeaba el lago y hacer allí un jardín, un lugar delicioso de esparcimiento. Nuestro valiente godo se entrega a la faena con ardor, al paso que hunde su herramienta en el espeso matorral, los zarzales van desapareciendo, pero de repente el hierro se desprende del mango y cae al lago. Imposible verle ni sacarle dada la profundidad del agua. En su sencillez acude lleno de terror a Mauro, y le declara su falta,

(1) Esta conducta significaba una revolución en las ideas de su tiempo; tal vez llegó a producir extrañeza y aun escándalo entre sus contemporáneos, que no se avenían a una fácil reconciliación con los extranjeros, con los bárbaros que habían arruinado la Italia y el poder de Roma, pero para él como para Dios no había acepción de personas, porque tanto el siervo como el libre son hermanos de Jesucristo. S. Regla, cap. II.

expiando así lo que en ello pudiera haber tenido de culpa (1). Enterado a su vez, Benito se va con él al lago, mete el mango en el agua y el hierro sube del fondo para colocarse en su sitio. Entonces el santo entrega al godo su herramienta y le dice con dulzura: *"Aquí tienes de nuevo tu hoz, consuélate y trabaja"*, y con estas palabras de padre, nuestro godo se siente fortalecido y se entrega con nuevos bríos a la labor, ante la mirada de su abad que le contempla sonriente, y al cual quiere demostrar que también él sabe hacer algo, a ese abad tan bueno que se ha interesado por él y por su trabajo. Cuán cierto es que a las almas sencillas cualquiera cosa les basta para hacerles felices.

El espectáculo que presentaban los monasterios de Subiaco debía ser gratísimo a los ojos de Dios y de sus ángeles. Aquella escuela del servicio divino que plantara allí Benito, comenzaba a dar frutos riquísimos de virtud y santidad bajo su gobierno inteligente y paternal. Pero era demasiado hermoso para que fuese duradero. El antiguo enemigo que turbó y desbarató la paz de nuestros primeros padres en el Paraíso, quiso también turbar la de este huerto de delicias, en que los discípulos del santo Patriarca, formando un solo corazón y una sola alma, hacían subir hasta el cielo el perfume gratísimo de sus oraciones y virtudes. El instrumento de que se valió fué un mal sacerdote, que vivía en una de las iglesias de la vecindad, frente a frente del monasterio de San Clemente. Veía este sacerdote el prestigio que rodeaba a los piadosos cenobitas, y sobre todo al que era su Padre y Maestro,

(1) Tal vez existía ya entonces, si no por escrito al menos en la práctica, la ley estampada más tarde por el Patriarca en su Regla, de que si un monje rompe o pierde alguna herramienta mientras trabaja y no viene a confesar su falta delante del abad o de la Congregación monástica, antes de que se sepa por otros, que sea castigado severamente; que si la falta es secreta basta con que se acuse ante el abad, o ante algún Padre espiritual que deben saber corregir sus propios pecados y los de los demás, sin descubrirles ni divulgarlos, Regla. Cap. XLVI.

veía los fieles acudir a tropel a su iglesia llevando consigo sus limosnas y sus afectos, atraídos por las virtudes y ciencia de los monjes, mientras la clientela que ocupaba su iglesia iba desertando en masa; y su corazón, congestionado por la ira y la envidia, no pudiendo más, reventó por fin, arrojando el veneno que encerraba. Trató primero de desprestigiar y difamar a sus rivales, haciendo todo lo posible por que los fieles dejaran de acudir a ellos, pero como no conseguía nada, pasó a un medio extremo y criminal: el envenenamiento. Por segunda vez se atentaba contra la vida de Benito, tenía sin duda, como dice un autor, el destino común de los hombres grandes y de los santos, porque él era una cosa y otra.

Florencio, que tal era el nombre de dicho sacerdote (1), se sirvió de la capa de la amistad para llevar a cabo sus criminales propósitos, y envió como regalo a Benito un pan envenenado. Los antiguos cristianos usaban con frecuencia de estos panes benditos, llamados *Eulogias* (2), que enviaban a los amigos como símbolos de fraternidad espiritual. El santo aceptó el don y dió gracias al donante fingiendo ignorar el crimen, pero no se le ocultaba que encerraba la muerte. A las horas de comer acostumbraba venir a recibir su pitanza un cuervo, a quien nuestro santo había domesticado, y al que daba el alimento por su propia mano. Vino, pues, como de ordinario y le echó el pan envenenado, diciéndole: *"En el nombre de Jesucristo Nuestro Señor, coge ese pan y vete a arrojarle donde no pueda encontrarle una alma viviente"*. El cuervo entonces con el pico abierto y las alas extendidas se puso a dar vueltas en torno del pan, y a dar graznidos, significando cla-

(1) Según San Gregorio Magno, este triste personaje era el abuelo de Florencio, el subdiácono que tenía el Santo a su servicio.

(2) San Paulino en su primera carta a Severo dice que le envía un pan de la Campania como "eulogia". "Panem Campanioe de cellula nostra tibi pro eulogia misimus". Lo mismo hizo con San Agustín: Epístola 41. Eulogia viene de una palabra griega que significa bendición. También se ofrecían frutos, imágenes, medallas, reliquias, etc.

ramente por ahí que quería obedecer, pero que no podía. El santo insiste por segunda y tercera vez: *"No temas, toma este pan y llévalo a un lugar donde nadie pueda encontrarlo"*. Finalmente, después de mucho tardar, el cuervo tomó el pan en el pico, y echó a volar; tres horas después estaba de vuelta para recibir su alimento acostumbrado. Ahora comprenderá el lector por qué los pintores suelen representar al santo Patriarca con un cuervo a sus pies, llevando en el pico un pan. Parece ser que en la actualidad se conservan todavía algunos cuervos, tanto en Subiaco como en Montecasino, en memoria del Santo Fundador.

No son raros entre los santos hechos semejantes. Dios les concedía sobre los animales un dominio casi absoluto, hasta el punto de obedecerles éstos como si estuviesen dotados de razón. Es un premio a su santidad, al mismo tiempo que un recuerdo y una repetición del dominio que tenían nuestros primeros padres sobre la naturaleza inferior antes de caer en la culpa. De ese privilegio gozaron, entre otros, San Pablo, primer ermitaño (1), San Antonio, San Hilarión, San Pacomio, y sobre todo, San Francisco de Asís; y ya en el Antiguo Testamento, el profeta Elías, de quien nos cuenta la Sagrada Escritura, que los cuervos le traían como alimento pan por la mañana y carne por la tarde.

Florencio desilusionado y enfurecido ante el fracaso, intenta matar esta vez las almas, ya que no pudo matar antes los cuerpos. Por su orden siete jóvenes de mala vida, invaden, en traje más que indecente, desnudas, el jardín del monasterio en que vivía Benito con el grupo de discípulos escogidos de que ya hablamos. Agarradas por la mano se ponen a bailar debajo de sus ventanas a fin de provocar en

(1) De este santo se cuenta que un cuervo le traía todos los días un pan para su sustento y que a su muerte acudieron dos leones desde el fondo del desierto para cavarle la fosa con sus uñas.

ellos malos deseos. Benito, comprendiendo que esta persecución va dirigida contra él, toma la resolución radical de ceder y marcharse de allí. Era un sacrificio grande, pero iba en ello la gloria de Dios, ante la que no titubea. Tiene que abandonar su querida Subiaco, en la que hubiera deseado morir rodeado de los suyos, ya que allí ha pasado lo mejor de su vida, y es fruto de veinte años de continuos trabajos y sudores. Humanamente hablando es un desastre, una derrota. Pero Dios lo quiere. Sí, es Dios que se complace en probarle y humillarle para en seguida elevarle a mayor altura. Le llama a otra parte donde pueda trabajar por la extensión de su reino y el exterminio de la idolatría, y para eso se sirve de Florencio cuya persecución tuvo por consecuencia el hacerle apresurar el viaje.

Habiendo, pues, arreglado todo lo concerniente a los doce monasterios, y asignado a cada uno de ellos un superior que le gobernase, reunió por última vez a sus monjes y se despidió de ellos en estos términos: *"Escuchadme, hermanos e hijos míos, mis coherederos y compañeros en las promesas del Rey Eterno. Nuestro Señor Jesucristo me ha ordenado ir a Montecasino, para extirpar de esa comarca la idolatría y sepultar los ídolos en un olvido eterno; la voluntad de Dios en esto debe prevalecer sobre la nuestra. Además, sabéis las emboscadas que me ha puesto el desgraciado Florencio, sabéis que ha querido quitarme la vida por el veneno y envenenar el alma de mis discípulos, Plácido y Mauro. Forzoso será que yo abandone estos lugares conforme a la palabra del Rey Eterno: "si se os persigue en una ciudad, huid a otra". Puesto que tal es el caso, no hay que dudar: hay que obedecer y marcharse. Además, tenemos el deber de abrir nuestro corazón a todo el mundo, de hacer el bien a todos, de volar al socorro de todas las generaciones humanas, como nos ha sido re-*

velado por Jesucristo. En cuanto a vosotros permaneced aquí, sed firmes en la gracia, perseverad santamente en la vida religiosa, y tened por seguro que cuanto más fervor tengáis en la observancia de la disciplina religiosa, mayor será vuestra recompensa en el día del juicio (1).

Esto dijo, y bendiciendo por última vez a sus discípulos, se dirigió hacia Casino, acompañado de un pequeño grupo, dejando muy pronto detrás de sí la cuna venerada de su Orden, aquella roca viva en que fueron labrados los hijos del gran Patriarca, como dice Mabillón, con frase llena de amor filial y de orgullo santo: *Haec petra unde excisi sumus.*

(1) Vita S. Placidi.

CAPITULO X

La Ciudadela de Satanás

Mientras Benito y los suyos caminaban cabizbajos en dirección de Casino, Florencio se divertía a costa suya y saltaba de alegría desde la terraza de su casa, a la que había subido para gozar del espectáculo del éxodo de su rival. Era un triunfo para él, pero muy efímero, tan cierto es, que *el extremo del gozo confina con el llanto*, en frase de la Sagrada Escritura, porque mientras él se gozaba, la justicia divina vino a pedirle cuenta de sus crímenes; súbitamente su casa se derrumbó con estrépito, y le sepultó entre sus ruinas.

Uno de los monjes que se habían quedado en Subiaco, corre en seguida a anunciar la nueva al santo, le encuentra a unas diez millas de distancia, y le grita en tono de fiesta: "*Vuelve, Padre, vuelve, porque el que te perseguía ha muerto*". Al oir estas palabras Benito, lejos de alegrarse no pudo contener sus lágrimas, tanto a causa de la muerte de su enemigo como de la satisfacción que había demostrado su discípulo, a quien reprende y castiga por su mal sentimiento.

Grande aparece en este hecho la virtud de Benito. Pedro, el interlocutor de Gregorio en los Diálogos, no puede menos de prorrumpir en admiración y exclama lleno de entu-

siasmo: *"Verdaderamente que este santo estaba lleno del espíritu de todos los justos. Cuando hace brotar el agua de una piedra, veo en él a otro Moisés;* (1) *cuando hace subir el hierro desde el fondo del lago, es Eliseo;* (2) *cuando hace firmes las aguas bajo los pies de su discípulo, es Pedro,* (3) *como a otro Elías el cuervo le obedece* (4), *como otro David, en fin, llora la muerte de su enemigo* (5). *Sí, estaba lleno del espíritu de todos los justos,* añade San Gregorio, *porque realmente no formaba más que un solo espíritu con Dios".* (6).

Si el único motivo de abandonar la soledad de Subiaco hubiera sido la persecución de Florencio, parecería natural que, muerto éste, Benito volviese a ella. Pero como dijimos, eso no fué más que un motivo para acelerar su partida, que ya tenía determinada, obedeciendo a un instinto secreto de Dios. Tal es el sentimiento de todos los autores, inclusive de Santo Tomás de Aquino, que en uno de sus opúsculos declara expresamente que San Benito recibió inmediatamente de Dios la orden de predicar la fe. Por otra parte, sabemos que el patricio Tertulo al entregar a su propio hijo Plácido a nuestro santo, hízole al propio tiempo donación de cuantiosas tierras y propiedades, entre otras las de Montecasino; no sería extraño que le pusiese como condición la de evangelizar y desterrar la idolatría de esos lugares. Tertulo inauguraba así las grandes donaciones de los Señores de la Edad Media, que hacían a los monasterios benedictinos beneficiarios de sus inmensas riquezas, animados del celo de la gloria de Dios y la salvación de sus almas. En rigor era una práctica que existía desde los primeros tiempos del cris-

(1) Numeri XX.
(2) IV Reg. VI, 7.
(3) Matth, XIV. 29.
(4) III. Reg. XVII, 6.
(5) II, Reg. I, 11, XVIII, 33.
(6) I, Cor. 6.

tianismo. El patricio Juan y su esposa emplearon su patrimonio en la construcción de la Basílica Liberiana en honor de la Virgen, sobre el Esquilino en Roma; igualmente Santa Paula, dama de la más alta aristocracia romana, hizo levantar un monasterio junto a la gruta de Belén.

Si hemos de creer al poeta Marcos, discípulo que fué de nuestro santo, acompañáronle en su viaje a Casino tres de los cuervos que solía alimentar por sí mismo. Ese autor nos pinta también el dolor que se apoderó a su partida de los habitantes de Subiaco. *"El monte*, nos dice, *se ha cubierto de un lúgubre velo y sombrías nubes, las cuevas como si sintieran el dolor, destilan abundantes lágrimas, las bestias feroces gimen en sus madrigueras, lloran de dolor los lagos, y los bosques, en fin, agitan su cabellera desordenada"*. La tradición nos ha conservado el itinerario que siguió en su camino desde Subiaco. Bordeando los nevados Abruzzos que dejaba a su izquierda, bajó hacia el campo de Arcinazzo y atravesó el territorio de Torre donde, según una leyenda, su bastón de viaje clavado en tierra habría echado raíces, convirtiéndose en un árbol. Siguiendo la Via Latina, que de Roma llevaba a Nápoles, entró en la Campania Feliz, hoy tan alegre, tan florida, tan fértil, con sus campos dorados de trigo, con sus viñedos cargados de uva, con su cielo azul y luminoso, con sus brisas marítimas, tibias y perfumadas, pero que en el momento en que él la atravesaba, conservaba todavía la huella de las devastaciones bárbaras. Esta comarca poblada de villas, que Cicerón llamaba *elegantísimas*, debía presentar en el siglo VI un aspecto en extremo desolador. Desde el 410, es decir, en el transcurso de un siglo, habían ido apareciendo sucesivamente las hordas de Alarico, Genserico, de Odoacro y de Teodorico. Nuestro santo pasó en medio de tantas ruinas con el corazón emocionado, y llegó

por fin a Casino. Esta ciudad no era ni sombra de lo que había sido anteriormente. Ya no era aquella ciudad brillante *"antiguo municipio y colonia romana, de que hablan Varrón, Cicerón, Tito Livio y otros, que construída sobre la cumbre del monte, entre mediodía y poniente, y descendiendo sobre la vía latina, frente al riente valle del Liris, había sido en tiempo de la República, tan célebre por la magnificencia de sus edificios, la sabiduría de sus magistrados, la riqueza de la comarca, su población numerosa, la ilustración de sus familias, como los UMMIDII, los RUBRI y otros"*. (1).

Hay que añadir que los principales personajes de la República romana tenían allí sus villas como Marco Antonio y Catón de Utica, pero en el momento en que Benito visitaba estos lugares, es decir, el año 529, todo había sido devastado por los godos, 35 años antes. El no alcanzó a ver más que ruinas. La escasa población que había quedado se había vuelto agreste y selvática. El elemento cristiano que había recibido de Roma la fe se dispersó en su mayoría y el resto, privado de unidad y pastor había vuelto al culto pagano y a las antiguas supersticiones. El siervo de Dios se puso inmediatamente a traerlas a las verdaderas creencias por una continua predicación, y después que los hubo ganado para Cristo y conquistado su benevolencia por los milagros que realizaba y la gracia que acompañaba a su persona, se aprestó a dar el último golpe, derrocando las estatuas de las falsas divinidades, cuyos templos se erguían allá en la cima de la montaña. Apoyado por los nuevos convertidos, le sería más fácil vencer la resistencia de los sacerdotes, que no resignarían sino con lucha a la derrota.

El monte de Casino, llamado así por el pueblo de que acabamos de hablar, que se asienta a sus pies, es una mon-

(1) D. Tosti: Saint Benoit, p. 96.

taña aislada y escarpada que se levanta majestuosa en medio de un grandioso anfiteatro, formado por las estribaciones de los Apeninos, dominando al poético valle del Liris como un centinela que estuviera otcando constantemente todos los caminos para defenderle de las incursiones enemigas. Hoy día presenta un aspecto triste, desnudo como está y blanquecino por sus rocas calcareas, a las que no logran vestir completamente las pocas encinas, olivos y arbustos que quedan, pero en tiempo del santo Patriarca se hallaba cubierta de espesos bosques, consagrados al culto de los demonios, según dice San Gregorio, y a los que una muchedumbre ignorante acudía para ofrecer sacrificios a los dioses. Un sendero todo en zig-zag subía serpenteando desde las faldas del monte hasta su cúspide por un espacio de tres millas. Es el camino que siguió Benito, y es el que también se sigue hoy. Una vez arriba, nuestro santo se encontró con una antigua acrópolis rodeada de formidables murallas, defensa y refugio de la ciudad en caso de invasiones, y a la cual daba acceso una alta torre cuadrangular que todavía existe en parte. Existían, además, otras torres más pequeñas, de las cuales se conservan aun las cisternas que cada una de ellas tenía en su interior para recibir las lluvias, que habían de servir para el sostenimiento de la guarnición.

Gigantescos bloques calcareos atestiguaban además, la existencia, anteriormente a la época romana, de una amplia cintura de murallas ciclópeas, de las que se ven restos, y que fueron utilizadas en gran parte por los constructores de la fortaleza romana, y sobre todo por los que levantaron la moderna abadía de Montecasino. Puede darnos idea de lo que eran estas murallas, una parte de muro que ha llegado hasta nuestros días y que mide 8 metros de alto por 4.40 de ancho. Esta primitiva acrópolis pelásgica, se hallaba

unida en sus extremos por dos muros flanqueados por torres. El uno bajaba por la falda meridional del monte y el otro hacia el Oriente, hasta venir a abrazarse y encerrar dentro a la ciudad situada abajo. Todavía puede seguirse la huella de estas cortinas de piedra, y su medida nos da una idea de la extensión de la villa de Casino en los tiempos anteriores a Roma.

Tenía su historia, como vemos, este monte de Casino. Su elevación le hacía apto para servir de defensa y constituir un lugar casi inexpugnable. Así lo comprendieron sus habitantes, y para completar su fortificación natural, pensaron además, como hombres religiosos que eran, en asegurarse más todavía con la protección de los dioses. Levantaron, en efecto, al lado de la acrópolis numerosas estatuas a sus falsas divinidades, a las que tributaban culto y ofrecían sacrificios sangrientos. El Monte Casino vino a ser así la ciudadela de Satanás, una sucursal del infierno, un verdadero panteón pagano. San Gregorio nos habla de un templo dedicado a Apolo, que ocupaba la cúspide más elevada de la antigua acrópolis. El monje poeta Marcos, menciona en su poema otro templo a Júpiter, y nos dice que un pueblo cegado por el error venía a dicho lugar a ofrecer sacrificios sangrientos a esta divinidad. La existencia de dicho templo está confirmada además por una piedra monumental descubierta el año 1880, cuya inscripción nos da los nombres de los que le erigieron. El Fanum estaba a la izquierda del monte, y sus cimientos sostienen la sacristía de la Basílica actual. Finalmente el bosque sagrado, o Lucus, rodeaba la ciudadela y el templo, y subía de poniente a levante hasta la cima del monte, donde según costumbre pagana, se encontraba el altar del dios.

Benito llegó a Casino el año 529 según la opinión común.

bajo el reinado de Justiniano. Tenía 48 años y pasará en él todos los restantes, es decir otros 15, los más fecundos de su vida. Notamos esta fecha porque realmente hace época en la historia del santo. Toda su existencia anterior no fué más que una preparación providencial para la misión a que Dios le destinaba, y que iba a realizar muy pronto en la madurez ya de la edad y de la santidad. Por de pronto había que desalojar a Satanás de aquella montaña en que había establecido su reinado, y devolverla al verdadero rey que es Cristo, y como preveía la resistencia del enemigo común, quiso prepararse de antemano a la lucha e imitar al Verbo Encarnado, que antes de comenzar el ministerio de su vida pública, se retiró al desierto, pasando 40 días abstraído de las cosas terrenas, y en perpetua oración y ayuno. Se encerró, pues, en la gran torre cuadrangular de que hablamos anteriormente, y allí permaneció 40 días pidiendo la luz y la asistencia divina para la obra que iba a comenzar. Los discípulos que le habían seguido de Subiaco, aquellos sobre todo que se habían convertido a la fe, de los alrededores de Casino, no se resignaban a quedarse privados de su vista y de sus exhortaciones por tanto tiempo, diríanse que habían perdido a su Padre, y llenos de consternación le asediaron, a juzgar por lo que nos dice el poeta Marcos, con sus ruegos y sus llantos para que volviese de nuevo con ellos. *"Qui velut orbati raucos tibi flere querelis, instant convictu quod caruere tuo"*. A juzgar por este mismo autor, los 40 días de retiro debieron coincidir con la cuaresma, ya que nos dice que estuvo encerrado esperando *"la fiesta de la noche sagrada"*, es decir, la fiesta de la Pascua de Resurrección. En el año 529, esta fiesta cayó el 8 de Abril. *"En la mañana, pues, de ese día, tan pronto como el sol se hubo mos-*

S. Benito manda derrocar los ídolos

trado sobre las alturas de los Apeninos, iluminando con sus rayos la cima de Montecasino, y revistiendo de púrpura la torre pelásgica habitada por el apóstol, San Benito salió cantando el Alleluia de la resurrección de Cristo y la de las almas que su palabra había despertado del sueño de la muerte, y a las que asociaba a su triunfo. Al verle de nuevo, sus monjes y la muchedumbre piadosa debieron entonar con él el Alleluia, que repitieron los ecos de las montañas. Todos juntos se dirigieron a la ciudadela romana que estaba próxima; la pequeña colonia monástica de Subiaco marchaba a la cabeza con la cruz procesional, después venían el santo y los fieles de la comarca, que hacían subir hasta el cielo con el canto pascual, un concierto de oraciones, para conjurar al Señor echase una mirada de misericordia sobre esa Acrópolis a la que había que purgar de las supersticiones paganas. De esta misma manera, 70 años más tarde, los hijos de San Benito entrarán en la primera ciudad de Inglaterra para convertirla a la fe y civilizarla, llevando la misma cruz al frente, como un estandarte de triunfo, según la costumbre de la Iglesia, y con las mismas invocaciones en los labios a imitación del maestro'' (1).

Protegido por la señal de la Cruz, Benito, con su alma ardiente, y lleno de celo santo, se dirige directamente donde estaba el ídolo de Apolo y le derriba. Era una estatua sostenida por una columna de marmol blanco, acanalada, en forma de espiral y de una altura de 2.13 metros por 1 metro de circunferencia. Hoy día puede verse en el pórtico de la Basílica de Monte Casino, pues San Benito se contentó con derrocar el ídolo, sustituyéndole por el signo de la cruz y conservando así íntegra, con muy buen acuerdo, la columna con el capitel que la sostenía. Su autenticidad es indubitable si se atiende a una constante tradición, confirmada, además,

(1) Tosti: ob. cit. p. 114.

por su carácter romano y por la forma de la Cruz, que es la que se usaba en el siglo VI. De la estatua pasó nuestro santo al altar, e hizo lo mismo, penetra después en los bosques sagrados donde se daba culto a las falsas divinidades y los destruye ante el furor contenido de los sacerdotes, que se ven impotentes de resistir al celo santo del apóstol de Jesucristo; y como no venía solamente a desarraigar y destruir, sino más bien a plantar y edificar y hacer servir al bien lo que antes servía para el mal, el altar de Apolo lo convirtió en capilla dedicada a San Juan Bautista, modelo y patrono de los monjes, por su vida austera y penitente, no menos que por su amor al retiro y al silencio; y el templo consagrado a la misma divinidad lo transformó en una iglesia dedicada esta vez a San Martín, otro monje no menos venerado de San Benito. Esta iglesia ha venido a ser después de muchos cambios, la gran Basílica casinense actual. Tal vez hubiéramos podido contemplarle en toda su integridad si la manía constructiva del abad Didier no la hubiera demolido en el siglo XI, para levantar sobre sus ruinas otra magnífica y bella, según la inscripción grabada en el ábside, y que nos ha conservado el cronista de la abadía. Casi igual suerte le cupo a la iglesia del abad Didier, ya que en el siglo XVI fué agrandada y decorada con magnificencia real por Bramante y Sanagallo. Esta es propiamente la que hoy vemos majestuosa sobre la cima de Casino, dominando las llanuras cortadas por el Liris que se arrastra perezosamente a sus pies.

Mucho de notable encierra esta Basílica del Renacimiento, planeada por el gran arquitecto Cosme Fansaga.

"Tres naves espaciosas, una cúpula inmensa, un presbiterio espléndido y un coro que se prolonga desmesuradamente. Los ojos ven mármoles en todas partes; mármoles verdes, amarillos, negros, lapis-lázuli, amatista, ágata. El pavi-

mento manchado de mármoles brillantes, las pilastras revestidas de mármoles y las columnas de granito y los senos de la cúpula enriquecidos de estucos dorados, encuadrando figuras admirables que parecen moverse, y que viven en la frescura de sus tintas y la armonía de sus dibujos.

Son las figuras de los grandes benedictinos, sapientísimos doctores, abades magníficos, pontífices famosos, vírgenes delicadas, águilas caudales de la vida claustral, toda la historia de la abadía, toda la historia de la orden, que allí bulle y palpita por obra de magia, la magia de los pinceles de Correggio, de Bernini, de Solimena, del Dominichimo, de Pietro Paoletti, el venecciano, de Mura, y del incomparable Lucas Giordano.

Giordano dejó en aquellos lienzos las mejores de sus pinturas, que son también las mejores de la escuela napolitana. Cellini, Sangallo y Benvenuto de Brescia contribuyeron asimismo con maravillosos primores escultóricos al embellecimiento de la gran Basílica. Estos encantos del arte se extienden hasta la sacristía donde se conserva un recuerdo precioso del tiempo de San Benito: el peso del pan que el Patriarca concedía diariamente a cada uno de sus monjes, un peso de bronce en que se leen estas palabras en capitales romanas: Pondus librae panis beati Benedicti. *Es una libra de 1053 gramos.*

Una escalera que hay cerca de la sacristía nos lleva a contemplar nuevas magnificencias. Son las de la cripta, otra construcción del Siglo XVI, donde Benvenuto de Brescia dejó tallas primorosas y Marcos de Siena frescos magníficos. El tiempo había destruído la obra del sienés y era preciso que el arte moderno subiese también a aquella montaña, donde antes llegara el arte de todas las generaciones cristianas. El artista acaba de morir casi centenario. Es el creador de una escuela que nos hechiza por su dulzura ultraterrena, el fundador de la es-

cuela de Beurón, la que imprimió el sello de su personalidad originalísima. Al pensar en sus últimos días en la multitud de iglesias y catedrales que ha decorado, su pensamiento debía detenerse en la cripta de Montecasino, sintiéndose feliz de haber puesto lo más sano, lo más fresco, lo más amoroso de su alma de artista en aquel recinto como un homenaje digno del gran Patriarca. El amor abrió las alas de su espíritu y le hizo remontarse a las mayores alturas de la inspiración; encontró colores nuevos, más celestial expresión, actitudes más espirituales. Tal vez acertó entonces a realizar en su más alto grado la idea tan pura, tan divina que se había formado del arte. La escuela de Beurón ha dejado la quinta esencia de su arte en Monte Casino. Desaparecido el P. Desiderio Lenz, su ideal artístico y su ideal religioso seguirán allí viviendo esa alta vida que sólo el genio puede prolongar.

Es imposible penetrar en aquella cripta sin sentirse como transportado a un reino de bienaventuranza y de paz. Aquellos santos, aquellos ángeles cuya belleza realzan los granitos, los mosaicos, los bajorrelieves, son tan dulces, tan místicamente plácidos, están inundados de una quietud tan honda, que se diría un reflejo de la alegría inefable que gozan en el paraíso. Desde la entrada nos encontramos, a un lado, con una procesión de monjes que llevan recogidos las lámparas de la caridad, y a otro, una teoría de vírgenes que muestran humilde, piadosamente, el lirio de su virginidad. Son los habitantes del claustro, que ajenos a todas las agitaciones del siglo, iluminadas las frentes por la luz de la contemplación, muertos a las pasiones que turban y a los deseos que derraman, se dirigen hacia su Padre y Maestro, para aprender de él el camino y la vida.

Y la figura del Maestro aparece allí en todas las actitudes, en todas las circunstancias de su vida, siempre grave, pero

con una gravedad serena que a veces parece entrañable suavidad de padre.

El arte moderno puede ostentar pocas obras tan monumentales como esta de la santa montaña de Casino. Los tres claustros, la iglesia y la cripta son las maravillas del monasterio de San Benito, pero el curioso peregrino no dejará de visitar la Biblioteca, donde se guardan preciosos incunables, la pinacoteca, enriquecida con cuadros famosos, que se atribuyen a Rafael, a Montagna, a Guido Reni, a Caravaggio, al Perugino...; el archivo, que encierra todavía ochocientos códices; el Seminario, donde se forman los clérigos de la vasta diócesis casinense, cuyo Ordinario es el Abad, y sobre todo la Torretta, milagrosamente respetada por los hombres y los siglos, y hoy renovada y embellecida por las decoraciones de los monjes de Beurón. La Torretta es la habitación que tuvo San Benito mientras vivió en la montaña; en ella escribió los últimos capítulos de su Regla; desde ella vió subir al cielo el alma de su hermana, y asomando a una de sus estrechas saeteras contempló el mundo condensado en una esfera de luz. Aquel resto de la antigua fortaleza romana fué el campo de sus penitencias y de sus heroísmos. Desde allí protege todavía el Patriarca a sus monjes de la montaña y a todos los hijos suyos que rezan y trabajan derramados por las cinco partes del mundo" (1).

Casino había sido hasta entonces la ciudadela de Satán, Benito la convirtió en un centro religioso de poderosa irradiación, en una fortaleza del cristianismo, desde donde se lanzarían muy pronto los atletas de Cristo a la conquista de Italia y de Europa entera.

(1) P. Justo Pérez: Semblanzas benedictinas, t. III: Las grandes Abadías, p. 19. Madrid, 1928.

CAPITULO XI

La Ciudad de Dios

Era Benito un hombre de ideas e iniciativas. Llamado por Dios a restaurar el monacato y darle una forma estable, supo responder debidamente a esa misión y elaborar en su mente un plan adecuado a la consecución de ese fin. Fué su mérito y su grandeza. Monje por profesión, conocía muy bien los flacos de que adolecía el monacato de su tiempo, y al llegar a Monte Casino fugitivo de Subiaco, creyó que Dios le deparaba la ocasión de poner por obra los planes que había madurado en la soledad y que allí no había podido realizar más que a medias. La situación del monte allá en las alturas, como queriendo tocar el cielo con su cima, se prestaba a algo grandioso, y él también quería hacer algo grande por Dios. Un gran sueño alentaba en su espíritu y era el de instituir una forma de vida religiosa, que unificase y concentrase todas las energías del individuo para ponerlas al servicio del Creador, de suerte que fuese en ella adorado en espíritu y verdad. La experiencia le había demostrado que la vida monástica, tal cual se llevaba entonces, carecía de organización, de unidad, de autoridad centralizadora, y por ende de cohesión y fuerza. Revestía formas un poco aéreas y vagas. Na-

cida en Oriente, sufría un poco del temperamento de sus habitantes, poco prácticos, poco hechos para legislar. Se vivía un poco en la anarquía. Había que evitar esto, había que formar un solo cuerpo y una sola alma, había que hacer del monacato la vanguardia de la Iglesia.

El espíritu de Benito pasa entonces en revista las diversas formas de la vida monástica, tal cual se practicaba en su tiempo. En el primer capítulo de la Regla nos ha dejado el proceso de su pensamiento. *"Existen,* nos dice, *cuatro clases de monjes: los cenobitas, los anacoretas, los sarabaitas y los giróvagos".* El no quiere saber nada si no es con los primeros. Los anacoretas pertenecen a la raza de los héroes, es cierto, pero no todos han nacido para el heroísmo; después viven sujetos a la ilusión y a las influencias diabólicas, sin que tengan una mano amiga que les sostenga; los sarabaitas no tienen de monjes más que el nombre, pues se han hecho tales para seguir mejor sus gustos y caprichos, a los que tienen por guía en vez de la obediencia que no conocen. Son dignos de lástima. Los giróvagos, en fin, son raza detestable, mucho peor todavía que los sarabaitas. Sobre ellos más vale callar, porque no habría nada bueno que decir. Quedan, pues, los cenobitas, es decir, aquellos que viven en común, sujetos a una regla y a un abad. Es con esta raza fuerte de los cenobitas, *fortissimum genus,* con la que él quiere entender, pero mejorándola todavía más y perfeccionándola para darle toda su eficiencia. Para eso creó el monasterio, la abadía tipo, que en la forma en que él la instituyó, es original y una creación grandiosa.

El monasterio, según él, debía ser algo autónomo y completo, una entidad que se bastase a sí misma, en todos los órdenes de la vida; en otras palabras debía ser una ciudad en pequeño, que tuviese dentro de sus muros todo lo necesario

para su subsistencia. De ello hace un precepto formal en su Regla. *"A ser posible, el monasterio benedictino, nos dice, debe construirse de tal forma que se encuentren en él todas las cosas necesarias para la vida, agua, molino, huerta, etc., y que haya lugar para que se puedan ejercer todas las diversas artes, a fin de que los monjes no tengan necesidad de salir fuera"*. La Orden benedictina ha aspirado siempre hacia este ideal de su Fundador, y de hecho le ha realizado en el decurso de los siglos, y continúa realizándole siempre que es posible, ya que son todavía muchos los monasterios que cuentan con más de un centenar de individuos. Hay en ellos zapatería, sastrería, carpintería, herrería, panadería y además se ejercen con frecuencia verdaderas e importantes industrias, así como las bellas artes y la mecánica. Es una ciudad que vive de su trabajo, que aspira a bastarse a sí misma, pero donde sobre todo se sirve y se alaba a Dios. Es la *ciudad*, la *casa de Dios* como él la llama, (1) en la que mora como un rey en su palacio. Tal es la idea primordial que Benito se ha formado de lo que debe ser un monasterio de su Orden.

El que iba a levantar en Casino había de ajustarse lo más posible a ese ideal, iba a ser el arquetipo... El mismo fué el arquitecto, como lo será más tarde para el monasterio de Terracina. Tenía el talento constructivo de los de su país.

Un día vinieron a pedirle hiciera una fundación en dicha localidad de Terracina. El santo envió a varios de sus discípulos, con un prior y un abad diciéndoles: *"Id y tal día yo iré y os designaré el emplazamiento de la Iglesia, del refectorio, de la hospedería y de los otros lugares del monasterio"*. Los monjes prepararon lo necesario para la visita

(1) Capítulos XXI, LIII y LXIV.

Interior de la Iglesia de Montecasino

Vista general de Montecasino

prometida, en espera del día señalado. La víspera, el santo se aparece durante el sueño al abad y al prior y les indica minuciosamente todo lo que tenían que hacer. Comunícanse mutuamente la visión, pero no satisfechos con ella, pónense a esperarle todo el día siguente, deseando gozar de su presencia corporal. Burlados en sus esperanzas vuelven a Casino tristes, y con la queja en los labios: *"Hemos estado esperando, oh Padre, tu visita como nos habías prometido"*. Y El: *"¿Y por qué hermanos hablar así? ¿Acaso no he ido como os lo había prometido?"* — *"¿Cuándo?"*, replicaron ellos. — *Acaso no me he aparecido a cada uno de vosotros durante el sueño, dándoos todas las indicaciones necesarias para la construcción de vuestro monasterio? Idos pues en paz y conformaos a las instrucciones recibidas"*. Convencidos en fin y llenos de admiración, los dos viajeros vuelven a Terracina para seguir esta vez con entusiasmo el plan que les había trazado. (1).

Por lo que se refiere al de Montecasino, sus mismos discípulos le ayudan en la obra. Dirigidos por él, cavan los fundamentos, aportan los materiales y levantan el edificio. No tiene necesidad de llamar a peones ni albañiles de fuera. Allí está Mauro, allí Plácido y otros hijos de ilustres familias, que se improvisan excelentes constructores, y con sus delicadas e inacostumbradas manos, mezclan la arena y la cal, arrastran las piedras y labran las maderas al lado de los buenos godos, que sonríen tal vez un poco maliciosamente ante sus esfuerzos. La obra adelanta, los muros se acrecientan, pero Satán que sigue con ira e inquietud sus progresos, se decide a intervenir y disputar palmo a palmo lo que hasta hace poco era su dominio. Muy pronto estalla entre él y el apóstol de Jesucristo una terrible lucha que nos recuerda la

(1) Diálogos, cap. 22.

vida del Cura de Ars. Aparecíasele con frecuencia en una forma terrorífica, vomitando llamas de sus ojos y de su gola, que parecía un abismo, y queriendo como arrojarse sobre él. Otras veces eran aullidos lúgubres, clamores horribles que ponían espanto en el ánimo de sus discípulos. Pero viendo que el hombre de Dios permanecía sereno e imperturbable, armado siempre de la señal de la cruz, que es la mejor arma del cristiano, lanzaba gritos de desesperación, se quejaba de sufrir terribles tormentos, e increpaba con furor a Benito: *"Benito, Benito"*. Y como éste guardase silencio, añadía: *"Maldito y no Benito, ¿por qué me persigues? ¿Qué tienes conmigo?"* Recuerda ésto, la escena parecida ocurrida a N. S. Jesucristo, con los demonios que arrojaba de los cuerpos. *"¡Qué tienes con nosotros, oh Hijo del Altísimo"*, le decían resistiéndose a salir.

San Gregorio nos cuenta otros hechos. Los monjes trabajaban en la construcción del monasterio. Allí al lado, una piedra ya labrada y no muy grande esperaba su turno para ser colocada en su lugar. Dos o tres monjes bastan para ello. Se ponen a la obra, pero se convencen de que es más pesada de lo que parecía; llaman a otros compañeros, y la piedra continúa completamente inmóvil, como si hubiera echado profundas raíces, según expresión de San Gregorio. Aumenta la sorpresa, y sospechando alguna intervención diabólica, consultan a Benito, quien con una breve oración hizo ahuyentar inmediatamente al enemigo, y la piedra fué levantada sin ninguna dificultad como si no tuviera peso. En la Basílica de San Miniato de Florencia, se conserva un fresco atribuído a Luca Spinelli, en que se representa con mucha gracia esta escena. Un diablo peludo con alas de murciélago, se asienta sobre una piedra que cuatro monjes intentan levantar por medio de palancas. Detrás aparece el

santo rodeado de varios discípulos, y con un gesto imperativo manda salir de allí al demonio, que vuelve la cara para mirarle en actitud mezcla de odio y temor.

A algunos de los monjes que habían presenciado el hecho se les ocurrió cavar en el mismo lugar en que estaba la piedra, a fin de poner los cimientos de un muro. Encontraron un ídolo de bronce, y sin preocuparse de más, le arrojaron asqueados al fuego de la cocina. De pronto, las llamas se levantan y amenazan destruirlo todo en un instante. El convento se alborota, todos corren a apagar el fuego, todos gritan con desesperación. Benito, al oir semejante barullo, sale de su habitación y no viendo fuego por ninguna parte, inclinó la cabeza, hizo un rato de oración y advirtió a sus discípulos que hiciesen la señal de la cruz sobre sus ojos. No había tal fuego, era una ilusión diabólica. El enemigo común juró venganza. Trabajaban un día los religiosos en la construcción de un muro que había alcanzado ya bastante altura. El hombre de Dios, como de ordinario, se hallaba recogido en su celda, y oraba. Sin saber cómo, el diablo surge de buenas a primeras, se le enfrenta y con tono provocativo le anuncia que va a hacer una visita a sus discípulos. El santo les avisa inmediatamente y les manda vigilar, pero tan pronto como el enviado ha terminado de decir estas palabras, cuando el muro se derrumba y arrastra con sus escombros a un joven novicio, por nombre Severo, hijo de un magistrado romano. Tamaña catástrofe causó hondo pesar como puede suponerse, en los compañeros de trabajo, quienes en seguida corrieron a anunciar la noticia al santo. Hallábase éste arrodillado en una estera, y al punto mandó le trajeran el cadáver. Los discípulos encontraron el cuerpo todo deshecho, con los huesos dislocados, y ya sin forma humana. Metieron los restos en un saco y los llevaron al

varón de Dios. A una señal suya salieron todos de la habitación. Cerró la puerta, y dirigiéndose a Dios, le pidió con instancia devolviera la vida a quien la había perdido por pura malicia del enemigo común, y en el ejercicio santo de la obediencia. Dios se dignó escucharle, y Benito, como si no hubiera pasado nada, envió en el acto a Severo a trabajar con sus compañeros y ayudarles a levantar de nuevo el muro, y así lo hizo.

Estos hechos prodigiosos, que ciertamente no fueron los únicos realizados por el Santo, bastan para justificar la devoción de muchos cristianos que invocan al santo Patriarca contra toda clase de maleficios y calamidades, en que podría intervenir el demonio. De ahí ha nacido también la devoción a la medalla llamada de San Benito. Su eficacia ha sido comprobada en múltiples circunstancias para la curación de enfermedades, pestes, etc., ya sea en los hombres, ya en los animales. Se la usa suspendida del cuello, y también se acostumbra dar a beber a los enfermos el agua en que se ha sumergido previamente la medalla.

Tal vez haya alguien entre nuestros espíritus modernos que se extrañen de tales intervenciones diabólicas, y que se resista a darles fácil entrada en su mente. Pero no se puede dudar que en aquellos tiempos, el demonio tenía mucha mayor influencia y dominio en el mundo físico y en el de las almas, y que sus manifestaciones eran más frecuentes. Si aún en pleno siglo XIX, han ocurrido escenas tan emocionantes como son las que se cuentan en la vida del Venerable Cura de Ars, ¿qué extraño ocurriese lo mismo en los primeros siglos de la Iglesia, en que el demonio luchaba por conservar su dominio, e hiciese guerra y procurase molestar todo lo posible al que iba a ser fundador de los monjes de Occidente, y una de esas grandes figuras que hacen época en la historia de los anales cristianos?

La casa de Dios, la ciudad santa, fué llevada a feliz término sin que lograran impedirlo los esfuerzos de Satanás. No hemos de creer que fuese de un lujo y de una riqueza extraordinarios, como ciertas abadías posteriores, pero sí que había de contener la norma y la pauta a que se habían de ajustar en lo sucesivo las abadías benedictinas. Era ciertamente la abadía-tipo, concebida y realizada a tenor de lo que el Santo Patriarca nos dice en su Regla. Era un cuadrado dentro de la espesa muralla de la acrópolis, con la torre y su única puerta al este, llamada hoy día *Porta Vetus*. Por el lado oriental de la torre corría el dormitorio común, encima del cual había una terraza, desde la que era fácil vigilar la entrada y salida de los huéspedes. Allí solía pasar el Santo las horas de trabajo, ocupado en la lectura de algún libro. En esta actitud nos lo muestra San Gregorio cuando vino a pedirle ayuda el pobre paisano, maltratado por el godo Zalla, como veremos en su lugar. Después del dormitorio venían todos los demás edificios regulares: las celdas para los huéspedes, peregrinos y pobres, el refectorio, la cocina, el jardín, la bodega, el molino, la ropería, en que se conservaban los vestidos de los monjes, los talleres de los que ejercían artes y oficios, la biblioteca, en fin, en que los monjes encontraban libros de lectura y estudio. De esta abadía, madre de toda la Orden benedictina, no nos ha quedado nada. Todo pereció en la devastación de los Lombardos, poco tiempo después de la muerte del Patriarca, como él mismo había anunciado.

¿Cuáles son los monjes que tuvieron la dicha de convivir con el Santo y de ser testigos de sus virtudes? Algunos de sus nombres han llegado hasta nosotros, revestidos de la aureola de la santidad, como su guía y maestro. Ya conocen nuestros lectores a Plácido y Mauro. El abad Constantino, sucesor de Benito en el gobierno de la abadía, murió en olor

de santidad, y fué enterrado a los pies del santo Patriarca, donde fué encontrado por el abad Didier en el siglo XI. Cuenta como uno de los cuatro discípulos que informaron a San Gregorio para escribir la vida de San Benito, y el mismo Pontífice le llama *vir valde reverendissimus*, muy venerable por sus virtudes.

Sucedióle en el cargo Simplicio, igualmente con fama de gran virtud, que se distinguió sobre todo por su celo en propagar la Regla.

Los dos abades siguientes, Vital y Bainto, también fueron discípulos del santo, y en su tiempo ocurrió la destrucción del monasterio por el Lombardo Zotón. Al lado de éstos hay que mencionar sus condiscípulos Valentiniano y Gregorio, primeros abades que fueron del monasterio de Letrán, en el que se refugiaron los monjes de Montecasino, dispersados por los Lombardos. Tampoco se han de omitir Paulino y Agustín, a quienes llegó a darse culto, y Constantiniano y Antonio, compañeros de San Mauro en su viaje a Francia, así como Simplicio y Fausto.

Ya citamos anteriormente a Severo el joven novicio que fué devuelto a la vida por su venerable maestro. Inútil decir que agradecido a su bienhechor procuró seguirle más de cerca en la imitación de sus virtudes, y amarle más que los demás. Finalmente, aparece Marcos el poeta, que nos ha dejado una composición sobre su maestro, breve pero llena de sentimientos profundos de amor y admiración. Plácenos recoger aquí las últimas palabras con que termina el poema. Después de haber hecho notar la solicitud con que Benito se puso a cultivar la montaña de Casino dice: "*De la misma manera tú haces fértiles aún las obras estériles de los hombres, regando sus áridos corazones con las aguas de salvación. Por lo*

cual yo te conjuro que cambies en frutos las tristes espinas que desgarran el corazón endurecido de tu Marcos." (1).

Podemos ahora preguntarnos qué género de vida llevaban estos monjes de San Benito. La Santa Regla nos da una respuesta exacta, ya que fué vivida antes de ser escrita. Toda la jornada transcurría entre la oración y el trabajo, admirablemente combinados y alternados para que no se fatigase ni el cuerpo ni el espíritu, antes al contrario, ambos quedasen beneficiados con la sabia organización del horario. Y aquí podríamos hacer una descripción pintoresca de la vida del monje y colocar a éste, ya en las faenas del campo en medio de los encantos de la naturaleza cuando el sol asomaba por el horizonte, llenándolo todo de luz y de poesía, ya en el *Scriptorium* del monasterio, transcribiendo las obras clásicas de la antigüedad, ya en la frecuente comunicación con Dios en el Oratorio, por medio de la oración litúrgica, el Opus Dei, esa obra grande que Benito acababa de organizar para llevar a Dios de un modo continuo pero suave el espíritu y el corazón de sus discípulos. Podríamos, digo, hacer de todo esto un relato pintoresco, pero preferimos aunque más árido, el dar a nuestros lectores el horario exacto de la vida monástica en Montecasino, en tiempos del santo Patriarca, tal cual le trae el Padre Butler en su estudio sobre el monacato benedictino.

"*La hora de levantarse era casi siempre a las dos de la mañana poco más o menos, pero durante dos o tres breves períodos del año, era un cuarto de hora más pronto o más tarde, de suerte que para fijar una hora media, sería sin duda ninguna a las dos de la mañana. Como vimos, los monjes habían tenido un período largo de sueño. Iban al Oratorio para las*

(1) "Sic hominum steriles in fructum dirigis actus,
sicca salutari flumine corda rigans,
sic rogo nunc spinas in frugem verte malignas
quae macerant Marci pectora bruta tui.

Vigilias, que probablemente duraban alrededor de una hora en verano y hora y media en invierno, seguidas (en invierno después de un intervalo de más de una hora de meditación) de los Laudes, que se cantaban en la aurora. Eran los dos oficios canoniales más importantes, de suerte que el día comenzaba alabando a Dios y tributándole el "deber de nuestro servicio, nostrae servitutis officia" (Cap. XVI). Entonces comenzaban los otros trabajos y ocupaciones del día, interrumpidos cuatro veces por la celebración de las cuatro horas diurnas del oficio canonial. Los otros trabajos eran la lectura y el trabajo manual de los campos, el jardín, los talleres y también en la casa: la cocina, el horno y el molino, siendo mencionados por su nombre. La comida en verano era a mediodía y a las dos y media o cerca en invierno. Consistía en dos platos cocidos de legumbres y probablemente de huevos, quizás de pescado con ensalada, pan y vino, pero no carne. Venían el trabajo y la lectura hasta Vísperas, seguidas en verano de la cena. A la caída del sol, los monjes se reunían para la lectura de las Conferencias y terminadas Completas, se retiraban para dormir antes de que hubiese entrado la noche. Dormían en dormitorios comunes, sin celdas ni tabiques, estos últimos no se usaron hasta el fin de la Edad Media. La vida entera era vida en común al descubierto, sin ningún género de aislamiento".

"Si combinamos los diversos horarios, a fin de llegar a una jornada media o típica, tal cual San Benito la había ordenado, tenemos el cuadro siguiente, como noción aproximativa de la distribución del tiempo para una jornada benedictina normal en verano:

Opus Dei	*3 h. 1/2*
Studium orationis	*1/2 h.*
Lectura	*4 h.*
Trabajo	*6 h. 1/2*
Sueño	*8 h. 1/2*
Comida	*1 h.*
	24 horas

"Esto para una jornada de verano. En invierno no había más que una comida, un poco menos de trabajo y de lectura, el oficio era más largo, el sueño también y existía el período de meditación después del oficio de noche." (1).

Tales fueron los monjes y tal el género de vida que se llevaba en el primer monasterio benedictino, que había de llegar a ser el más poderoso y el más célebre de todo el mundo cristiano. De estos monjes que vivieron en tiempos de feroces pasiones, en medio de una guerra horrorosa que hacía correr la sangre a ríos, desciende todavía sobre nosotros su espíritu de paz, de fe, de tranquilidad y de constante trabajo, que en la Edad Media fué perenne fuente de arte, de poesía y de civilización.

Alcázar llamaron los antiguos a esta montaña que consagraron a las divinidades del infierno. No se equivocaron en la apelación. Tal vez presagiaban los tiempos futuros, en que había de ser el alcázar de las almas, la ciudadela santa, la nueva Jerusalén en que la convirtió Benito.

Rocca di vita e questa que fu rocco di morte,
dalla cuale si batte la porta del cielo stellato
mentre angelicamente canta la turba pía.

(1) Le monachisme benedictin, p. 299.

CAPITULO XII

El Legislador

Cuando San Benito vino al mundo, lo mismo que cuando se retiró al desierto a practicar la vida monástica, ésta se regía por las leyes y normas importadas del lejano Oriente, en el que estaba muy floreciente y en el que había tenido su origen.

Es en Egipto donde comenzó el anacoretismo, o vida eremítica, con San Pablo de Tebas y sobre todo con San Antonio, que se retiró en 285 al desierto de Pispir, viviendo allí largos años alimentado con sólo pan y agua y perseguido de terribles tentaciones. La merecida fama de sus virtudes, atrajo en derredor suyo numerosos discípulos, a los que distribuyó en celdas separadas, reuniéndoles de vez en cuando para dirigirles exhortaciones, de las que San Atanasio nos ha dejado un resumen, (1) pero, ansioso de soledad y contrariado por los muchos visitantes, se retiró a la Tebaida en el alto Egipto, donde murió a la edad de 105 años.

San Pacomio fué el creador de la vida cenobítica, quien levantó su primer monasterio en el 320 en Tabennesi, lugar de la Tebaida, al mismo tiempo que su hermana organizaba conventos para mujeres, que ella misma dirigió. A diferencia

(1) Véase su Vita Antonii.

de los anacoretas que vivían en sus celdas sin regla común y sin superior, los monjes de Pacomio estaban sujetos al mismo método de vida, y obedecían al mismo jefe. Sus ayunos y penitencias no eran dejados al arbitrio de cada uno, sino determinados por la Regla. Esta Regla estaba llena de sabiduría y discreción, lo cual hizo que el cenobitismo pacomiano se desarrollara rápidamente. Muy pronto se levantaron otros monasterios y formaron con la casa madre el equivalente de lo que se llamará más tarde una Orden religiosa. (1).

No nos detendremos a hablar de San Hilarión, discípulo de San Antonio, que inauguró hacia el 306 la vida eremítica en Palestina, en donde aparecen las Lauras, es decir, colonias de eremitas en forma de pueblos, ni de los santos moradores que poblaron el Monte Sinaí y otras localidades bíblicas, como San Nilo, escritor ascético fecundo, Rufino de Aquilea, el amigo y después adversario de San Jerónimo; Paula y Eustochium, dos hijas espirituales del último, y, en fin, toda una muchedumbre de anacoretas que vivían alrededor de Jerusalén y de los que nos habla la simpática peregrina gallega Eteria en su *Peregrinatio.*

Pasamos por alto igualmente el monacato en la Siria del Norte y en Mesopotamia, cuyos nombres más representativos son Teodoreto de Ciro, Santiago de Nisibe, San Juan Crisóstomo, y sobre todo San Simeón el Estilita, que se hizo atar con una cadena de hierro a una roca, hasta el punto de motivar la intervención de las autoridades eclesiásticas.

El más perfecto organizador de la vida monástica en Oriente fué San Basilio. Antes de entregarse al ascetismo recorrió el Egipto, Siria y Mesopotamia. Observó el género de vida de los monjes, admiró "su abstinencia en el alimento, su valor en el trabajo, su constancia en la oración nocturna,

(1) Véase Vita S. Pacomii, Hist. Lausiaca.

esa indomable disposición del alma que les hacía despreciar el hambre, la sed, el frío, como si fuesen extraños a su cuerpo, viajeros de esta tierra y ya ciudadanos del cielo." (1) De vuelta al Asia Menor, se retiró a la soledad del Ponto, cerca de Neocesarea, y allí vivió en el ascetismo hasta su elevación al Episcopado en 370.

Durante los años de retiro redactó la primera colección de sus Reglas, "Regulae fusius tractatae", bajo la forma de preguntas y respuestas, reunidas sin orden metódico. En ellas acepta como propio el cenobitismo pacomiano, pero acentuándole todavía más.

Esta Regla de San Basilio no tardó en imponerse en los monasterios de Oriente y aun hoy día es la que siguen los conventos greco-eslavos. (2).

Esta exuberancia del ascetismo oriental desbordó en el Occidente, hasta el punto de imponerle sus reglas. Tres sobre todo se disputaban la hegemonía en tiempo de San Benito: la de San Pacomio, la de San Basilio y la de Casiano, que recoge y resume las costumbres monásticas de Siria y de Egipto. El abad de Casino, después de haberlas experimentado y vivido más o menos directamente, no aceptó ninguna de las tres, y se decidió a componer una nueva. No es que reniegue de ellas, es que las encuentra deficientes e ineptas para el Occidente. Es un innovador, va romper la tradición, pero quiere corregir los abusos que se habían introducido en el monacato y devolverle su prestigio, dándole una legislación sabia, completa y en armonía con las necesidades y postulados de tiempo y lugar. Sin darse cuenta, va a llegar a ser el legislador de Occidente, porque su regla terminará por desplazar a las demás e imponerse como única

(1) S. Basilius: Epist. CCXXIII.
(2) Para mayor esclarecimiento del monacato, pueden verse las fuentes principales en que se halla expuesta su historia, en "Pourrat": "La Spiritualité chretienne", t. I, p. 117.

norma en los monasterios. *"La vida monástica, escribe Dudden, importada del Oriente a la Galia, no estaba todavía adaptada a las condiciones de la vida occidental, no se había aún aclimatado, ni había aprendido a acomodarse a su nuevo ambiente. Las austeridades del monacato oriental, aunque suavizadas en ciertos casos, eran imitadas en la medida en que las circunstancias lo permitían y el ascetismo de los santos de la Tebaida, es decir antonianos, era el objetivo de los esfuerzos de los devotos occidentales. Las mismas dificultades se hicieron sentir en Italia, y en el curso del siglo V un relajamiento considerable se introdujo en diversos lugares en el sistema monástico. Es evidente que las descripciones que hace San Benito de los Sarabaitas y giróvagos, no son simples reproducciones de hechos antiguos, según lo que San Jerónimo y Casiano han podido decir antes que él. Tenemos, además, el ejemplo del monasterio que él fué llamado a reformar, antes de fundar él otro. La pintura de la vida monástica en Italia en el siglo VI, tal cual nos la ofrecen las cartas de San Gregorio, da la impresión de una gran desorganización y de numerosos abusos, pero cartas de este género, escritas con un fin de corrección, pueden presentar los abusos con exageración. Esa decadencia puede atribuirse en gran parte, al hecho de que los monjes de Italia y Galia se esforzaban por imitar una vida ya bastante dura para los orientales, pero que lo era doblemente para la Europa occidental. Procuraban ellos elevarse hacia un ideal que las condiciones climatéricas y muchas otras circunstancias hacían imposible en su país, o, en todo caso, extremamente difícil. La marcha descendente se hacía inevitablemente más acelerada por el desaliento y la desmoralización resultante de un sentimiento permanente de fracaso. Como lo dice M. Dudden, aunque algunos monjes y anacoretas hayan podido elevarse*

hasta el nivel del ascetismo oriental, la mayoría de los religiosos encontró el ideal demasiado alto, y desesperada de no poder alcanzarle, llegó a ser descuidada y relajada.

Tal era la condición dominante de la vida monástica en la Europa occidental al principio del siglo VI, y tales eran los peligros que la amenazaban cuando San Benito fundó su instituto y escribió su regla. (1).

Con ella quiso conjurar dichos peligros y salir al paso a los abusos de que tenía muy buena experiencia en su vida pasada como anacoreta, como cenobita y como superior. Comprendió que hacía falta un cuerpo de leyes preciso, claro y orgánico, que fijase los deberes del monje y los del abad, sobre fundamentos inmutables, que regulase toda la actividad claustral, como una serie detallada de disposiciones morales, económicas, litúrgicas y penitenciales. He ahí por qué escribió la Regla. De ella salió la vida monástica bien organizada, y así como antes era impotente para dar a la sociedad los servicios que la Iglesia y las almas le demandaban, por el desorden y los males de que adolecía, ahora por medio de San Benito, había vuelto a recobrar una gran virtud de acción, de suerte que el instituto monástico alcanzó en Occidente su forma definitiva y universal.

Alguien ha pretendido encontrar falta de originalidad en la Regla benedictina, pero nada tan inexacto. Desde luego que San Benito no ha inventado nada, los elementos de su obra estaban ya en los grandes legisladores anteriores, especialmente en San Pacomio, San Basilio y Casiano; la materia prima por decirlo así, la habían echado ya ellos, ya existía y formaba el substratum de la vida monástica de todos los países. Este fondo común, estos elementos no podía desecharlos Benito, con pretexto de hacer obra original, porque for-

(1) Butler: Le monachisme benedictin, p. 22.

man los postulados esenciales, los grandes principios de la vida religiosa, en todo tiempo y en todo lugar, algo así como los fundamentos de un edificio. El mismo nos declara su pensamiento sobre el particular. En el último capítulo de su Regla, nos envía expresamente a la tradición del monacato primitivo, y con una humildad digna de su grande alma, se excusa de no dar más que una iniciación de la vida claustral, en la que sobresalieron los Padres antiguos y a los cuales remite a sus discípulos para que completen su formación religiosa, ayudados de sus ejemplos y escritos. "*Hemos trazado esta Regla,* dice, *para que observándola en los monasterios, demos a entender que tenemos alguna regularidad en nuestras costumbres y los principios de una vida religiosa. Mas para los que velozmente caminan a la perfección, están las doctrinas de los Santos Padres, cuya práctica lleva al hombre a la cumbre de una virtud consumada. Porque ¿qué página, o qué sentencias hay en el Antiguo y Nuevo Testamento, que no sean una perfectísima norma de vida humana? o ¿qué libro de los Santos Padres y Doctores Católicos, que no nos esté mostrando el camino derecho que conduce a nuestro Creador? Y las Conferencias de los antiguos solitarios, sus institutos, su modo de vida, la Regla de N. P. San Basilio, ¿qué otra cosa son, sino ejemplos de monjes ajustados y obedientes, y medios seguros para adquirir las virtudes de nuestro estado? Bien que para nosotros tibios, relajados y negligentes nos sirven de confusión. Tú, pues, cualquiera que seas, que te das prisa por llegar a la patria celestial, pon por obra con la gracia de Jesucristo esta Regla que hemos escrito, como un corto principio de la vida monástica, que en fin, con su práctica llegarás, como ya dijimos, con el favor divino a la cumbre de la sabiduría y de la virtud*". (1).

(1) Santa Regla, Cap. LXXIII.

Nos indica aquí el Santo, las fuentes en que se ha inspirado para componer su Regla. Es en primer lugar la Biblia, que es la autoridad primera e indiscutible. Vienen después los escritos de los SS. PP. y Doctores de la Iglesia; la Ciudad de Dios, los Comentarios de los Salmos y los Sermones de San Agustín; los escritos de San Cipriano, las Cartas y Comentarios de San Jerónimo, y las Homilías de San León. Son también las Conferencias de los PP. del Desierto, así como sus vidas, espejo de santidad incomparable de ascetismo. Es el abad Casiano, cuya lectura recomienda a sus discípulos y sobre todo las dos reglas de San Basilio, al que llama nuestro Padre, para indicarnos el respeto grande que tenía para con él y su obra. (1).

Tales son las fuentes en que se inspiró el Legislador de Occidente. Su obra consistió en asimilarse los elementos en ella esparcidos, retener lo que en ellas había de asimilable y fusionarlos definitivamente en una Regla que se adaptase a todas las razas y tiempos; fué una obra de síntesis que lleva el sello de su genio, y que supone una clara visión del conjunto, para organizarlo y harmonizarlo todo debidamente. Si esto no es hacer obra original habría que decir que hay muy pocas obras originales en el mundo.

Pero es que no se contentó con fundir y organizar los elementos preexistentes, sino que introdujo otros nuevos y nuevas combinaciones. Para tener una idea de las diferencias que separan a la Regla de San Benito de las anteriores, basta recorrer rápidamente una y otras. La mayor parte de éstas son simples listas de estatutos, o un conjunto de costumbres que encontraban su complemento en la tradición oral, de donde provenía su carácter flotante e impreciso. La Regla de San

(1) Puede verse más en detalle, la cuestión de las fuentes de la Santa Regla en D. Butler: Le monachisme benedictin, p. 175, y sobre todo en su edición crítica de la misma, de la que se deduce la extensión considerable de sus conocimientos literarios.

Pacomio no contiene más que preceptos negativos, otras son meras colecciones de máximas espirituales y ninguna de ellas puede llamarse con rigor una regla de vida, un código un conjunto de leyes ordenado y práctico que reglamente con detalle el funcionamiento de un monasterio. Y todo esto la Regla de San Benito lo es de un modo admirable, es una verdadera legislación, más aún, un monumento de arte legislativo como le llama Dudden, notable a la vez por su perfección, su sencillez y su adaptación.

Además, *"Esta Regla, escribe D. Butler,* cuyas ideas seguimos en este párrafo, *está enteramente consagrada por decirlo así, a una exposición de principios que falta casi por completo en las otras. En vano buscaríamos en ellas algo que asemeje a los grandes capítulos de San Benito sobre el abad, en que expone sus ideas sobre la manera y el método de gobernar, capítulos que han causado la admiración de algunos de los mayores legisladores. Recientemente recibía yo de parte de un hombre de negocios que ocupa una posición eminente en la vida pública una carta que decía: He encontrado para los negocios de la vida, más ayuda en la Regla, Constituciones y vidas de los hijos de San Benito que en ninguna otra parte. No podemos imaginar que se pueda decir otro tanto de ninguna de las Reglas antiguas monásticas."*

Esta diferencia se echará de ver más claramente en el capítulo siguiente, en que haremos un resumen del contenido de la Regla. Escribióla nuestro Santo en Montecasino, según la opinión más probable, y en una edad avanzada, en el declinar de su vida, cuando había alcanzado la madurez de su sabiduría y de la experiencia en el gobierno. Su lenguaje es rudo, lleno de incorrecciones gramaticales; es el lenguaje que usaba vulgarmente el pueblo en una época en que el latín comenzaba a corromperse para dar lugar a la forma-

ción de las lenguas romances, el italiano, el castellano y el francés. No es que ignorase el latín clásico de los buenos tiempos de Roma, sino que hombre práctico ante todo, más que obra literaria pretendía hacerla asequible y adaptada a las condiciones del tiempo en que vivía. Tal vez entraba también un poquito de desdén hacia la literatura profana, como reacción contra la vana retórica de su tiempo, de que tan mal recuerdo conservaba desde los años pasados en las aulas de Roma. De todos modos, ese lenguaje y ese estilo tan propios nos retratan su alma fuerte y su carácter, enemigo de palabras vanas. Es un documento personal de gran valor.

Diremos para terminar este capítulo, que de ella se han hecho numerosos comentarios, de los que vamos a dar una idea.

Abre la serie Paulo Diácono, un monje de Montecasino en el siglo VIII. Intituló su obra: *Expositio Pauli Diaconi super regulam S. B. Abbatis.* Fué publicada por D. Tosti en 1880 en Montecasino. Es interesante para conocer la vida de su monasterio.

A principios del siglo IX, Smaragdo escribió: *Expositio Regulae B. Benedicti abbatis.*

En la Edad Media, hay que mencionar a Bernardo abad de Montecasino, del siglo XIII; a Pedro Bohier, obispo de Civita Veccia, del siglo XIV; Torquemada, Cardenal del siglo XV; Tritemio del XVI; Pérez, general de la Congregación de Valladolid, siglo XVII; Baker de la misma época. Todos ellos comentan la Regla desde el punto de vista de la piedad. De un carácter netamente científico son ya los del siglo XVII en adelante. D. Menard, Haeften, prior de Affligen que escribió un comentario en forma de tratados, notables por su gran erudición. D. Mége, cuyo comentario es una

respuesta al libro de Rancé: "Devoirs de la Vie Monastique", en que sostenía la obligación de observar la Regla en sentido literal; Rancé, que es una contra réplica al anterior; Martène, Calmet, uno de los mejores; y finalmente el más moderno de todos: D. Delatte: "Comantaire sur la Règle de Saint Benoit".

CAPITULO XIII

El Legislador

(*Continuación*)

Hemos de completar lo dicho en el capítulo anterior analizando el contenido y las ideas del Santo Patriarca en su Regla, para conocer mejor así el alcance de su reforma. Compónese la Regla de un Prólogo y setenta y tres capítulos, que se pueden clasificar con Guizot de la siguiente forma: *Nueve* capítulos sobre los deberes morales y generales de los hermanos; *trece* sobre los deberes religiosos y los oficios; *veintinueve* sobre la disciplina, las faltas, las penas, etc.; *diez* sobre el gobierno y la administración interior; *doce* sobre diversas materias como los huéspedes, los hermanos en viaje, etc. Es decir: 1º Nueve capítulos de código moral; 2º Trece de código religioso; 3º Veintinueve de código penal, o de disciplina; 4º Diez de código político; 5º Doce sobre diversas materias. Un rápido recorrido de cada uno de estos puntos nos dará a conocer el alcance de la reforma que llevó a cabo su autor.

1. *Código moral.* Entre los deberes morales y generales de los monjes, la Regla señala tres principales: la abnegación de sí mismo, la obediencia y el trabajo. *En primer lugar* la abnegación de sí mismo; en ella, en la abnegación de

la propia voluntad hace consistir sobre todo la mortificación, y esto era tanto más de admirar cuanto que en aquel entonces primaba el ascetismo exagerado de los orientales, que hacían consistir la santidad en una superación, en un record de penitencias físicas. Mucho antes que San Francisco de Sales, San Benito con su buen sentido nos dió el verdadero concepto de la santidad, atinó en su verdadera esencia, dando a las mortificaciones exteriores el lugar secundario y de medio que les corresponde, para dar la supremacía a la mortificación interior. En las ideas de aquellos tiempos era una revolución.

En el Prólogo nos dice que monje es aquel que renuncia a sus propios gustos. *Monachus est qui abrenuntiat propiis voluntatibus.*

En el capítulo III, nos amonesta que en el monasterio nadie debe seguir los deseos de su corazón. En el V que no se debe vivir según el capricho ni obedecer a los propios deseos e inclinaciones, sino al mandato y criterio de otro, etc.

Fruto natural de la abnegación es la *obediencia.* De ella nos habla el Santo Patriarca con insistencia, no solamente en el capítulo expresamente dedicado a esa virtud, sino en otros muchos, y no se contenta con recomendarla a sus discípulos, sino que nos da toda una teoría de doctrina que si no es nueva, sorprende por lo clara y precisa. La obediencia tiene su razón de ser y su fundamento en Dios. *"Se debe obedecer como si fuera Dios mismo quien mandara: ac si divinitus imperetur."* (Cap. V). Si se obedece a otro hombre es porque representa a Dios. *"La obediencia que se presta a los mayores se presta a Dios"* (Ibid); debemos someternos a nuestros superiores por amor de Dios (cap. 7).

De esta forma Benito facilita a sus discípulos la obediencia a otros hombres, iguales por lo demás a nosotros, fundamen-

tándola en un espíritu de fe, en un espíritu sobrenatural, ya que si ven en ellos los representantes de Dios en la tierra, no les será difícil llenar las condiciones que él mismo señala para que sea meritoria. Para ello la obediencia debe ser instantánea, por decirlo así, *Sine mora;* no debe haber retardo alguno en la ejecución (*ibid*), se debe abandonar inmediatamente lo que se tiene entre manos, aunque quede imperfecto (*ibid*), el mandato y su ejecución deben ser simultáneos (*ibid*); para que sea agradable a Dios y dulce a los hombres ha de ejecutarse sin tibieza, sin murmuración y sin réplica que indique resistencia en el que obedece. Los monjes, en fin, deben rivalizar entre sí para superarse en la obediencia (cap. 72), y el abad dará sus preferencias a quien encuentre más aventajado en dicha virtud (cap. II). El capítulo 68 nos muestra hasta qué rigor era llevada en la práctica esta ley. "*Si por casualidad, nos dice, mandaren a algún monje cosas muy difíciles o imposibles, reciba con toda mansedumbre y sumisión el precepto que se le haga. Y si viera que lo mandado excede absolutamente a sus fuerzas representará a su Prelado las causas de su imposibilidad, sin alterarse y con la circunspección posible, no con ademanes de contradicción, resistencia o altivez; pero si después de su representación insistiere el Prelado en que obedezca, tenga por cierto el monje que así le conviene, y confiando en el favor de Dios, haga lo que le mandan por caridad*".

Del *trabajo* hace Benito uno de los puntos cardinales sobre que debe girar la vida monástica. No es que fuese una cosa desconocida en las antiguas Reglas, pero sí puede decirse que nadie la organizó ni le dió tanta importancia como el legislador de Casino. Fué la gran revolución que hizo San Benito. He aquí cómo ordena el empleo del tiempo en sus monasterios:

"La ociosidad es enemiga del alma y, por consiguiente los hermanos deben a ciertos momentos ocuparse en el trabajo de manos, en otros en santas lecturas. Creemos deber ordenar esto de la siguiente forma. Desde Pascua hasta las calendas de Octubre, al salir de Prima, trabajarán casi hasta la cuarta hora en lo que sea necesario; desde la cuarta hora hasta cerca de la sexta, vacarán a la lectura. Después de la sexta hora, saliendo de la mesa descansarán en sus camas, sin ruido; o si alguno quiere leer que lea sin ruido, pero de tal forma que no moleste a nadie, y que nona sea dicha en medio de la octava hora. Que trabajen después hasta Vísperas en lo que haya que hacer. Y si la pobreza del lugar, la necesidad o la cosecha de los frutos les tiene constantemente ocupados, que no se aflijan, porque son verdaderamente monjes si viven del trabajo de sus manos, como hicieron nuestros Padres y Apóstoles, pero que todas las cosas sean hechas con medida a causa de los débiles.

"Desde las calendas de Octubre hasta el comienzo de Cuaresma que vaquen a la lectura hasta la segunda hora; que en la segunda se cante tercia, y que hasta nona todos trabajen en lo que se les mandare; que al primer toque de nona todos abandonen la obra y estén prestos para el momento en que suene el segundo toque. Después de la refección que lean o reciten salmos.

"En los días de Cuaresma, que lean desde la mañana hasta la tercera hora, y que trabajen después en lo que se les mandare hasta la décima hora. En estos días de Cuaresma todos recibirán libros de la biblioteca, que leerán por orden y enteramente. Estos libros se han de dar al principio de la Cuaresma. Escójanse uno o dos antiguos que recorran el monasterio en las horas en que los hermanos están ocupados en la lectura y que vean si no hay alguno descuidado que se entregue

al ocio y a la conversación, y que no solamente sea inútil a sí mismo, sino que perjudique también a los demás. Si se encontrare alguno de éstos, que sea reprendido una y dos veces; si no se enmienda, que sea sometido a la corrección de la Regla, de suerte que los demás tengan miedo; que el domingo todos se entreguen a la lectura, excepto los que estuvieren ocupados en otras funciones. Si alguno es negligente y perezoso hasta el punto que no quiera o no pueda meditar ni leer, que se le dé alguna ocupación, de suerte que no se quede sin hacer nada. En cuanto a los enfermos y delicados que se les imponga una obra o un empleo tales que ni estén ociosos ni sean oprimidos por la fatiga. Su debilidad debe ser tenida en consideración por el Abad'' (1).

2. *Código litúrgico.* Nada menos que 13 capítulos dedica nuestro santo a la organización del Oficio Divino. Si eso no fuera bastante para darnos a entender la importancia que le atribuye, ahí está su célebre frase que ha pasado como lema a toda la Orden, y como ideal supremo que propone a sus discípulos: *''nihil operi Dei praeponatur'', que nada se anteponga a la obra de Dios.* Le llama también ''el deber y la obligación de nuestro servicio''. *Servitutis Officium vel pensum.* Ya dijimos que en su concepto, el monasterio era un palacio, en que moraba como un rey Jesucristo. Pues bien, el servicio y el homenaje que se tributa a esa Majestad divina es el Oficio coral canónico cotidiano. Era, por consiguiente, la obra que había de tener la prioridad sobre toda otra, y de ahí que San Benito la reglamentase hasta en sus más mínimos detalles.

3. *Código disciplinar.* Una gran innovación de nuestro Santo en este particular fué la introducción del voto de estabilidad. Hasta entonces los monjes podían pasar fácilmente de un monasterio a otro, profesaban para la vida monástica,

(1) Regla: Cap. 48.

pero no para tal monasterio determinado, con lo cual ya se deja entender que se habían de producir abusos. El capricho bastaba a veces para rondar de monasterio en monasterio. Así nacieron los giróvagos, y con ellos la ruina de la vida monástica, imposible de guardar en medio de continuos viajes y sin un superior fijo. Como reacción, Benito sujetó a sus discípulos a un monasterio, el de su profesión, hace de él una familia permanente, distinto de cualquier otro monasterio de la misma Orden, y crea así entre los individuos que la componen lazos que no se romperán por lo general sin un motivo extraordinario, hasta la hora de la muerte. Este concepto de la familia monástica, que continúa rigiendo aún en nuestros días, es uno de los rasgos más característicos del monacato benedictino, y de los que más netamente le distinguen de las demás órdenes. La estabilidad en el monasterio de profesión es aún objeto de voto.

Una consecuencia de la creación de esta familia permanente y autónoma fué que cada casa debía bastarse a sí misma, y que debía tener por lo mismo un noviciado propio. La duración de ese noviciado era mayor de un año. Durante ese tiempo se debía leer al novicio repetidas veces la Santa Regla, diciéndole: *"Esta es la ley bajo la cual quieres militar, si puedes observarla, entra; si no puedes, libre eres, márchate"*. La experiencia fundamental a que se le sometía, tendía sobre todo a asegurarse si buscaba a Dios con sinceridad, *"si vere Deum quaerit". Es lo que ante todo debe investigar el maestro de Novicios,* dice San Benito.

Un punto importante, que merece un breve comentario es el relativo a las austeridades corporales. Mirando las cosas con el espíritu de nuestro siglo, ciertas observancias nos parecen rigurosas, pero es éste un punto de vista falso. Ahora bien, para su tiempo, la Regla de San Benito presentaba una forma

de vida accesible a todos y muy fácil si se la compara con otras y con las tradiciones existentes. Si los monjes de Egipto se privaban casi por completo de la comida y bebida, del sueño y del vestido, y se exponían al frío y al calor, San Benito prescribe a sus monjes un alimento suficiente, un sueño razonable y un vestido conveniente. En cuanto al alimento, por ejemplo, concede a cada uno una libra de pan por día, dos platos de alimentos cocidos, y otro de frutas o legumbres secas, a fin de que *"el que no pueda comer de un plato coma de otro"* (Cap. 39). Esa abundancia de platos y la razón discreta y juiciosa con que la autoriza el santo, nos parece a nosotros equitativa, pero a los Padres del Desierto les hubiera parecido un lujo y un refinamiento de gula. Permite también cada día una medida de vino, *hemina*, equivalente más o menos a un cuarto de litro; para los monjes egipcios no había más bebida que el agua pura de la fuente, y a ración. San Benito va siempre al término medio y no impone otra regla a sus discípulos que la frugalidad y el evitar con cuidado la gula y el exceso (caps. XXXIX y XL).

En Egipto se tenía a gran gloria y se luchaba constantemente por reducir el sueño a su más mínima expresión; San Benito permite a sus monjes cada día más de ocho horas de sueño sin interrupción, en la mayor parte del año; únicamente en verano quedaban reducidas a cinco por la noche, más otra de siesta (cap. X). Les da además mantas para abrigarse y hasta una almohada donde descansar la cabeza (cap. LV), cosa inusitada en Egipto, hasta el punto de que el abad Juan, según nos refiere Casiano, se escandalizó en cierta ocasión de haber visto usar una cubierta de lana, *"cosa que no puedo citar sin vergüenza"*, decía

En cuanto al vestido, San Benito autoriza y manda cuanto es necesario para la decencia y limpieza. Así ordena que

los monjes tengan hábitos nuevos cuando los viejos están todavía en estado de poder ser dados a los pobres. El abad debe vigilar para que los vestidos de los monjes sean ajustados a la talla de cada uno, deben ser también más calientes en invierno y más ligeros en verano. Estima que un monje debe tener para su uso personal: 2 cogullas, 2 túnicas, zapatos y medias, un cinturón, una navaja, una aguja, un pañuelo, tablas para escribir y pluma correspondiente (cap. 55).

Evidentemente que esta lista de objetos representa una gran riqueza comparada con la desnudez absoluta de los monjes egipcios (1). Esta diferencia San Benito la puso de intento en su Regla como reacción a un estado de cosas y a un ascetismo que no aprobaba porque veía no ser el verdadero y legítimo, y al mismo tiempo como modificación a las ideas que él mismo había sustentado y practicado en el desierto. No es por consiguiente una exageración lo que le mueve a escribir en su Regla, que en la escuela del servicio divino que funda, no quiere establecer nada duro ni penoso, ni cuando en el último capítulo de la misma nos dice: *"Hemos escrito esta Regla a fin de que observándola en nuestros monasterios podamos mostrar al menos cierta dignidad de costumbres y de un comienzo de vida monástica. Y al terminar llama a su Regla una pequeña regla para los principiantes"*. No son estas palabras de fingida humildad, sino una alusión mental a las mayores austeridades de los monjes antiguos. Hemos de observar, sin embargo, que todavía conservó en su Regla ciertas observancias que en nuestros días nos asustarían, como son la abstinencia perpetua de carne, excepto en caso de enfermedad; el levantarse a las dos de la mañana y aun más pronto en verano; el no tener más que una comida al día desde septiembre

(1) Este espíritu humano de condescendencia puede verse todavía a través de otros capítulos: 35, 53, 55 y 48.

hasta Cuaresma, es decir durante la mitad del año, y, en fin, el régimen de Cuaresma con su única comida a la tarde, después de haber trabajado en los campos desde las 9 hasta las 4 y estar en pie desde las dos de la mañana.

Código político. El Patriarca de Casino sienta como principio básico de la constitución monástica, el establecimiento de una autoridad absoluta, permanente y electiva, que se llama *Abad.*

Absoluta. En el capítulo 65 expone como resultado de su propia experiencia, *nos vidimus expedire,* que el gobierno del monasterio debe depender del juicio del abad (*in abbatis pendere arbitrio*). No pone más límites ni otra sanción a sus decisiones que el temor de Dios y la cuenta que ha de dar en el día del juicio; contra su poder discrecional ilimitado no hay ningún recurso final, ninguna apelación. Es cierto que en el capítulo III le manda tomar consejo de la comunidad entera para los asuntos de mayor importancia, y del consejo de los ancianos para los de menor, pero en ninguno de estos casos está obligado a seguir la opinión emitida, sino que deberá escuchar lo que se diga, examinar por sí mismo el asunto, y hacer lo que mejor juzgare. En el curso de la Regla vemos que se prescribe la referencia al abad, a su mandato, a su permiso como solución definitiva de los asuntos. Todos los titulares: decanos, prior, mayordomo, dependen del abad y deben ejercer sus funciones en entera sumisión a sus órdenes (capítulos 21, 36, 65). Los monjes no deben tener nada sin su permiso (capítulos 33, 54 y 55); él designa los que han de entonar las antífonas y salmos en el Oficio (cap. 47); un sacerdote no puede decir la Misa sin su permiso (cap. 60); el abad tiene poder para aumentar si lo cree conveniente, y por encima de la Regla, la ración de comida y bebida (capítulos 39, etc.). Frente a este poder sin restricción que concede al

abad, y como contrapeso, San Benito le inculca constantemente que no debe usar de esa autoridad más que con medida y discreción, no para fines egoístas, sino para la salvación de las almas. "*No le ha sido dado el ejercer tiranía sobre las almas* (cap. 27); *no debe usar de las cosas injustamente* (63); *debe seguir la inspiración de la justicia* (2); *debe hacerlo todo con temor de Dios y según la observancia de la Regla* (3); *debe, en fin, moderar todo y reglamentarlo tan bien que los hermanos puedan cumplir lo que tienen que hacer sin justa murmuración* (51) *y que debe procurar más ayudar que mandar* (2)". Este concepto del gobierno encuadra mal con nuestras ideas modernas de monarchías limitadas, pero hay que notar que los inconvenientes que podría tener ese sistema son menores en una sociedad que se dirige ante todo por las normas de la Religión y de la conciencia.

Esa autoridad es permanente y electiva. Son los monjes los que se eligen un abad, y una vez hecha la elección pierden toda libertad, caen bajo las órdenes de su Superior, el cual conserva el poder hasta el fin de su vida. Tal era la práctica en tiempo de San Benito y durante varios siglos después. Es cierto que en el siglo XV, la Congregación de Santa Justina de Padua rompió con esa tradición y admitió el sistema de elegir Superiores por períodos determinados, sistema que fué imitado poco después por otras Congregaciones benedictinas de Italia, Francia y España, pero hoy día todas han vuelto al sistema primitivo, salvo una excepción de tolerancia en algunas casas de la Congregación inglesa.

5. *Sobre diversas materias.* Esta última sección de la Regla, que consta de 10 capítulos no da lugar a ninguna reflexión importante. Son temas fáciles de comprender, como el capítulo de los *hermanos en viaje*, el dedicado a los *huéspedes*,

admirable por el espíritu de gentileza y cortesía con que les trata, etc.

Tales son los elementos fundamentales de la regla monástica escrita por San Benito, obra maestra de discreción y claridad como la ha llamado San Gregorio, tenida por Santo Tomás de Aquino, San Buenaventura y San Antonio, como divinamente inspirada, y a la que San Pedro Damiano comparaba con una bella, amplia y sólida casa, capaz de albergar toda clase de personas: débiles y fuertes, jóvenes y viejos, delicados y robustos, ricos y pobres, temperamentos tranquilos y apacibles, caracteres irascibles y difíciles.

CAPITULO XIV

Ora et Labora

La vida en el monasterio bajo la dirección de Benito se deslizaba apacible y serena como un remanso de paz en medio del mar agitado del mundo, alegre y sonriente como un oasis en medio del desierto; los días transcurrían sin grandes contratiempos ni vicisitudes, un poco monótonos, pero cargados de bellas promesas para la eternidad. El tiempo se hallaba repartido entre la oración y el trabajo. La oración abría la jornada monacal casi a la media noche, y ella también la cerraba a la puesta del sol. Además, durante el día y en repetidas ocasiones volvía a convocar al monje al oratorio. Benito tenía dicho a sus discípulos que no debían anteponer nada al Oficio divino, que se exhortasen mutuamente para acudir a él con prontitud, y era de ver entonces el espectáculo pintoresco que presentaban las Oficinas del monasterio. Todo quedaba sin terminar. El carpintero y el sastre, el herrero, el zapatero, el albañil, todos abandonaban sus herramientas para correr en santa emulación a otra obra más grande, la obra de Dios, *Opus Dei*. Hasta los miniaturistas, que con fina y delicada mano transcribían las obras sabias de la antigüedad al calor de un humilde brasero, dejaban imperfecta y sin terminar una letra

para obedecer al precepto de Benito: *mox exocupatis manibus et imperfectum relinquentes.*

Así la oración y el trabajo en la paz consumían las horas monacales, santificándolas y revistiéndolas de belleza y armonía. ¡El trabajo! ¡Era tan necesario en aquella época para levantar lo que los bárbaros habían destruído! Todo el Occidente estaba por rehacer y esa fué la primera obra social encomendada a los hijos de San Benito. La misma labor que hicieron en Subiaco limpiando y cultivando el valle de su nombre, la realizaron los discípulos de Benito en Montecasino. *"Cuando nuestro santo llegó a la Tierra de Labor, debió experimentar una impresión de tristeza a la vista de los estragos que el tiempo y los hombres habían acumulado. Los ríos y los torrentes, libres ya de la mano y disciplina del hombre invadieron los campos formando lagunas, que con pestíferas miasmas infestaban el ambiente. La terrible malaria reinaba como reina y señora en la ya no feliz Campania. Baia, Capo Miseno, Pozzuoli y Gaeta, en otro tiempo lugares de delicias, ricos en jardines y villas, donde la civilización romana desplegaba las muelles magnificencias del lujo más refinado y de la pompa más fastuosa, estaban desiertos y en ellos se respiraba aires de muerte. Para tener una idea del cuadro terrible que se presentaba al observador, hay que tener esto en cuenta: que a la miseria material respondía la decadencia física y moral de los individuos.*

La transformación de estas plagas fué uno de los primeros esfuerzos de la colonia benedictina, porque allí donde la tierra no está en paz con el hombre, tampoco es posible dar al hombre aquella paz interior que le hace bendecir el trabajo e invocar del cielo el pan cotidiano. Regenerar la tierra, he ahí uno de los medios para poder regenerar mejor las almas. Dios premiará y bendecirá este trabajo inteligente y tenaz que no tiene un fin de interés, sino que mira al porvenir y espera

El trabajo monástico

sólo de Dios la recompensa. Ya los áridos flancos de la montaña de Casino reverdecen con frondosos y nuevos arbustos, los campos se llenan de doradas espigas. Marcos el poeta se entusiasma a la vista de obra tan admirable:

Tu di amenissimi orti il suo arido dorso rivesti
e i nudi sassi copri di fecondi rami.
Amiran le rupi le spigue e i fruti non loro,
e l'irta selva verdeggia di feraci chiome.

Al igual de las áridas laderas de la montaña de Casino, la bella llanura que se extiende por esta parte extrema de la Campania, bañada por el Liris antes de unirse al Mediterráneo, fué también transformada con labor tenaz y paciente, en rica y abundosa comarca'' (1).

Esta era la vida benedictina. *''Era una vida sencilla, en un círculo de deberes ordinarios, y los monjes eran hombres completamente sencillos. Ciertamente que habría algunos de la misma posición social que San Benito mismo, pero la mayoría estaba reclutada entre los paisanos italianos o entre los godos invasores, todavía medio bárbaros* (Diálogos, II, 6). *No eran ni sacerdotes ni clérigos, solamente había dos o tres sacerdotes, quizás uno solo en cada comunidad, lo estrictamente necesario para celebrar la Misa el domingo y administrar los sacramentos. Las condiciones generales de la vida no eran probablemente ni más penosas ni más duras de lo que hubiera sido la suerte de la mayor parte de entre ellos, si hubieran permanecido en el mundo. La diferencia consistía en el elemento de religión introducido en cada detalle de su vida. Y así vivían la vida en común, sirviendo a Dios por el curso cotidiano de sus deberes en el coro, en la granja y en el jardín, en la cocina y en el taller, cantando, orando, trabajando, leyendo,*

(1) Grimaldi: San Benedetto, p. 69.

meditando, concentrados cuanto les era posible su actividad y los intereses de su vida, en los límites del monasterio o en su vecindad inmediata" (1).

"Los monjes de este tiempo, escribe otro autor, *tenían una unidad de fin, de estado y de ocupación. Su fin era la calma y la paz, su estado el retiro; su ocupación era algún trabajo simple, no intelectual: la oración, el ayuno, la meditación, el estudio, la transcripción, el trabajo manual y otros empleos pacíficos... El Instituto monástico, dice el biógrafo de San Mauro, pide la Summa Quies, la más perfecta tranquilidad, y ¿dónde se encontraba esta tranquilidad si no era volviendo a la condición primitiva del hombre, en cuanto lo permiten las diversas circunstancias en que se encuentra nuestra raza; no teniendo ninguna necesidad cuya satisfacción no esté a nuestro alcance, no teniendo ni esperanza ni temor de nada en este mundo, en el nihil admirari; en la oración, el pan, el trabajo cotidiano, un día semejando completamente a otro excepto que es un paso más que el día precedente hacia ese gran día que absorberá todos los otros, el día del eterno descanso?"* (2).

En medio de este ambiente de paz se destaca la figura dulce de Benito, gobernando sabia y paternalmente a sus discípulos, pero imponiendo al mismo tiempo la observancia de la Regla. La pluma de San Gregorio nos ha dejado algunos rasgos amenos en que brilla el don que tenía el santo de leer en los corazones, y que nos pintan la realidad viviente de entonces, con los mismos defectos y las mismas circunstancias que las que se presentan en nuestros días.

Había él encargado que cuando saliesen de viaje, siempre que hubiesen de volver el mismo día, no se detuviesen afuera

(1) D. Butler, ob. cit., p. 33.
(2) Ibid., p. 35.

para comer, sino que aguardasen a entrar en el monasterio. En una ocasión salieron dos de ellos a cumplir cierto cometido, pero como se les hiciera más tarde de lo que pensaban, entraron en casa de una señora conocida. Era una señora piadosa y buena, una de esas almas dadas a Dios que existen en todo tiempo y lugar y son el consuelo de la Iglesia y de sus ministros. Gran admiradora de Benito y de sus discípulos, recibía gran placer cuando alguno de ellos se llegaba hasta su casa y entonces les obsequiaba con todo lo mejor que en ella encontraba. Así debió hacerlo con los dos de que venimos hablando, porque yendo a pedir la bendición a Benito, de vuelta ya en el monasterio, preguntóles dónde habían comido. Muy serios respondieron que en ninguna parte. ¿Cómo os atrevéis a mentir de ese modo?, replicó Benito. ¿Acaso no sé yo que habéis estado en casa de Fulana, y que habéis comido tal y tal cosa, y bebido tantas y tantas veces? Ante un relato tan minucioso de lo ocurrido, pronto se convencieron que no se trataba de una broma sino que realmente lo sabía todo, y llenos de temor se arrojaron a sus pies pidiendo perdón. Este les fué concedido inmediatamente: *"Idos en paz, les dijo con bondad, pero tened entendido para otra vez que no se me oculta nada de lo que hacéis, sino que os estoy siempre presente en espíritu"* (1).

No todos los monjes debieron convencerse de esta verdad, porque en otra ocasión sucedió un caso muy parecido. Había salido un religioso a predicar a unas monjas no muy distantes del monasterio, en un pueblo cuyos habitantes fueron convertidos a la fe cristiana por las instancias de Benito. Las monjas muy agradecidas y ávidas siempre de enseñanza espiritual respondieron con unos regalitos. Eran unos pañuelitos que el Padre a fuerza de instancias guardó en el seno. Pero entrado

(1) Diálogos, Lib. II, c. XII.

que hubo en el monasterio, el hombre de Dios le dirigió una fuerte reprimenda. *"¿Cómo, le dijo, has dejado entrar el pecado en tu corazón?"* El monje, que había olvidado ya lo ocurrido, se quedó como quien ve visiones sin saber a qué venía ese reproche. *"¿Pues qué, no estaba yo presente, añadió el Santo, cuando aceptaste de las religiosas los pañuelos que tienes en el pecho?"*. Al punto el religioso se precipitó a sus pies, arrepentido de haber obrado mal, y arrojó de sí los pañuelos que tenía ocultos (1).

Un nuevo escarmiento y una nueva prueba del discernimiento de los espíritus o conocimiento de los secretos del corazón que tenía el siervo de Dios, y este más interesante por el estado de alma que nos pone al descubierto. El Bienaventurado Padre, no habiendo podido tomar parte en la hora regular, se encontraba solo en la mesa abacial para la comida de la tarde. Delante de él, y con una lámpara en la mano, un novicio, hijo de un alto personaje de la Corte, le alumbra. Un mal pensamiento se apodera de su espíritu. *"¿Quién es éste, se dice en sus adentros, para que yo le sirva como un criado, y le alumbre mientras come? ¿Quién soy yo para rebajarme delante de él como un esclavo?"*. Benito le clava la mirada y le dice con viveza: *"Haz la señal de la Cruz, hermano, sobre tu corazón. ¿Qué es lo que estás diciendo?* Al mismo tiempo, llamando a otro hermano le manda tomar la lámpara y dice al monje orgulloso que se vaya a descansar. Intrigados los compañeros, en seguida le acosaron a preguntas, y él les contó los pensamientos que había tenido en su espíritu, cómo se había ensoberbecido y las palabras que había proferido en su corazón contra el hombre de Dios. *"Evidentemente se ve que nuestro Abad todo lo sabe y que no le podemos ocultar nada, ni si-*

(1) Ibid., c. 13

quiera nuestros más secretos pensamientos'', terminaron por decirse como conclusión los jóvenes novicios (1).

San Gregorio nos cuenta finalmente otro caso acaecido a un devoto del Santo y hermano del monje Valentiniano. Solía venir éste todos los años a Montecasino para encomendarse a las oraciones del Santo y visitar a su hermano, y llevado de la devoción, hacía el viaje en ayunas. Un día mientras caminaba, se le juntó un peregrino desconocido que llevaba consigo provisiones para el viaje. Invitóle éste después de andar algún tanto, a participar de las viandas, pero se rehusó alegando la costumbre que tenía de llegar en ayunas hasta el convento. Repitió la invitación por segunda vez, pero en vano. Por fin, habiendo llegado a un amenísimo prado, regado por las frescas aguas de una fuente, que bajaban murmurando de la montaña, *''he aquí un hermoso lugar, repuso el desconocido, a propósito para descansar y rehacerse un poco, de suerte que podamos llevar a buen término el viaje emprendido''*. A la vista de un lugar tan encantador, nuestro piadoso peregrino cedió, y comió. Llegado al atardecer al convento, encontró a Benito informado del hecho. *¿Qué es esto, hermano?, le dijo. Has prestado oídos al espíritu maligno, quien te ha hablado por boca de tu compañero. Ni la primera ni la segunda vez te dejaste seducir, pero la tercera te venció''*. El piadoso laico reconoció la propia debilidad y arrepentido se arrojó a los pies del Santo, quien en espíritu veía las cosas ausentes (2).

Otros muchos casos demuestran la virtud profética del varón de Dios, pero no podemos traerlos todos. Alguno más, sin embargo, saldrá adelante para edificación del lector.

(1) Ibid., c. XX.
(2) Diálogos, cap. XIII.

CAPITULO XV

El Milagro de Escolástica

Era un valle ameno y profundo, distante apenas 6 kilómetros de Casino. En su seno fértil y productivo se había ido formando una nutrida población llamada Plumbariola, famosa por su riqueza y comercio, hasta el punto de que el Papa Zacarías en su traducción griega de los Diálogos, la llama *Emporium,* o plaza del mercado. Benito, en sus correrías apostólicas e incesante predicación, los había ganado para Cristo, y poco a poco se fueron reuniendo almas escogidas que se consagraron a Dios, bien sea en el interior de sus casas en grupos de dos o tres, bien sea en los monasterios. Benito tenía cuenta de unas y de otras, ya por sí mismo, ya por medio de sus discípulos, a los que, como hemos visto en el capítulo anterior, enviaba de vez en cuando para que les diesen instrucción. San Gregorio, hablando de las religiosas que servían a Dios en sus casas, nos cuenta un hecho que nos demuestra claramente que San Benito no solamente se cuidaba de ellas por caridad, sino que también ejercía sobre ellas verdadera jurisdicción. Había dos de familia noble que habitaban en su propia casa, *loco propio morabantur,* no muy lejos de Casino. Benito les había puesto un administrador a fin

S. Benito y S. Escolástica

de que no tuviesen que preocuparse de los bienes materiales y pudiesen vacar con más libertad al fin de su vocación. Pero altivas, y religiosas más por el nombre y el hábito que por los hechos, llegaban hasta injuriarle y maltratarle con toda clase de palabras inconvenientes, tanto, que cansado ya de sufrirlas, el buen hombre fué a quejarse a nuestro Santo. Este las amenazó con excomulgarlas si no se corregían, pero la amenaza no surtió el efecto apetecido. Murieron al poco tiempo ambas y fueron sepultadas en la iglesia. Pero un día, mientras el sacerdote celebraba el santo Sacrificio de la Misa, el diácono, según el uso de aquellos tiempos, advirtió a los catecúmenos y excomulgados que debían salir de la iglesia. Entonces se vió a las difuntas levantarse de su tumba y salir, y esto por varias veces, hasta que avisado el varón de Dios les levantó la excomunión, con lo cual no se las vió salir más en adelante a la voz del diácono. San Gregorio infiere de aquí la eficacia del siervo de Dios, puesto que surtía sus efectos no solamente cuando infligía un castigo, sino también cuando se limitaba a amenazar. (1).

El lector recuerda seguramente la figura dulce y delicada de Escolástica, la hermana gemela de Benito, a la que dejamos allá en los primeros capítulos llorando la partida de su hermano para Roma. Consagrada a Dios desde jovencita le había servido con fidelidad durante largos años en la casa paterna como las Inés, Cecilia y Lucía, pero llena de júbilo al saber que su hermano había fundado un monasterio en Casino se apresuró a ponerse bajo su dirección, construyendo otro en Plumbariola para mujeres, de las que llegó a ser abadesa. Así nos lo asegura Paulo Diácono en su Vida de Santa Escolástica y el abad Bertario de Montecasino, en el siglo IX. De ese monasterio sabemos que fué destruído por

(1) Diálogos, cap. XXII.

el Lombardo Zotón y restaurado poco después por la esposa del rey de los Longobardos, Ratchis, cuando éste se encerró voluntariamente en Montecasino, después de haber tomado el hábito monacal en Roma de manos mismas del Papa.

Vivían, pues, cerca los dos hermanos, porque como dice San Gregorio no podían vivir lejos y separados aquellos que no formaban más que una sola alma y cuyos cuerpos habían de encerrarse en un mismo sepulcro. Y ¡cómo se complacía Escolástica en la visita de su hermano, y cómo le gustaba oirle hablar de las cosas celestes, con aquella su doctrina que salía tan sublime y abundante de su corazón! Precisamente este deseo fuerte que tenía de escucharle fué causa de que le viniera a Benito un grave disgusto y contratiempo, por haberle hecho faltar a un punto fundamental de su Regla, cual era el de no pasar la noche fuera del monasterio. No multiplicaba nuestro Santo las visitas a su hermana, pues ya hemos visto que enviaba a sus discípulos a Plumbariola para que instruyesen a las monjas. Solamente una vez al año consentía en bajar a una finca del monasterio, al pie de la montaña, para tratar con ella de las cosas del cielo e inflamarse mutuamente en el deseo de la otra vida. Si Sabino obispo de Venosa, Servando diácono del monasterio de Alatri, el hermano del monje Valentiniano y otros venían a visitar al santo para reanimar su alma al calor de su palabra, ¿por qué había de rehusar a su hermana lo que concedía a otras personas? Pero dejemos a San Gregorio contar con su acostumbrada sencillez la última entrevista de los dos santos.

"Su hermana, llamada Escolástica, consagrada a Dios desde su niñez, tenía costumbre de visitarle una vez por año; el hombre de Dios iba a su encuentro y se juntaban en una propiedad del monasterio no muy lejana. Un día vino ella como de costumbre y su venerable hermano descendió inme-

diatamente con sus discípulos. Pasaron todo el día en piadosos coloquios, entremezclados con alabanzas divinas. Al atardecer sentáronse a comer. Estaban todavía en la mesa y ya avanzaba la noche, cuando Escolástica dijo a su hermano: "Yo te suplico no me abandones esta noche, a fin de que podamos hablar de las alegrías del cielo hasta mañana por la mañana. — ¿Qué dices hermana? — respondió Benito —, de ninguna manera puedo yo permanecer fuera del monasterio". El cielo estaba tan sereno, que no se veía la menor nube en la atmósfera. Ante la negativa de su hermano, la santa mujer, con la cabeza apoyada entre sus manos y éstas unidas sobre la mesa, se puso a orar. En el instante mismo en que levantó la cabeza, dejóse oir un trueno y estallaba una violenta tempestad: la lluvia, el rayo, los relámpagos fueron tales, que ni Benito ni sus monjes pudieron poner los pies fuera del techo que les abrigaba. La santa mujer, inclinando la frente sobre sus manos, había derramado torrentes de lágrimas, hasta el punto de correr por la mesa, y al mismo tiempo una lluvia torrencial sucedía a la serenidad del cielo; ella ora y la lluvia cae; ella se levanta y el trueno estalla. El hombre de Dios viéndose entonces en la imposibilidad de desafiar tal tempestad para volver a su monasterio, quejóse a Escolástica: "Que Dios te perdone, hermana, le dijo, ¿qué es lo que has hecho? — Pues bien, respondió ella, te rogué y no me escuchaste, entonces rogué a Dios y El sí que me ha escuchado. Sal ahora si puedes, abandóname y vuelve a tu monasterio". Por fin tuvo que resignarse, a pesar suyo, a permanecer, y así pasaron el resto de la noche en conversación espiritual".

"Constituye este capítulo, escribe un autor, *un cuadro de realismo e inspiración magistrales. De la narración oral de los monjes que acompañaron al Santo Patriarca en aquella jornada memorable, no perdió San Gregorio el más mínimo*

detalle: palabras, gestos, circunstancias, movimientos, todo nos lo ha dejado escrito con una lacónica pero admirable precisión. Por eso este relato nos presenta un cuadro realísimo, tomado del natural, de un extraordinario sabor, tanto local como personal, cuadro que ha valido para inspirar a los artistas, así antiguos como modernos.

....¿Quién al leer el susodicho capítulo, no se figura ante sus ojos una casita aislada, de cortas dimensiones, y dentro al Santo Patriarca rodeado de sus monjes, y a su santa hermana, con sus monjas alrededor, cantando en místicas armonías las alabanzas de su Dios? ¿Quién no ve al caer la tarde, en medio de un cielo radiante y sereno, acercarse la santa a su hermano y pedirle continúen aquellos celestiales coloquios durante la noche, negarlo éste con un gesto de sorpresa, sentarse entonces santa Escolástica, ocultar la cabeza entre sus manos y regar con sus lágrimas la mesa que le servía de apoyo, conmoverse después la casita al empuje de la tempestad, entrar el viento por sus ventanas, azotar la lluvia sus paredes, bajar a torrentes el agua por todos sus costados y ceder mal de su grado, San Benito, a los ruegos de su hermana?

Pero las bellezas de este cuadro adquieren singular realce por la grandeza de sus dos figuras principales ¡Qué nobleza la del Santo Fundador! Nos impone su cara austera, gastada ya por los años y la penitencia. El amor de sangre que tiene a su hermana, acrecentado por el de su paternidad espiritual, no le hace desviar un ápice de la regla del deber. ¡Cuán distinto de aquellos fariseos que imponían a sus secuaces la carga dura y pesada que ellos no se dignaban tocar con el dedo, y cuán semejante a aquellos romanos, sus antepasados, que después de haber hecho un bien a su patria, volvían tranquilos a la prisión, donde habían de darles sus enemigos una

muerte horrorosa! ¿Pues y Santa Escolástica? ¡Qué encanto se desprende de su delicada figura! Sus palabras son una ironía dulce, fina e inocente, propia de su corazón fraterno. Así ellas como sus deseos y súplicas, respiran el amor más tierno y confiado hacia el divino Esposo. Al fin esto es en ella el principal distintivo, lo que más se destaca, lo que se nos viene a la mente con sólo pronunciar el nombre de nuestra madre. San Gregorio lo dijo: "Plus potuit quia plus amavit"; pudo más porque amó más. El amor no conoce medida ni moderación, porque nunca dice basta." (1).

Si Escolástica había pedido con tanta insistencia a su hermano y al cielo este favor de pasar toda la noche en santos coloquios, es que tenía el presentimiento de su muerte, veía muy próximo su último fin. Dios le había hablado al corazón y le invitaba como a una Esposa carísima a las bodas eternas. En efecto, tres días después de esta entrevista, el 10 de Febrero, estando el Santo en contemplación de las maravillas del firmamento desde la ventana de su celda, como era frecuente costumbre en él, vió una blanquísima paloma que en raudo y triunfal vuelo penetraba el interior de los cielos. Era un símbolo de la muerte de Escolástica y de su ascensión gloriosa hacia la eternidad. Era su alma inocente y virginal que subía hacia su Dios. Así lo comprendió Benito y lleno de gozo prorrumpió en himnos de gloria y alabanza hacia el Creador, y comunicando la grata nueva a sus discípulos, les mandó al punto que trajesen su cuerpo virginal. Ya sabía él que no tardaría mucho en seguirla en la muerte, por lo cual se había hecho preparar el lugar de la sepultura; en ella encerró los restos de su hermana, y así ocurrió, dice San Gregorio, que no habiendo tenido más que una sola alma en Dios durante su vida, quedaron también

(1) P. Justo Pérez: Semblanzas benedictinas, t. I, p. 38.

juntos en el sepulcro. Este se conserva aun debajo del altar mayor de la actual iglesia de Montecasino, con esta inscripción: *Benedictum et Scholasticam, uno in terris partu editos, una in Deum pietate caelo redditos, unus hic recipit tumulus, mortalis depositi pro aeternitate custos.*

El episodio de la última entrevista de los dos hermanos es lo único que nos haya dejado San Gregorio sobre Santa Escolástica. Es cierto que eso basta para revelarnos la profunda simpatía que ha inspirado a todos cuantos han querido estudiar su carácter, y para darnos a conocer su alma virginal y delicada, pero hay en ella otro aspecto igualmente atrayente y bello, que ha sido un poco olvidado. Escolástica no es solamente una alma enamorada de Dios, que pasa los días en la oscuridad del claustro, no es solamente una de esas almas cuya vida está escondida con Cristo, y cuyos actos no tienen influencia sobre los demás: es también la Madre y Maestra de esa legión incontable de vírgenes que se han santificado en los monasterios benedictinos. Ella ha inaugurado la Regla de San Benito entre las mujeres, y su monasterio fué el primero que recibió las enseñanzas y dirección del Santo Patriarca.

No fué una simple monja de carácter privado, sino la colaboradora y cooperadora con su hermano en la obra de la fundación del instituto monástico. Gracias a ella, tuvo éste una grande y rápida difusión entre las personas de su sexo, las cuales la consideran a justo título como su Maestra, Madre y Modelo. Y así convenía. Una mujer retrata mejor las virtudes de las de su sexo que un hombre. Tal vez por esta afinidad aparece siempre la mujer al lado del hombre en las grandes obras de la humanidad. La vemos en el Calvario en la persona de María, asociada por Jesús a la Redención del mundo, la vemos en los primeros pasos del cris-

tianismo al lado de los Apóstoles, y después en toda la historia de la iglesia.

Bien dice Montalembert: *"En la historia de casi todos los santos que ejercieron una influencia reformadora y duradera en las instituciones religiosas, encuéntrase por lo general el nombre e influjo de una santa mujer participante de su obra y abnegación; parece que esos animosos soldados de la guerra del alma contra la carne buscaron fuerza y consuelo en la casta y fervorosa comunidad de sacrificios, oraciones y virtudes con una madre, con una hermana por naturaleza o elección, cuya santidad esparce sobre esta parte de su gloriosa existencia como un rayo de luz, más suave e impregnado de cariñoso afecto. No mencionando sino a los más famosos, vemos a Macrina junto a San Basilio, e inseparables son los nombres de Mónica y Agustín, como en siglos posteriores lo fueron los de San Francisco de Asís y Santa Clara, de San Francisco de Sales y Santa Juana de Chantal."* (1).

Y Escolástica es también inseparable de Benito. Ella capitanea y preside, por decirlo así, esos ejércitos de santas mujeres que desde su tiempo hasta nuestros días han poblado los claustros benedictinos. Cierto que no ha escrito ninguna regla, pero la ha recibido de las manos de Benito y levantándola en alto a manera de enseña gloriosa, ha invitado a seguirla a un ejército de mujeres, que fieles a su voz han acudido de todas partes, desde el humilde tugurio, como desde el estrado real, a recibir sus enseñanzas y aprender a practicar esa santa Regla, en lo que fué siempre un perfecto modelo. Con estos ejemplos vivos de su Madre y Maestra, los monasterios de monjas benedictinas en la Edad Media fueron focos y asilos de santidad y de ciencia, y contribuyeron

(1) Los monjes de Occidente. Trad. cast., p. 206.

en no menor escala que los monasterios de hombres a la conversión y civilización de Europa. Ellas acompañaron a San Bonifacio en la evangelización de Alemania y a San Agustín en la de Inglaterra; ellas educaron a la juventud femenina de aquel entonces con sus colegios bien nutridos, al frente de los cuales había siempre sabias maestras; ellas cultivaron con esmero las ciencias, el latín, la literatura, la música, y con sus finas manos hicieron obras maestras en escritura, miniatura y toda clase de labores. Así, hubo monasterios famosísimos, como el de las Huelgas en Burgos (España), y Quedelburgo en Alemania, por no citar otros muchos, que eran verdaderas potencias. La abadesa era señora temporal, cuyo poder se extendía a toda una comarca y sus tierras eran un verdadero Estado en el cual tenían jurisdicción civil y eclesiástica. Tal fué la obra de las hijas de Escolástica en el mundo.

CAPITULO XVI

Muerte del Santo

Tenía Benito el don de la contemplación. Hombre de profunda vida interior como todos los santos, había aprendido desde el principio mismo de su conversión a tener a Dios siempre presente y vivir abstraído de las cosas terrenas. Ya en Subiaco, San Gregorio nos le mostró habitando solo consigo ante la mirada paterna del Supremo Hacedor. Esta práctica había creado en él una disposición o hábito para elevarse fácilmente a la contemplación de las cosas celestiales, y hacer de ella como el ambiente propio de su vida, por lo cual no es nada extraño que Dios le favoreciese con dones extraordinarios, como suele hacer a los grandes místicos que ha habido en la Iglesia. Ya hemos visto cómo mereció ver subir el alma de su hermana Escolástica de la tierra al cielo. San Gregorio nos cuenta otra visión que tuvo y que debió ocurrir poco después de este hecho y poco antes de su muerte. En él aparece una vez más nuestro Santo amante de la oración y dedicando a ella las horas que quitaba al sueño.

Tenía un amigo, abad como él, que lo era de un monasterio de la Campania, construído por la liberalidad de un patricio llamado Liberio. San Gregorio nos hace notar que

aunque abad no era más que diácono. En aquel tiempo había muy pocos sacerdotes y Benito mismo probablemente tampoco lo era. Santos los dos amigos, gustaban ambos de conversar de las cosas espirituales, para lo cual solían reunirse de tiempo en tiempo. Esta vez fué Servando quien se presentó en Casino. Dejemos la palabra a San Gregorio: *"Un día el diácono Servando, abad del monasterio que el Patricio Liberio había hecho construir en Campania, vino a hacerle una visita, lo que hacía con frecuencia, porque siendo el uno y el otro muy versados en la ciencia de las cosas de Dios, gustaban de entretenerse en ellas para tener un gusto anticipado de las delicias celestiales, de las que no podían gozar más que imperfectamente. Cuando la hora del descanso les obligó a separarse, el venerable Benito subió a la habitación superior de la torre y dejó al diácono Servando en el piso inferior. Una escalera fácil les ponía en comunicación. Delante de la torre se extendía el dormitorio en que descansaban los discípulos de ambos. El hombre de Dios, habiéndose levantado antes de la hora de Maitines, mientras todavía todos dormían, púsose a la ventana y oraba, cuando vió que en un instante las tinieblas eran disipadas por una luz más deslumbradora que la del día; y ¡prodigio más extraordinario todavía! en medio de este océano de luz, el mundo entero se le apareció como reunido en un rayo de sol, como él mismo lo contó. Mientras el Venerable Padre fijaba los ojos en esta deslumbrante claridad, vió el alma de Germán obispo de Capua, llevada al cielo por los Angeles en un globo de fuego. Queriendo tener un testigo de tan gran milagro, gritó con fuerza por dos o tres veces al diácono Servando. Este, turbado por gritos tan inacostumbrados, subió, miró y vió todavía como un crepúsculo de la viva luz. Estaba lleno de admiración; el hombre de Dios le contó en detalle lo que había visto y al punto ordenó al piadoso Teoprobo, que estaba en*

Casino, que enviase, la noche misma, un mensajero a Capua para saber qué era del Obispo Germán. El mensajero le encontró muerto, y por una diligente investigación se convenció que su muerte había tenido lugar en el momento mismo en que el hombre de Dios le había visto subir al cielo". (1).

Esta visión coloca al Patriarca de Casino entre los grandes místicos. Los teólogos se han preguntado si Benito vió la esencia divina. Ciertamente que una sana doctrina nos dice que ver a Dios como es en sí, es algo que está fuera del alcance de la humana posibilidad, en el estado actual. Ni el cuerpo con sus sentidos, ni el alma con sus facultades están capacitados para ello. Pero sin llegar a tanto, Benito pudo tener y tuvo sin duda una clara visión o idea de Dios, una de esas manifestaciones de la Divinidad que suele hacer a sus amigos de elección, como a Moisés, San Pablo, que nos cuenta de sí mismo que fué arrebatado hasta el tercer cielo, y oyó palabras misteriosas, visión que juntamente con las otras ya contadas anteriormente y el don de profecía de que gozaba, nos da la medida de su elevación espiritual. Vió nuestro Santo al mundo empequeñecido. No es que el cielo y la tierra se hubiesen reducido, sino que su alma elevada en Dios extendió más lejos el alcance de su mirada: dominó al mundo. San Gregorio lo explica así a Pedro, su interlocutor en los Diálogos, quien se siente maravillado de cómo el universo entero haya podido reunirse en un rayo de sol. *"Ten por cierto, Pedro, lo que yo te digo. Para una alma que contempla a Dios, toda creatura es poca cosa. Para quien ve la luz del Creador, todo lo que es creado se empequeñece, porque por la luz misma de la visión interior la capacidad de la inteligencia se simplifica y se dilata en Dios, hasta el punto de sobrepasar los límites mismos del mundo. Más aún, el alma*

(1) Capítulo 35.

del vidente se eleva por encima de sí misma, se dilata interiormente, y en este estado de éxtasis, lo que no podía siquiera comprender, le parece poca cosa.

Así el hombre de Dios, que contemplaba el globo de fuego y veía al mismo tiempo los ángeles subir al cielo, no podía fijar su mirada en estas cosas, sino en la luz de Dios. ¡Qué extraño es que viese el mundo reunido ante sus ojos, cuando arrebatado en espíritu, se encontraba fuera del mundo! En cuanto a la expresión de que el mundo se condensó ante sus ojos, no hay que entenderla en el sentido de que el cielo y la tierra se hubiesen achicado, sino que la comprensión del alma del vidente se dilató; arrebatado en Dios, pudo fácilmente discernir todo lo que existe por debajo de Dios. A esta luz exterior, que brilló a los ojos del vidente, correspondía una luz interior que levantándole a un cielo superior, le hizo ver cuán mezquinas son todas las cosas de la tierra (1).

Benito estaba maduro para el cielo. Esta visión presagiaba su fin próximo, le daba como un gusto anticipado de la felicidad eterna que le esperaba. De hecho no sobrevivió a su hermana sino es 40 días, y presintiendo ya inminente el día de su partida, se lo avisó a varios de sus discípulos. Así nos lo dice San Gregorio: "*En aquel mismo año en que el hombre de Dios había de salir de esta vida, avisó su próxima muerte a algunos de sus discípulos que moraban con él, y a otros que vivían lejos, pero para no entristecer a todos, prohibió a los que tenía consigo que manifestasen la noticia, y a los ausentes les indicó la señal por la cual conocerían su tránsito a la otra vida*" (2). Así, en ese último año que había de pasar sobre la tierra, se le vió más absorbido en Dios que nunca. Para él, la muerte no tenía nada de espantoso, estaba acos-

(1) Ibid.
(2) Capítulo 37.

Muerte del Santo

tumbrado a mirarla todos los días cara a cara y tenerla siempre suspendida ante los ojos del alma según el precepto que había dado a sus discípulos. Y después, ¿acaso no era para él el principio de la libertad, la entrada en posesión del objeto de sus esperanzas, de aquel Dios para el que había vivido exclusivamente y cuyo amor había preferido a todo lo demás? ¡Con qué anhelo repetía y hacía suya la frase del Apóstol: *cupio dissolvi et esse cum Christo!* Su deseo estaba próximo a cumplirse. No le quedaban más que seis días de vida. Sin estar todavía enfermo, mandó abrir el sepulcro, quería sin duda ver por última vez el cuerpo de su hermana, y al mismo tiempo prepararse mejor a la muerte. *"Esto hecho se sintió presa de una fiebre violenta que le iba consumiendo de día en día; el sexto día de su enfermedad se hizo llevar por sus discípulos a la iglesia, donde fortificado con el Viático del Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor, y sostenido entre los brazos de sus discípulos, las manos extendidas hacia el cielo, y de pie, exhaló el último suspiro".*

Muerte ejemplar en todos los sentidos, que hace a nuestro Santo singular y eficaz patrono de la buena muerte. En la iglesia, delante del altar, de pie y con la oración en los labios, son circunstancias que hacen de la muerte de Benito una escena grandiosa y bella que ha llevado a los artistas a multiplicarla en sus lienzos.

He ahí a nuestro santo Patriarca con su rostro sereno ofreciéndose a su Dios como una víctima, coronando dignamente su vida con el sacrificio de sí mismo, muriendo, en fin, como un verdadero romano, de pie, y sobre todo como un santo, como un monje perfecto. El mismo día de su muerte, los monjes prevenidos por él tuvieron una visión como señal de la gloria en que acababa de entrar su bienaventurado Padre. Vieron un camino triunfal que iba desde la celda de Casino

hasta el cielo, camino todo cubierto de ricas alfombras e iluminado por dos hileras de fulgurantes estrellas. Así recibe Dios a sus Santos. En la cumbre de la escala, un hombre de aspecto venerable les dijo: *"Este es el camino por donde el venerable Benito ha subido al paraíso"*.

San Pedro Damiano ve en esta senda tapizada de alfombras y magníficamente iluminada, un símbolo de la Santa Regla, camino real, seguro, perfectamente iluminado para no errar el camino del cielo. Todos los que la observan fielmente, como el Santo Patriarca, tendrán la seguridad de llegar al término de su destino. San Bernardo reconoce en ese camino el Instituto fundado por el Santo Patriarca. *"¿Cuál es este sendero, dice, que comienza en la celda de Benito y cuya cima toca los cielos, sino la Orden por él instituída y esa manera de vivir a que él dió principio? Por este sendero salió el hombre de Dios, porque no pudo enseñar de otro modo del que practicó.*

Murió el Santo el 21 de Marzo del año 543. Los discípulos colocaron el cuerpo al lado del de su hermana, en el sepulcro que él mismo se había preparado en el Oratorio de San Juan Bautista. Hoy día se encuentra debajo del altar mayor de la Basílica. Un pequeño nicho abierto en la parte posterior del altar indica el lugar de su emplazamiento, por medio de un fresco de José De Cesare en que se representa a los dos santos. Alrededor arden día y noche trece lámparas mensajeras del amor y cariño de los benedictinos de todo el mundo para con su santo Patriarca. En el frontón del nicho, el abad Angelo della Noce hizo gravar una inscripción que pusimos en otro lugar.

Santa Gertrudis tuvo una visión en que la manifestó Dios el mérito y la gloria singular de que goza San Benito en el cielo. Era el día de su fiesta, y mientras ella procuraba hon-

rar con gran devoción a su Padre y Maestro, vióle en espíritu en presencia de la Santísima Trinidad, de hermosa figura y aspecto majestuoso. De todos sus miembros parecían brotar bellísimas rosas de extraordinaria frescura y fragancia. Del medio de cada rosa brotaba otra, y esta producía a su vez otra, de suerte que parecía un rosario de flores interminable. En esa forma, todo florido y placentero, recibía Benito el homenaje de toda la corte celestial. Santa Gertrudis nos dice que por esas flores se ha de entender el cúmulo de virtudes con que adornó su alma, y de un modo especial el ejercicio de la penitencia con que sujetó a su carne y la mantuvo sumisa al espíritu. Los prodigios obrados por Dios en su tumba confirman esa santidad de Benito, así como la fama de que goza ante los pueblos.

CAPITULO XVII

El Hombre

Era San Benito de talla muy elevada a juzgar por las dimensiones de las reliquias que han llegado hasta nuestros días, y también según las tradiciones conservadas por los habitantes de un pueblo cercano a Subiaco, llamado Rojate. Caminaba en cierta ocasión nuestro santo por esos lugares y se detuvo a pasar la noche en Rojate. Era en tiempo de peste y nadie quiso ofrecerle hospitalidad, temerosos de contraer el contagio. El santo, entonces, se echó sobre una piedra y se quedó dormido. Al día siguiente los habitantes del pueblo encontraron la huella de su cuerpo tan bien impresa en la roca, que parecía haber sido esculpida por un artista. Como complemento del prodigio, todos los años en la fiesta del Santo Patriarca, 21 de Marzo, se ve a la roca trasudar una agua que no cesa de correr durante todo el día. Este hecho reúne todos los años una gran muchedumbre que viene a constatarlo y recoger el agua para conservarla piadosamente. Pues bien, esa huella impresa en la roca mide de los pies a la cabeza 1.95 mts.

A una prestigiosa estatura unía San Benito un rostro venerable, redondeado por una barba patriarcal y nimbado

por una aureola de dignidad, al mismo tiempo que de paz celestial, efecto de su contemplación y conversación íntima con Dios. La bondad habitual de su alma asomaba en los labios y en los ojos que, sin embargo, sabían ser también terribles cuando era necesario, como lo demuestra el caso de Zalla que contaremos en seguida.

No ha llegado hasta nosotros ningún retrato físico del Santo, si alguno sacaron sus discípulos, debió desaparecer con la destrucción de Montecasino, por lo que no podemos hacer sobre el particular más que simples conjeturas más o menos fundadas.

Afortunadamente, sobre su fisonomía moral podemos decir algo de más fundamento, ya que él mismo nos ha dejado las bases en la Regla. El no pudo enseñar de otra manera distinta de la que vivió, nos dice San Gregorio. Los Santos, en efecto, no son como el resto de los mortales. Su sinceridad es grande, y por eso cuando enseñan una cosa es que su vida está conforme con su doctrina. La Santa Regla, con los Diálogos o vida del Santo por San Gregorio, son como dos documentos vivos en que se transparenta su alma y han servido a los autores para trazar sus principales rasgos. En este capítulo quisiéramos también penetrar en esa alma y procurar darnos cuenta, siquiera vagamente, de sus modalidades, de su modo de pensar y sentir.

En el carácter de San Benito se destacan a primera vista y aparecen con singular relieve dos aspectos fundamentales que se dirían antagónicos y contradictorios y que, sin embargo, constituyen su belleza y realzan su figura. La belleza en las almas como en los cuerpos resulta de la variedad, de la proporción y equilibrio de las diversas partes componentes. Pues bien, esos dos elementos son: *la dignidad y gravedad* por una parte y *la sencillez y bondad* por otra. La grandeza sola hace

admiradores, pero les mantiene alejados, la grandeza acompañada de la bondad produce la admiración, pero al mismo tiempo gana los corazones y les arrastra, y es lo que ocurría a Benito.

En primer lugar Benito es grave, digno, serio, casi imponente e irresistible. El relato de la venida del rey Totila y su oficial Zalla a Montecasino manifiesta claramente esa autoridad incontestable, esa grandeza característica del Santo. Totila era rey de los godos. San Gregorio le tiene por un hombre pérfido y San Benito por un malhechor. *"Es cierto, sin embargo, que en valor guerrero superó a todos sus antepasados. Pero cristiano por la fe, estaba como todos los de su nación imbuído en las doctrinas arrianas que había profesado el Obispo Ulfilas. Después de haber deshecho a los generales que el Emperador Justiniano le había opuesto, este rey descendía por la Italia inferior y se dirigía, a través del Samnium, hacia Benevento, de que quería apoderarse. Llegado a Casino notó el entusiasmo y la veneración del pueblo por el santo fundador de la abadía, y oyó contar tantos prodigios de él y del poder que tenía de leer en los corazones y anunciar el porvenir, que no quiso pasar adelante sin cerciorarse de lo que se decía.*

Quizás este deseo fué excitado en él por un oficial de su ejército, Zalla, arriano feroz, que no podía ver un sacerdote o un monje sin entrar en transportes de cólera, hasta el punto de que si alguien caía entre sus manos, le era muy difícil evitar la muerte.

Un día en que llevado por la ambición saqueaba la campiña, como acostumbraban a hacer los bárbaros de aquel tiempo, cayó sobre un labriego al cual quería robar todo lo que tenía. El infortunado, atormentado por los sufrimientos que el cruel godo le hacía pasar, y no pudiendo darle el oro que no tenía, imaginó salir del apuro declarando que había con-

fiado todo su haber al servidor de Dios, Benito. Con esto Zalla cesó en los tormentos, pero atándole los brazos con gruesas cuerdas y empujándole con su caballo, le mandó que le condujese donde estaba el santo, a fin de quitarle el tesoro. Llegados a la puerta del monasterio, ven al abad sentado, solo y leyendo, según su costumbre. Este es, dijo el labriego, volviéndose hacia el caballero, este es Benito, de quien yo te he hablado. Al punto, el godo, creyendo que en este como en otros casos iba a vencer por el terror, se puso a gritar al monje con un tono furioso: Levántate, levántate y devuelve pronto lo que debes a este paisano. A estas palabras, el Santo levanta los ojos del libro, y sin pronunciar una palabra, pasea lentamente la mirada, primero sobre el bárbaro a caballo, después sobre el labrador tembloroso, que se esperaba la muerte a causa de su mentira. Pero al influjo de esta mirada las cuerdas que ataban sus brazos se rompen como bajo la acción de un afilado cuchillo, mientras el feroz Zalla, dejándose caer por tierra, queda prosternado delante de Benito, pidiéndole que ruegue por él. Sin interrumpir su oración, Benito llama a sus hermanos y les manda que lleven a Zalla al refectorio y le den la bendición. Llamábase así el alimento que se daba a los huéspedes por caridad, a causa del uso de los cristianos de bendecirlo antes de comer. Es de creer que habiendo sido introducido Zalla en el refectorio, no se dejaría a la puerta al pobre paisano a quien había martirizado. Le tocó sin duda también una pequeña bendición, de suerte que el Romano vencido y el godo vencedor tomaron asiento como buenos amigos, a la misma mesa. Así es como San Benito domaba los bárbaros, y a la puerta de su abadía venía a romperse la impetuosidad de los invasores. Zalla domado "fractus", dice San Gregorio, se fué después al hombre de Dios, quien le exhortó a no recurrir en adelante a la fuerza brutal para violar la justicia.

El bárbaro y su víctima, una vez abajo de la montaña, debieron contar a porfía lo que les había ocurrido y exaltar la virtud del Santo. Totila concibió un vivo deseo de ver a este taumaturgo. Hizo, pues, anunciar a Benito su visita; después, llamando a su ayudante Rigga, le confió la idea de probar por medio de una estratagema el espíritu profético que se atribuía a San Benito; a este objeto le hizo vestir sus botas, su manto de púrpura y las armas de que los reyes godos se servían por orden de Teodorico... Así en esta forma, Rigga, acompañado de numeroso séquito y, entre otros, de los tres condes Volterico, Rodrigo y Blindino, y seguido de una muchedumbre de oficiales superiores, criados y soldados, subió la montaña para presentarse al Santo, a fin de ver si descubría la superchería. Ante tan lúcido cortejo, no hubo nadie que no se persuadiese que Totila mismo iba a visitar al Santo. Benito no pudo ignorar la llegada de tanta gente. Varios correos se anticiparon para avisarle y describirle la magnificencia y la pompa del rey que venía de alcanzar tantas victorias sobre las tropas imperiales en la alta Italia; debió recibir también buen número de desgraciados, arruinados por la rapiña de los godos, que venían a pedirle inspirase al rey un poco de compasión a fin de que moderase la licencia de sus tropas. Pero el servidor de Dios, que ya por revelación divina conocía los hombres y las cosas, sin dar señal alguna de turbación, sin suspender siquiera los ejercicios comunes, esperaba, su libro en mano y leyendo, sentado en el pórtico que unía su celda de la torre con el dormitorio común.

Por fin a través de los árboles se ven brillar las armas; el ruido de los caballos y de las conversaciones en idioma extraño se hace oir; muy pronto aparece junto a la torre el falso Totila, rodeado de su cortejo. No había franqueado todavía el atrio, cuando el Santo le grita: "Depón, amigo, depón el traje

que llevas, porque no es tuyo". Al punto el oficial, como herido por un rayo, cayó por tierra con toda su gente. Cuando se levantó, no se atrevía siquiera a dar un paso hacia el abad a quien había querido engañar, y con todo su acompañamiento se volvió lo más pronto posible a su rey para anunciarle cómo en seguida había sido descubierto por ese verdadero profeta.

Totila, que había creído reirse del santo, quedó embargado con el relato de Rigga, de una profunda veneración hacia su persona, y antes de abandonar esos lugares quiso, en 542, subir él mismo la montaña para tributar un homenaje al hombre de Dios. Pero llegado que fué junto a la torre y hubo visto al abad que le esperaba sentado, no atreviéndose a avanzar más, bajó del caballo y se prosternó con respeto. Benito le dijo por tres veces con voz fuerte: "Levántate". Pero como permanecía la cara contra tierra, el hombre de Dios vino a levantarle por sí mismo y le introdujo en el monasterio. Allí le habló con majestuosa elocuencia y le reveló su porvenir: "habéis hecho mucho mal, le dijo, y continuais haciéndolo todos los días, es tiempo de poner término a tantas iniquidades. Entrarás en Roma, pasarás el mar, reinarás todavía nueve años y el décimo morirás. Estas palabras hicieron una impresión profunda sobre el rey bárbaro; se recomendó a las oraciones del Santo y se retiró". (1).

Si en su actitud, Benito es grave y serio, lo es también en sus enseñanzas. No quiere ver en sus discípulos ni la risa inmoderada y estrepitosa (2), ni las palabras ociosas (3), ni mucho menos las chocarrerías, a las que condena con gran energía (4) y en cambio pone entre los grados más elevados

(1) Tosti: ob. cit., pág. 193 y sig.
(2) Risum multum aut excussum non amare, (cap. IV).
(3) Multum loqui non amare; verba vana aut risui apta non loqui, ibid.
(4) Scurrilitates vero vel verba otiosa et risum moventia, aeterna clausura in omnibus locis damnamus, et ad talia eloquia discipulum aperire os non permittimus, (cap. VI).

de la humildad, el hablar suavemente y con seriedad. (1) El monje debe mantener una actitud grave, respetuosa y llena de atenciones para con el prójimo.

La urbanidad y suavidad en el trato le es muy querida. Cuando se trata de los huéspedes o monjes extraños, y a los que por una razón u otra haya que decir que abandonen la casa, insiste para que se haga con mucha cortesía. Quiere también que los monjes sean atentos entre sí, que se saluden con deferencia, que sus relaciones con los hombres, aun con los pobres, vayan regladas por hábitos de cortesía y respeto. Ya sabemos con qué exquisita delicadeza de espíritu recibió al huésped de Subiaco.

Recomienda asimismo a sus discípulos con insistencia el orden en todo. Que cada cosa esté en su sitio, a fin de que la "casa de Dios sea sabiamente administrada". La hora del Oficio divino, del levantarse y acostarse, del trabajo, etc., todo está reglado y nada dejado al azar. Por toda la Regla y hasta en las cosas más pequeñas predomina un cuidado grande del buen orden. Las lecturas deben hacerse con método, y no ha de dejarse un libro sin haberle terminado; que se tenga una lista de los objetos o utensilios de la casa, a fin de que no desaparezcan; la ociosidad, la pérdida de tiempo, le repugnan; los viejos vestidos deben conservarse para los pobres, etc.

Esa disposición de Benito hacia la gravedad hacía que tomase también muy en serio la observancia de la disciplina. Lo demuestra el contratiempo que llevó en la última entrevista con su hermana Escolástica, el incidente de los monjes en viaje, y todo el código penal de la Santa Regla, en que llega a imponer en caso necesario la corrección por las varas.

(1) Undecimus gradus humilitatis est si cum loquitur monachus, leniter et sine risu, humiliter et cum gravitate, vel pauca verba et rationabilia loquatur et non sit clamosus in voce, sicut scriptum est "Sapiens verbis innotescit paucis", (cap. VII).

Creemos que la gravedad que admiramos en el Santo Patriarca provenía de su sentimiento habitual de la presencia divina, de su espíritu eminentemente religioso, lo que impone al alma un sello de dignidad y seriedad. Si desde jovencito, como nos dijo ya San Gregorio, era grave y tenía en sus costumbres la madurez de un anciano, *cor gerens senile*, es porque también desde muy joven su alma estuvo orientada hacia Dios, y el deseo de agradarle era la única razón de ser de todas sus decisiones, *soli Deo placere cupiens*. San Gregorio le calificó muy bien al llamarle *vir Dei*, el hombre de Dios. Así como hay hombres de negocios, hombres de diversión y de farra, porque toda la orientación de su vida parecen dirigirla a esos diversos géneros de actividad, así a Benito podemos llamarle hombre de Dios porque toda la actividad de su ser la orientó hacia El, hacia su posesión y conquista. Ahora bien; el ideal de un hombre nos da la medida de su valor y el conocimiento de su carácter y modo de ser. Por eso el carácter de Benito aparece completamente religioso, y la religiosidad es su virtud predominante. Otra segunda causa que imponía a nuestro Santo un sello de seriedad habitual era su espíritu dominador. No quiere que en el monasterio haya otra autoridad que la del Abad. El dispone de todo, hasta de las cosas más menudas de la vida ordinaria. Ya hablamos de esto en otro capítulo, aquí solamente cabe advertir que ese espíritu de autoridad y centralización no es la resultante, como dice un autor, de la necesidad orgullosa de dominio, sino de la convicción y del temor de los desórdenes suscitados en la vida religiosa por la multiplicidad de los poderes independientes y conflictos de jurisdicción. La alusión al capítulo consagrado al Prior está bien clara.

En conformidad con ese espíritu dominador, San Benito se muestra de carácter intransigente en cuestión de principios

o de puntos que él cree fundamentales. Tal cuando dicta a los monjes sus deberes de pobreza. La fuerza de las expresiones que emplea, traduce la energía de su alma. *"Nadie se atreva, dice, a dar o recibir cosa alguna sin permiso del Abad, ni a tener nada propio, absolutamente nada"*. Y no se contenta con esta prohibición genérica, sino que va especificando hasta las cosas más mínimas: *ni libros, ni tablillas, ni punzón para escribir*. Y termina con esta recapitulación: *En una palabra, absolutamente nada*. Nada especial añadimos aquí sobre la obediencia, de la que ya hablamos anteriormente, pero pueden verse los capítulos V, VII, LXVIII, LXXI, de la Santa Regla.

Fruto de su santidad, de su unión con Dios, era la paz de que gozaba su corazón. Por el relato de su vida se ve que vivía en un ambiente de serenidad, de elevación de las cosas de este mundo, que era el secreto de su grandeza y de su ascendiente. ¿Quién podrá decir la tranquilidad interior que comunica al alma la idea grande que de Dios tenía, así como el deseo vehemente y la necesidad imperiosa de su espíritu de buscar a El sólo y no descansar hasta alcanzarle? Esa paz se transparentaba sobre su rostro y le comunicaba un resplandor celeste. Así lo dice San Gregorio: *Era el varón de Dios de rostro plácido, de costumbres angelicales y tal claridad iluminaba su rostro, que viviendo en la tierra, parecía habitar en el cielo.*

Hemos expuesto el primer aspecto de San Benito. De él parecería desprenderse una imagen del Santo un poco rígida, severa, de contornos hieráticos, alejada del común de los mortales, como bajada de otros mundos, pero de ello no tiene quizás más que el exterior, su interior es muy distinto. Benito es un gran Padre, si pulsamos su corazón descubriremos que late al unísono con el nuestro, que en él se encuentran unos mismos sentimientos. Realmente se hace querer, y nos gana

el afecto porque es un santo muy humano y muy cerca de nosotros, como vamos a ver.

La bondad y la sencillez son su característica, las que rigen sus relaciones con el prójimo. Todos los milagros que realizó en su vida tienen como móvil la bondad, el alivio de las necesidades ajenas. Sólo referiremos aquí algunos. *"Un hombre de bien se hallaba muy apremiado de su acreedor, y discurriendo medios para salir de tanto ahogo, no halló otro mejor que el de representar su necesidad a Benito. Fué, pues, al monasterio, encontró al siervo de Dios, y refirióle cómo un acreedor suyo le daba grave molestia por doce sueldos que le debía. Respondióle el venerable Padre que no tenía dinero a la sazón; mas para enviarlo de algún modo consolado, añadió: "Volverás de aquí a dos días, porque ahora no tengo con qué remediar vuestras miserias". Aquellos dos días pasó en continua oración como solía. Volvió puntual el tercero el deudor, compelido de la urgencia, y entonces se encontraron sin pesar trece sueldos encima de una arca que estaba llena de trigo. Mandó luego el varón de Dios que los entregasen todos al afligido, diciendo que pagase con ellos los doce que debía* (1) *y reservase el otro para alguna urgencia* (2). He aquí otro caso. *"Cuando aquella hambre horrorosa afligía la Campania, expendió el siervo de Dios en socorrer las necesidades todo cuanto había en el monasterio; solamente quedó en él un poco de aceite en un frasco. Llegó a la sazón un subdiácono que llamaban Agapito, y pidió, por merced, que le diesen un poco de aceite para una necesidad. El varón de Dios, que tenía resuelto dar cuanto había en la tierra por reservar su herencia para la gloria, mandó luego que le diesen lo que hubiese en casa. El mayordomo o despensero oyó el recado, pero hízose el desentendido.*

(1) Unos 180 francos.
(2) Diálogos: Cap. XXVII.

De allí a poco tiempo preguntó el santo si había dado el aceite. El respondió que no lo había dado, porque si diese aquello poco que había no hubiera quedado para el gasto del convento ni una gota. Enfadóse el varón de Dios de tal respuesta, y mandó que al punto arrojasen el frasco con el aceite por la ventana, por que no quedase cosa alguna que se opusiese aun ligeramente a la obediencia. Hicieron puntualmente lo que mandó. Es de advertir que la ventana caía sobre un despeñadero, y que todo aquel terreno era un peñasco. Cayó, pues, sobre las piedras la redoma con el aceite que tenía, pero ni el aceite se virtió ni el frasco padeció lesión alguna, más que si estuviese guardado en alguna alacena. En vista de esto mandó el varón de Dios que recogiesen el frasco y lo diesen al subdiácono que lo había pedido, y juntando después los monjes en capítulo, dió una reprensión muy severa al monje desobediente, haciéndole grave cargo de la falta de fé y sobra de soberbia que había tenido" (1). Recuerde el lector asimismo el milagro del cedazo roto, de la fuente que brotó en la cima de una montaña, del labriego libre de los lazos del cruel Zalla y del godo que dejó caer la hoz al agua.

Si de los hechos de su vida pasamos a las enseñanzas de su Regla, veremos cómo nada por toda ella el espíritu de misericordia. Con qué bondad quiere que se trate a los niños (2), a los ancianos (3), a los enfermos (4), a los pobres (5), a los peregrinos (6); qué humanidad llena de noble delicadeza manifiesta para con los huéspedes y extraños (7), qué

(1) Diálogos: Cap. XXXVIII.
(2) Santa Regla, cap. XXXVII.
(3) Ibid.
(4) Capítulo XXXVI.
(5) Capítulo LIII.
(6) Ibid.
(7) Ibid.

solicitud tierna reclama para con los enfermos (1), cómo, en fin, hace un precepto al abad de amar a sus monjes (2).

Benito en su grandeza no es inaccesible, por lo mismo que es humilde es también sencillo y familiar. Le gusta conversar con Mauro y Plácido, sus dos tiernos discípulos, intervenir en sus juegos y llevarlos consigo por doquiera. Se diría que ha hecho de ellos sus confidentes. Y en Subiaco, ¡con qué sencillez y exquisita cortesía recibe al sacerdote que Dios le envía para festejar con él la Pascua! *"En verdad que hoy es Pascua, dice Benito, pues que tengo la dicha de verte"*. Y la escena del cuervo, allí mismo en Subiaco, ¡cómo nos revela la sencillez de su espíritu! ¡Qué escena tan encantadora la del cuervo aquel al que daba de comer por su mano todos los días y con el que mantenía coloquios íntimos y familiares, y le decía como a un amigo: *"Toma este pan envenenado y arrójale lejos, donde nadie pueda descubrirle"!*

¿Y qué decir del corazón de Benito? Sobre su sensibilidad hay también numerosos rasgos que conviene recoger. Era sensible hasta las lágrimas. Recuérdese el episodio de la criba rota. Tanto amaba a su nodriza Cirila, y tan tiernamente se asoció a su pena, que él mismo se emocionó al verla llorar. Esto no es precisamente de un hombre impasible. Benito cultivaba también la amistad y una amistad tierna. San Gregorio nos hace conocer uno de sus amigos de predilección: *"Un noble llamado Teoprobo, convertido por las exhortaciones del Padre y que había merecido por sus virtudes su confianza y su intimidad. Un día que Teoprobo entraba en la celda de Benito, le encontró llorando amargamente. Y como veía que no ponía fin a sus lágrimas, y sabía por otra parte que el hombre de Dios no acostumbraba a derramarlas mientras ora-*

(1) Capítulo XXXVI.
(2) Capítulo LXIV.

ba, sino únicamente cuando tenía alguna pena, se atrevió a preguntarle la causa de su aflicción. Benito le respondió enternecido: "Todo este monasterio que yo he construído y preparado para mis hermanos, el juicio de Dios omnipotente le entrega a los infieles; apenas si he podido obtener que la vida de los religiosos quedase a salvo". Nuestro Santo llora ante la catástrofe como Jesucristo lloró ante la ruina que amenazaba a Jerusalén. *Et lacrimatus est Jesus.* Esto tampoco es de hombre impasible.

El episodio de las zarzas en Subiaco es asimismo altamente revelador de un corazón fácilmente emotivo y sensible a la belleza. Esto en sí no es ninguna falta, es más bien una cualidad, puesto que denota una alma delicada y sensible, capaz de percibir la armonía, la proporción, la poesía de las cosas. Un día Satanás quiso abusar de esa disposición y convertirla en tentación, trayéndole a la memoria en el desierto la belleza de aquella niña de la aristocracia romana con la que habían querido casarla sus padres, cuando todavía estudiaba en Roma. Benito sofocó la tentación con un gesto valiente y sangriento, arrojándose a unos zarzales. Es que además de la belleza física, sabía descubrir la belleza moral, la belleza de la virtud, del orden y del ideal. El pecado, en efecto, es algo feo, es un desorden, un desequilibrio en las facultades del hombre, es una rotura de la armonía que debe reinar en sus potencias, es la lucha en el alma. ¡Qué humano aparece nuestro santo en este episodio! Ahora sabemos que la virtud en él no es indiferencia, no es frialdad, sino valor y fuerza. Ahora sabemos también que no era distinto de los demás hombres, que tenía un corazón verdaderamente humano y, por tanto, capaz de comprendernos, de *"compadecer a nuestras miserias, a nuestras debilidades, después que él mismo se vió rodeado de enfermedad".*

Todavía podrían deducirse de la Santa Regla otros rasgos, otros matices de su alma, aún de simples frases. Por ejemplo ese grave *"diligenter inquirat si revera Deum quaerit"* con que amonesta al maestro de Novicios para que se informe si sus discípulos buscan a Dios sinceramente, como la mejor señal de su vocación, nos traduce admirablemente su alma toda de Dios; así como el imperioso *"nihil amori Christi praeponere,* no anteponer nada al amor de Cristo, que da como bandera, como lema de acción a sus discípulos, o como el radiante *"apertis oculis ad deificum lumen"* que nos hace entrever sus éxtasis místicos. Igualmente el fervor sensible habitual de su alma se trasluce en aquella frase: *In compunctione lacrimarum nos exaudiri sciamus,* o en aquella otra: *"Quid dulcius nobis, fratres carissimi, hac voce Domini invitantis nos"*, y más lejos añade: *"Es con una dulzura inenarrable de amor y el corazón dilatado, que corre hacia Dios aquel que progresa en la fe y hábitos de vida monástica"*. Todo esto delata experiencias personales, nos traduce matices de su alma, de su piedad, son latidos de su vida interior. El estilo mismo de la Santa Regla es una fuente de información psicológica. En ella está justificada la frase de Pascal: *"Le style c'est l'homme"*.

Queremos terminar este capítulo con lo que dice un autor sobre este particular: *"En el estilo claro, sobrio, vigoroso, conciso, imperativo, se dibuja un ser de voluntad, de energía y de rectitud realista en toda la bella acepción de esta palabra expresiva de verdad y de vida. Y por lo que se refiere a la inteligencia, todo lo contrario de un utopista, antes bien, un espíritu poderoso, penetrante, esencialmente positivo, neto, preciso, práctico; en otras palabras, un espíritu mesurado y equilibrado, dotado en alto grado de esa sabiduría experimental que él mismo ha llamado virtud-madre.*

Despreocupado en absoluto del efectismo, enemigo de toda

vana superfluidad, de sutilezas inútiles, lo único que busca es la energía de la palabra ordinaria, viva, sustancial como el pan, y la fuerza de las razones capaces de convencer. Le gusta colocar al principio de cada capítulo, el principio de luz condensada que desarrollará después. Las afirmaciones repetidas: "cierto, sin ninguna duda, ante todo", los consiguientes para unir con más vigor los pensamientos entre sí; el término apropiado, sugestivo, la expresión siempre adecuada, son otros tantos rasgos que nos descubren con la robustez de la razón al hombre de decisión, el temperamento de granito de esos montañeses de Nursia, que hemos visto más romanos que los de Roma mismo.

El legislador nato se revela en la riqueza, la precisión y la firmeza de esta lengua jurídica, la verdadera lengua romana, que es la de la Regla. Es sobre todo en la Constitución, basada en el principio de autoridad, del corpus monástico, en el genio romano nacional. Ese carácter romano es el que hace la solidaridad viva y ágil de sus miembros, donde brilla todo de la Regla de Benito, simplemente desde el punto de vista social, como método de gobierno, un monumento de arte legislativo.

El latín del abad de Casino es el que se hablaba entonces. No le repugna usar de las expresiones de la lengua popular, sin que por eso caiga en la trivialidad, a fin de ser entendido de todos. De buen grado diría con San Pablo: "No he venido a vosotros en la elegancia del lenguaje, en la sublimidad de la sabiduría humana". Pocas imágenes. No que Benito desprecie usar algunas, sacadas de la Escritura. Ha descrito con complacencia la que no podía omitir, la del Buen Pastor. Pero la imaginación en el Legislador queda evidentemente en el

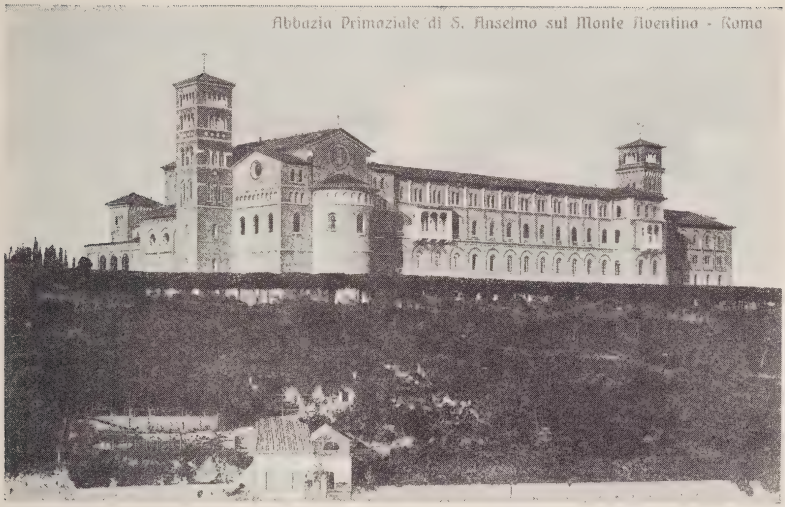
último plano. Deducir de esto, desde el punto de vista estético, alguna inferioridad, sería demasiado superficial. Artista lo es, ciertamente, de un modo eminente, en el orden que establece y en la armonía que requiere para la adoración de la belleza sustancial'' (1).

(1) Fresnel: Saint Benoit, pág. 121|23.

CAPITULO XVIII

La Orden Benedictina

San Benito no ha muerto, continúa viviendo en sus hijos. La Orden benedictina es su prolongación en los siglos, es su fruto al mismo tiempo que su recompensa. Aquel monasterio que él fundó en Montecasino se ha convertido en el grano de mostaza de que nos habla el Evangelio; pequeñito en sí, ha ido creciendo, creciendo, hasta llegar a ser un gran árbol, de suerte que sus ramas se extienden hoy por el mundo entero. Una simiente que muere a sí misma, que se corrompe, es un principio de fecundidad, la muerte es la condición previa de la vida, su semilla, por decirlo así; y esto que ocurre en el orden material, en que el grano de trigo, por ejemplo, que se pudre en las entrañas de la tierra, se convierte después en esbelta y rozagante espiga, ocurre también en el espiritual. San Benito muriendo asimismo mereció vivir en Dios, y comunicar esa vida a innumerables hijos. Es el nuevo Abraham. Así como el del Antiguo Testamento fué establecido por Dios Padre de todos los creyentes, por su fe, por su sacrificio, así San Benito fué constituído jefe de una gran familia, que de todos los rincones del orbe le proclaman Padre y cantan sus



Colegio de S. Anselmo (Roma)

glorias. *Amplum semen magnae prolis illum fecit instar solis, Abrahae persimilem* (1).

Demos un ligero recorrido a este desarrollo sucesivo de la Orden. A la muerte del Santo, hacia el 545, sabemos con certeza que existían por lo menos catorce monasterios: los Doce de Subiaco, Montecasino y Terracina. La Providencia se encarga de llevarla al centro de la catolicidad por medio de los acontecimientos. Montecasino es destruído por los Longobardos en 581, como había predicho su fundador. Sus monjes, que logran escapar al desastre, se refugian en la Basílica de Letrán en Roma. Allí, a la vista de los Papas, la Orden benedictina va a adquirir una influencia decisiva. Un miembro de la Gens Anicia, Gregorio, no contento con abrazar la profesión monástica, funda un monasterio en su casa paterna del Monte Celio con el nombre de San Andrés, y otros seis en las propiedades que tenía en Sicilia. Pero Gregorio es arrancado del claustro a la silla pontificia, e inaugura así esa serie brillante de Papas benedictinos que son la gloria de la Iglesia durante varios siglos.

En vano huye de Roma para esconderse y evitar el honor insigne, para él, carga insoportable del Pontificado. Los romanos le persiguen, y traído a la ciudad, le obligan a aceptar el yugo. Gregorio por fin se somete, pero no se consolará nunca en su vida de lo que llamaba su desgracia. Pedro, su diácono e interlocutor en los Diálogos, recibió un día de su boca estas confidencias en el seno de la intimidad: "*Mi alma es desgraciada en medio de los negocios exteriores que la persiguen. Se acuerda de la vida que llevaba antiguamente en el monasterio, en que se elevaba por encima de las cosas perecederas y donde despreciaba todo lo que pasa, para no pensar más que en el cielo. Era prisionera del curpo, pero la*

(1) Secuencia de la Misa del 21 de marzo.

contemplación la libertaba de los lazos de la carne; la muerte tan temida por todos los hombres se le representaba como el principio de la vida y la recompensa de sus trabajos. La carga pastoral me oprime hoy con los negocios del mundo, tengo que afrontar el polvo de los caminos después de haber vislumbrado tan dulce reposo.

Cuando se quiere entrar en sí mismo después de haberse derramado al exterior por la caridad, me encuentro menos propio para las cosas espirituales. Considero lo que sufro y lo que he perdido; me es más duro soportar mis trabajos. Héme aquí ahora el juguete de las olas de alta mar, y mi alma semeja a un navío roto por los furores de la tempestad. Me acuerdo de mi vida anterior, miro atrás y suspiro tras la ribera que todavía descubro en lontananza. Lo que más penoso me es cuando me veo sacudido por las olas, es entrever solamente el puerto que he abandonado. Cuán digna de lástima es mi alma".

Alguien diría al oir tales lamentos que este Pontífice era más apto para estar en el retiro del claustro que presidiendo los destinos de la Iglesia, y sin embargo su obra le hace acreedor al título de grande con que le reconoce la historia. Tal fué el primer Papa benedictino. Por él, la Regla benedictina fué transplantada a la Gran Bretaña a donde envió una colonia de monjes con San Agustín al frente, quienes llevaron a cabo la civilización de los indígenas, estableciendo el primer monasterio en Cantorbery el año 600.

En Francia ya eran conocidos los benedictinos desde el tiempo de San Mauro, si es verdadera su misión. En todo caso, en el siglo VII su existencia es incontestable. De Inglaterra salieron los grandes apóstoles, Wilfrido, Willibrordo y sobre todo San Bonifacio, que realizó la conversión de Alemania, al mismo tiempo que un gran Doctor de la Iglesia, prototipo del

erudito benedictino, San Beda el Venerable. El apostolado monástico continúa su obra de civilización y conversión de los bárbaros de Europa, y San Anscario gana para Cristo los países Escandinavos y más tarde San Adalberto los bordes del Báltico.

En España, la Regla benedictina fué conocida desde principios del siglo VII, según la opinión más común y llegó a producir en ese país privilegiado grandes frutos de virtud y ciencia, insignes personajes que brillan como lumbreras en el cielo de la historia, como San Leandro, a cuyos esfuerzos se debe la unidad católica de España, realizada en el tercer concilio de Toledo, 589; como San Isidoro, hermano y discípulo suyo, y además arzobispo de Sevilla como él, insigne por su ciencia volcada en las Etimologías, libro clásico que sirvió de texto en las escuelas mediovales, y valió a su autor el título de Doctor con que le honra la Iglesia; San Ildefonso, primer arzobispo de Toledo, de quien ha heredado España su amor a la Virgen, cuya virginidad defendió contra Helvidio; como San Braulio obispo de Zaragoza, el escritor más elegante de su tiempo. Estos y otros muchos Pontífices hicieron de España la lumbrera intelectual del mundo cristiano en el siglo VII, en frase de Montalembert. En otro orden de ideas los benedictinos españoles prestaron grandes servicios a su patria. Ellos fueron el alma de la reconquista del país contra los invasores musulmanes, y los restauradores del orden social, de la agricultura, de las letras y artes en aquellos tiempos de desolación y ruina que siguieron a la invasión de los enemigos de la Cruz. La historia de España se identifica así, en el correr de los siglos, con la historia de los monasterios benedictinos.

Los siglos X, XI, XII son los siglos de oro de la Orden. En ellos se agrupan los diversos cenobios que la componen, y forman las grandes Congregaciones monásticas que tanto in-

flujo ejercieron en el mundo eclesiástico de su tiempo: Cluny, que contaba con 2.000 monasterios y 10.000 monjes; el Cister que heredó el poderío de Cluny, y en un círculo más reducido, la Camaldulense y la Valumbrosana. En el siglo XI sobre todo, se puede decir que la vida de la Iglesia sale de los claustros benedictinos con San Gregorio VII, Urbano II y toda una serie de Pontífices reformadores. Entonces también nacen los grandes Doctores: San Bernardo, San Anselmo, San Pedro Damiano a los que debe la piedad católica sus más bellas efusiones. En el siglo XIII, no obstante la aparición de las Ordenes Mendicantes que vienen a repartirse con los benedictinos el campo de las actividades en la Iglesia de Dios, nacen otras varias Congregaciones, y los monasterios producen magníficos frutos de santidad, cuyos tipos más representativos son dos santas vírgenes: Santa Gertrudis y Santa Mectildis. En el siglo XIV, la encomienda trae un movimiento de decadencia. Sin embargo, la Congregación Olivetana nos da a Santa Francisca Romana. En el siglo XV se forma la Congregación de Santa Justina de Padua. En el siglo XVI y XVII numerosas legiones de clérigos regulares nacen del seno siempre fecundo de la Iglesia, para entregarse a la vida activa, por lo cual los benedictinos se retiran a sus claustros y se dan de un modo especial a los trabajos de erudición, en los que descolló y prestó grandes servicios a la Iglesia la Congregación de San Mauro.

En el siglo XIX, la Orden, deshecha por la ola de anarquía y sectarismo que invadió a todos los países de Europa, renace una vez más a la vida con inusitado vigor; se organizan nuevas Congregaciones confederadas entre sí, y representadas ante el Romano Pontífice por un Primado, jefe de la Orden. Esta toma la dirección del movimiento litúrgico y promueve una vida cristiana intensa en toda Europa, hace re-

vivir sus tradiciones de enseñanza y apostolado en América y Oceanía, y la Santa Sede la confía tres obras de gran empuje: la restauración del canto gregoriano, la revisión de la Vulgata, y la conversión de los pueblos cismáticos.

Nada hemos dicho de la actividad de la Orden en la Edad Media. La agricultura fué su principal ocupación. Era éste uno de los mayores servicios que podía prestar en aquel entonces a la sociedad. Hoy día, naturalmente, ha decaído, ya porque la mayoría de sus individuos es elevada al sacerdocio, ya porque las necesidades actuales no lo demandan con tanta urgencia. Había además en los monasterios escuelas de copistas, cuyo oficio era reproducir las obras clásicas de la antigüedad. Servicio también inapreciable en un tiempo en que no existía aún la imprenta, y que permitió no sólo la conservación de los manuscritos antiguos, sino también la difusión de la cultura literaria. He aquí cómo aprecia este servicio un escritor moderno: *"La actividad de los monjes ofrece una consideración que debiera bastar ella sola para asegurarles, mientras perdure la Humanidad, el reconocimiento profundo de todo hombre pensador y reflexivo. Ellos han trasmitido siglo tras siglo, para legárnoslo a nosotros, el tesoro inestimable de la literatura antigua. Los monjes de la Edad Media son el punto de enlace intelectual entre la antigüedad y el espíritu moderno. ¿No fueron ellos acaso quienes impidieron que en la normal evolución del espíritu humano se produjese una ruptura completa, sin posible solución de continuidad, que hubiese sumido la civilización en el abismo o cuando menos la hubiese hecho retroceder un número incalculable de siglos? Privados del tesoro literario de los griegos y de los romanos, nos veríamos privados del principal fundamento de nuestra cultura moderna, y ¿quién es capaz de calcular las consecuen-*

cias que semejante catástrofe hubiera acarreado a la humanidad?".

Ni se contentaban los monjes con la copia de libros; había entre ellos verdaderos artistas que trazaban con delicada atención los finos rasgos de la letra visigótica y adornaban las páginas con miniaturas sutiles, o las decoraban de relucientes iniciales de todos los colores: rojos, azules, verdes, dorados, que son el encanto de nuestros días. Finalmente, los monjes no se contentaron con atesorar la ciencia en sus monasterios, sino que trabajaban por extenderla en su derredor. En un tiempo en que la única preocupación de la juventud era la carrera de las armas, los monjes, comprendiendo el peligro que esto implicaba para la sociedad, de volver a los tiempos de la barbarie, se apresuraron a poner remedio no sólo con la difusión de los materiales científicos por ellos amontonados, sino sobre todo con la fundación de escuelas. No había monasterio en la Edad Media que no tuviese la suya, hasta el punto de ir como identificados los dos conceptos. *Omnia caenobia erant gymnasia* dice un autor, *et omnia gymnasia caenobia.* Toda la ciencia, toda la cultura de la Edad Media se había refugiado en los cenobios benedictinos. Los escritores de aquellos tiempos, ya sean historiadores, poetas, matemáticos, teólogos, exégetas, son monjes o educados por ellos. No entra en nuestro plan el proseguir más en esta materia, sólo añadiremos que el amor al arte, otra manifestación de cultura y medio poderoso de influencia, era en ellos tradicional, tal vez como una derivación del culto que su Santo Fundador había tributado a la belleza, por eso sus abadías fueron y continúan siendo monumentos artísticos y suntuosas moradas. Las ruinas monásticas de Francia, España y demás naciones europeas lo atestiguan. No buscaban en ello su comodidad personal, sino que obedecían a una tradición de riqueza y aristocracia en la Igle-

sia, por su antigüedad y prestigio, y sobre todo porque veían en los monasterios y sus iglesias la casa, el palacio de Dios, a cuya grandeza había de responder en lo posible, la suntuosidad de la morada.

Tales son, a grandes rasgos delineadas, las fases gloriosas de la historia benedictina. Hoy día esta gran familia se compone de 28.073 individuos entre hombres y mujeres, según la estadística de 1925. Hay en ella una gran variedad dentro de la unidad como no se ve en ninguna otra orden religiosa, lo que le da gran realce y belleza. Todos, en efecto, reconocen como Padre y Maestro al gran Patriarca San Benito, y todos siguen en una forma más o menos ajustada la Regla que él escribió, pero dentro de esta unidad existe mucha diversidad, se dan numerosas diferencias en el color del hábito, en las costumbres y en la actividad monasterial. Analicemos ligeramente esa familia monástica.

De los 28.073 individuos que la componen, 12.276 son hombres y 15.793 son mujeres.

Los hombres

De los 12.276 hombres, 8.176 visten hábito negro y se hallan confederados o unidos en 15 Congregaciones con un Primado al frente de todas ellas, que reside en el colegio de San Anselmo, en Roma, del que es al mismo tiempo abad. Se ha de notar que este Primado no tiene verdadera jurisdicción sobre las Congregaciones y diversos monasterios que la componen, como sería, por ejemplo, un General Jesuíta sobre las casas de su Orden.

Las Congregaciones confederadas (benedictinos propiamente dichos), son las siguientes:

1. *Congregación Casinense.* Cuenta 17 monasterios y un total de 200 religiosos. Se dedica al ministerio sacerdotal y a la enseñanza.

2. *Congregación Inglesa,* con 5 monasterios y 400 monjes. Su ocupación es el ministerio parroquial: 100 parroquias y un total de 100.000 almas; además la enseñanza: 8 colegios y 800 alumnos. Es famoso el de Dowside.

3. *Congregación Húngara.* Cinco Abadías con 270 monjes. Regenta 6 colegios con 3.000 alumnos, y 95 parroquias con 100.000 feligreses.

4. *Congregación Suiza.* Cinco Abadías y 400 religiosos. La enseñanza y el ministerio parroquial.

5. *Congregación Bávara.* Diez Abadías y 450 individuos. Regentan 15 parroquias, entre las cuales la más importante es la de San Bonifacio, de Munich, que tiene 70.000 almas, y cuentan además con magníficos colegios en los que se educa lo mejor del país.

6. *Congregación Brasileña.* Cinco Abadías con 200 monjes. Su ocupación favorita, al igual de las anteriores, es la enseñanza: 9 colegios con 1.350 alumnos. También tienen importantes misiones.

7. *Congregación Francesa.* Nueve Abadías y varios prioratos con un total de 500 monjes. A ella pertenece Santo Domingo de Silos (España), y su priorato de San Benito, de Buenos Aires. Es la única que no se dedica al ministerio parroquial ni a la enseñanza, al menos en gran escala. Su actividad se dirige al estudio de las ciencias eclesiásticas, en que ha tenido y tiene hombres eminentes.

8. *Congregación Americana Casinense.* Tiene 12 Abadías y 1.000 religiosos. Cuenta con magníficos colegios reputados

entre los mejores del país y frecuentados por 4.000 alumnos. Además sirven 182 parroquias con 180.000 almas.

9. *Congregación de Beurón.* Doce monasterios y 650 monjes. Su actividad es muy variada, pero se ha especializado en el culto de las bellas artes, en las que ha adquirido celebridad, sobre todo por su escuela de pintura. Ella ha realizado la decoración de Montecasino.

10. *Congregación Helveto Americana.* Siete monasterios y 462 monjes. Se dedican a la conversión de los Indios en Norte América.

11. *Congregación Sublacense.* Es la más numerosa de todas. Cuenta con 50 monasterios extendidos por el mundo entero y un conjunto de 1.200 individuos, repartidos en 6 provincias. Ejerce toda clase de actividades, el ministerio sacerdotal, la enseñanza en los Colegios, el apostolado misionero y el cultivo de las ciencias. Esta Congregación tiene dos casas en la Argentina: *Niño Dios* y el *Azul,* dependientes de la provincia francesa.

12 *Congregación Austriaca de la Inmaculada Concepción.* Once monasterios y 600 monjes. Está encargada de 205 parroquias con un total de 500.000 almas, y además 12 colegios con 1.500 alumnos.

13. *Congregación Austriaca de San José.* Siete monasterios con 300 monjes. Tienen a su cargo la famosa Universidad de Salzburg.

14. *Congregación de Santa Otilia.* Siete monasterios y 700 monjes. Su especialidad es la obra de las Misiones.

15. *Congregación Belga.* Tres Abadías y 300 monjes. A la ciencia y a las misiones, unen de un modo especial el estudio y la propaganda de la liturgia, y a ellos se debe en su mayor parte el movimiento litúrgico actual que tiende a hacer parti-

cipar a los fieles en el culto de la Iglesia. En conjunto la Orden Benedictina enseña a 20.000 alumnos y dirige a 1.500.000 almas.

Los monjes con hábito de color, en número de 4.100, se dividen en esta forma: *Camaldulenses, Valumbrosanos, Cistercienses, Silvestrinos, Olivetanos y Mequitaristas.*

Camaldulenses. Fundados por San Romualdo en el siglo XI. Tienen 20 monasterios con 300 individuos.

Valumbrosanos. Fundados también en el siglo XI por San Juan Gualberto. Son 7 monasterios con 70 profesos.

Cistercienses. Del mismo siglo, y reconocen como Fundador a San Roberto y como Padre a San Bernardo. Hoy día se hallan divididos en Cistercienses de la Primitiva Observancia y Cistercienses Reformados o Trapenses, fundados por Rancé. Los primeros suman 1.000 monjes, los segundos 2.000.

Silvestrinos. Reciben el nombre de San Silvestre, su Fundador, nacido en el siglo XIII. Su número no llega a 100, y tienen misiones en Ceilán.

Olivetanos. Fueron fundados por el Beato Tolomeo en el siglo XIV. Suman 400 individuos.

Mequitaristas. Su Fundador fué Juan Mequitar en el siglo XVIII. No pasan de 100 sus individuos. Trabajan en la vuelta a la Iglesia Católica de los cismáticos armenios.

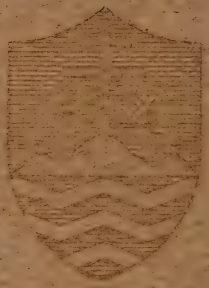
Monjas benedictinas

De las 15.793, las 12.982 son de hábito negro y están repartidas en la siguiente forma: Alemania: 20 monasterios con 1.370 monjas; Inglaterra: 9 con 410; Austria: 3 con 200; Bélgica: 16 con 570; Bulgaria: 1 con 10 misioneras; España:

28 con 700; Francia: 43 con 2.000; Holanda: 4 con 200; Italia: 110 con 2.000; Isla de Malta: 2 con 70; Luxemburgo: 1 con 40; Polonia: 6 con 160; Suiza: 9 con 500; Asia Menor: 1, en Jerusalén; Estados Unidos: 30 con 3.700; Brasil: 3 con 100. Entre las monjas de color predominan las Bernardas o Cistercienses, que tienen 57 monasterios, de los cuales, 38 en España, con un total de 1.600 religiosas.

ÍNDICE

		PÁGINA
Prólogo		7
Capítulo I.	— Nursia	11
Capítulo II.	— La Familia de un Santo	19
Capítulo III.	— El Estudiante de Roma	28
Capítulo IV.	— Hacia el desierto	40
Capítulo V.	— Subiaco	48
Capítulo VI.	— Vicovaro	62
Capítulo VII.	— Los Doce Monasterios	74
Capítulo VIII.	— Plácido y Mauro	83
Capítulo IX.	— Algunos milagros del Santo	93
Capítulo X.	— La Ciudadela de Satanás	102
Capítulo XI.	— La Ciudad de Dios	114
Capítulo XII.	— El Legislador	126
Capítulo XIII.	— El Legislador, (continuación)	136
Capítulo XIV.	— Ora et Labora	147
Capítulo XV.	— El Milagro de Escolástica	154
Capítulo XVI.	— Muerte del Santo	163
Capítulo XVII.	— El Hombre	170
Capítulo XVIII.	— La Orden Benedictina	186



UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
0000237139